

13 Junio 78.

XXXXVI-4

19.836
VIAJES
DE
Levy 1847
MAUCH Y BAINES

AL AFRICA DEL SUR

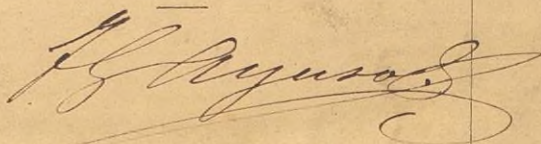
redactados con sujecion

Á SUS MEMORIAS Y RELACIONES

por

D. F. GARCÍA AYUSO.

Tirada aparte de los
DESCUBRIMIENTOS GEOGRÁFICOS MODERNOS.



MADRID

PARIS

ADMINISTRACION: 12 MAISONNEUVE ET C.¹⁶

12 Capellanes 12

25 Quai Voltaire 25

2877

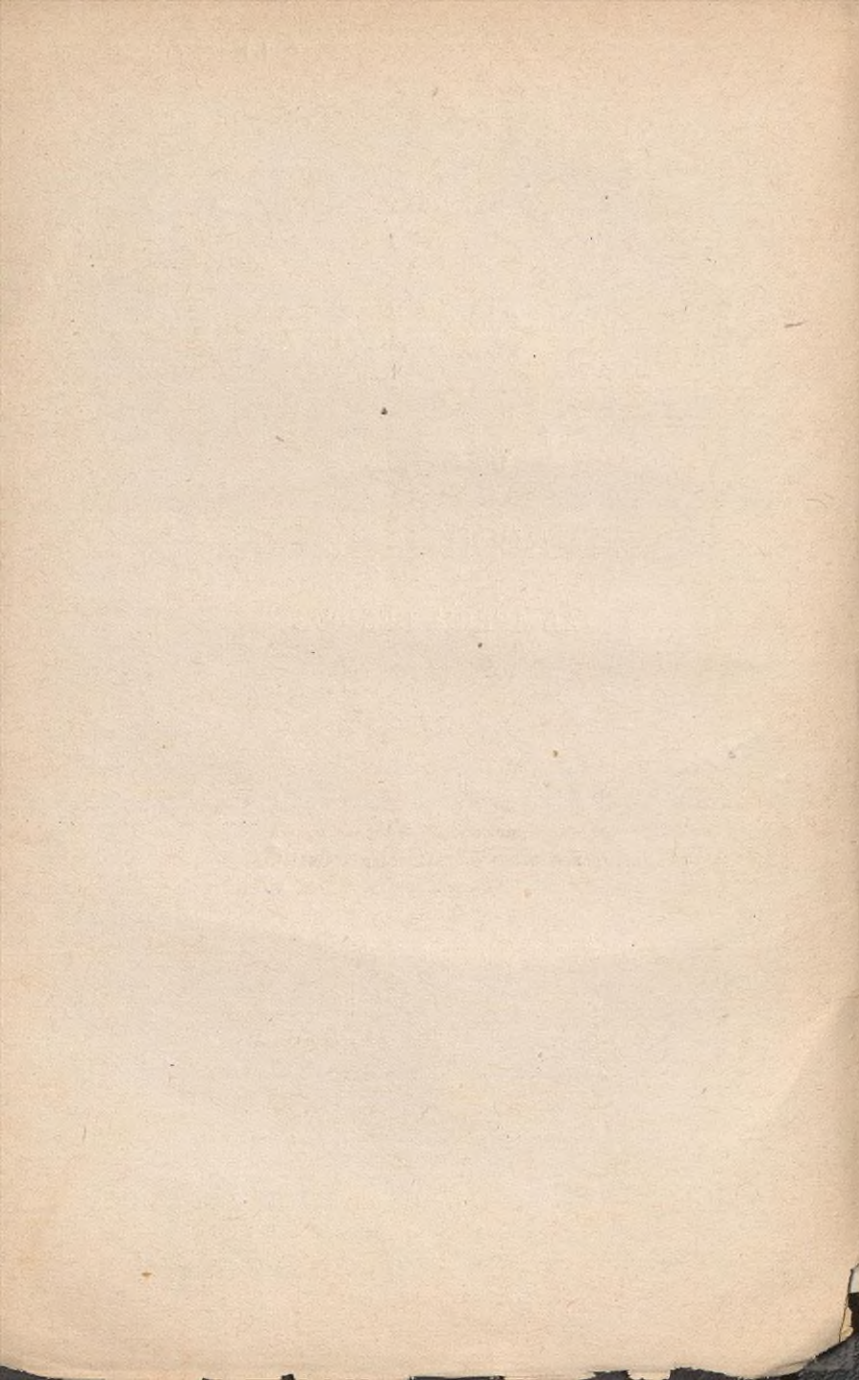
33-5^a bis

647-2670

VIAJES
DE MAUCH Y BAINES
AL AFRICA DEL SUR

2877





VIAJES
DE
MAUCH Y BAINES

AL AFRICA DEL SUR

redactados con sujecion

Á SUS MEMORIAS Y RELACIONES

por

D. F. GARCÍA AYUSO.

Tirada aparte de los
DESCUBRIMIENTOS GEOGRÁFICOS MODERNOS.

MADRID		PARIS
ADMINISTRACION:	⊗	MAISONNEUVE ET C. ¹⁶
12 Capellanes 12		25 Quai Voltaire 25

Ref. 10/35. lib. 50-

AL LECTOR.

Los viajes de Mauch y de Baines que insertamos en los artículos IX y X de los DESCUBRIMIENTOS GEOGRÁFICOS MODERNOS, no son de los más interesantes que ha de comprender nuestra coleccion, ni sus escritos pertenecen al número de los que han hecho gran fortuna entre los aficionados á este género de composiciones ; pero uno y otro nos ofrecen pasajes brillantísimos que les hacen más dignos de ser conocidos que otras narraciones á que se da mayor importancia: Mauch llevó á cabo descubrimientos de primer orden y Baines apenas tiene rival en la maestría con que describe las cascadas del Zambezi: las costumbres de algunos pueblos del Africa Meridional están dibujadas en los dos viajes con tanta precision como en los de Livingsstone, á lo ménos. Eran estos motivos muy suficientes para que les diésemos cabida en las columnas de los DESCUBRIMIENTOS.

Nuestros lectores habrán adivinado el motivo de no hallar en este ni en el 2.º cuader-

no la reseña de los viajes de Nachtigal que habíamos ofrecido: el distinguido explorador no ha dado aún á la estampa la narracion de sus interesantes excursiones, que nos son conocidas tan solo por monografías incompletas y por datos inconexos, con los cuales no podríamos formar un cuadro tan acabado como su importancia misma requiere. Por igual razon hemos suspendido la publicacion de los viajes de Stanley. El viaje de Rohlf's que insertamos en este cuaderno 3.º, ocupa un lugar principalísimo entre las numerosas descripciones de esta clase que han aparecido en los últimos veinte años. Los viajes de Cameron, las memorias de la gran expedicion alemana que ha explorado las comarcas occidentales del Africa, los viajes de Marno, de Piaggia, de Antinori, de Duveyrier y cuantas publicaciones vean la luz como resultados de las expediciones exploradoras que en la actualidad recorren aquel continente ó se dirigen á sus costas con alguna mision científica ó civilizadora, serán objeto de un exámen detenido en los **DESCUBRIMIENTOS**. Espinoso y largo es el camino que nos queda por andar, pero la benevolencia de nuestros lectores y el convencimiento de que prestamos un servicio, siquiera sea de escaso valor, á la hermosa ciencia que se ocupa en estudios tan interesantes, nos darán fuerzas para llegar al término de la jornada.

Todos los Estados europeos aunan sus esfuerzos para completar la obra de la explora-

cion africana, y recogen cuálmás, cuál ménos, sus lauros y sus frutos. Italia, y con especialidad la sociedad geográfica de Roma, hacen un sacrificio no despreciable, equipando por segunda vez la expedicion de Antinori, tan desgraciada en sus empresas como la expedicion alemana, que no pudo llenar cumplidamente su cometido de explorar la costa de Occidente. En relacion con aquella, emprende el capitan Gessi su viaje á Kaffa por el valle del Sobat, subvencionado por dicha sociedad y por el gobierno italiano.

Francia sostiene la expedicion de Savorgnan de Brazza que ha logrado trasponer la línea extrema alcanzada por Du Chaillu en 1865, y promete copiosos resultados. La *Asociacion internacional africana* envía su primera expedicion al mando del capitan Crespel, y de que forma parte el célebre viajero E. Marno, con objeto de fundar en la costa del Tanganika la primera de las estaciones proyectadas para que sirvan de apoyo á las operaciones.

Portugal tiene ya sus exploradores en las florecientes colonias de Angola-Benguela al mando de Serpa Pinto, y otros muchos campeones recorren las comarcas de Africa, sin contar los que acaban de realizar viajes más ó ménos afortunados, como Pogge en Mvutayambo; Holub en el valle superior del Zambezi; Largeau, Say y de Barry en las regiones del Sahara; Bonnat que pisa de nuevo el Ashantí y los misioneros que con ardimiento

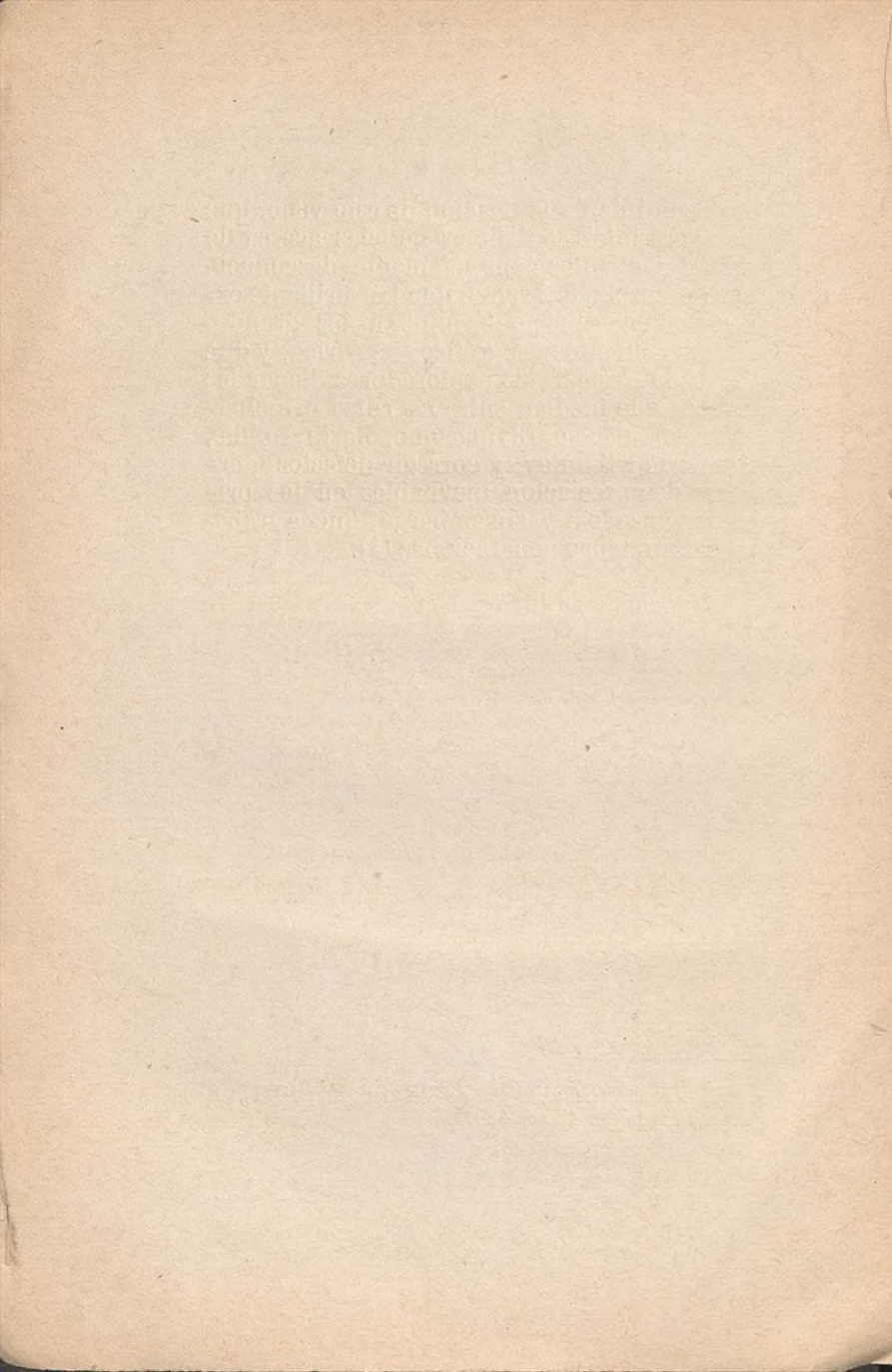
sumo trabajan en la region del Níger contribuyendo al buen éxito del servicio de vapores que ya recorre este rio hasta más arriba de la confluencia del Binue. Pero el acontecimiento geográfico más capital en estos momentos es la feliz conclusion de los Viajes de Stanley que ha dado cima á su gloriosa mision, resolviendo el problema del curso del Congo y probando su identidad con el Lualaba. El 5 de Noviembre de 1876 salió de Nyangwe, y por la orilla izquierda del Lualaba atravesó el Ukusu en constante lucha con los indígenas que llama *Canibales*, y son tal vez, tribus afines de los Nyams-Nyams y Fans. Varias cascadas interrumpen luego la navegacion, y en el paralelo 2° lat. N., observó que el rio tuerce al N. O. de la direccion N. que antes lleva, luego al O. y al S. O. más tarde. Entre los meridianos 26° y 17°, longitud E. de Gr., corre unido sobre un anchuroso lecho y recibe magníficos tributarios, del Sur principalmente. Los indígenas le dan diversos nombres, siendo conocido sucesivamente en su curso inferior por los de Ikutuya-Congo, Kwango y Zaire. Casi todos los individuos de la expedicion llegaron á San Pablo de Loanda estropeados y enfermos á causa de las fatigas y penalidades que durante su colosal travesía habian sufrido; pero el gobierno portugués, por su representante el gobernador general Alburquerque, les socorrió generosamente y ofreció á Stanley una cañonera para conducirle á Lisboa: espera-

mos con interés la relacion de este viaje, que nos dará interesantísimas noticias acerca de países y pueblos completamente desconocidos. Bien puede decirse que tan brillante expedicion ha puesto término á los grandes descubrimientos geográficos en Africa, y que hoy solo resta á los exploradores llenar los huecos que median entre las rutas principales recorridas por Livingstone, Barth, Rohlfs, Cameron y Stanley, y corregir defectos ó errores de apreciacion inevitables en los primeros ensayos; y sin embargo, queda trabajo para muchas generaciones (1).

Noviembre de 1877.

F. G. A.

(1) Véase *Mittheilungen* de Petermann, 1877, número XI, págs. 435 á 438.



ÍNDICE.

	Págs.
I.—Noticia del viaje de E. Mohr.....	13
Determinaciones geográficas y altitudes...	15
II.—Viaje de Mauch.—Arribo á Natal.....	11
Situacion apurada; vehículo extraño; aspecto del país; reseña geográfica del Transvaal y fundacion de la República.....	22
Division administrativa, productos; Rustenburg y sus viviendas; codicia de un protector; hospitalidad extraña.....	33
Descubrimiento de las minas; excursion á Matebele; los campos diamantíferos; desengaños; la córte de Sewaas.....	42
Visita nocturna; desercion de los portadores; maldad de los indígenas; un cojo bondadoso.....	49
Córte de Mapansule; los Makalakas; sus costumbres.....	52
Casamientos; el Motsimo; trajes; instrumentos de música; bautizo; reseña histórica.....	57
Excursion al Zambezi; tribus; caracteres del país y productos.....	65
Minas de Zimbabye; tradiciones curiosas y ceremonias religiosas.....	69
III.—Viajes de Baines.—Partida del Cabo....	74
Bahía de las Ballenas; rios subterráneos...	78
Los Damaras y sus costumbres; Jefe Amral.	84
Bushmanos, usos, etc.....	86
Plantas espinosas; planta para suplir el agua.....	92
Corsé y peinado de las damaras; consagracion de la mujer bushmana.....	95

Fabricacion de calzado; métodos extraños de fumar.....	98
Madres desnaturalizadas; árbol de mochiharra; infamia de una madre.....	102
Los caciques haciendo el agua; gran cabalgata.....	104
Cacique traficando; descripcion de un gigantesco elefante.....	107
Caza peligrosa; elefantes bañándose.....	110
Baile de los damaras; en la corte de Leshulatebe.....	115
Convite; el lago Ngami.....	118
Un consejo de guerra; amazonas.....	121
Hechicero; visita al lago.....	124
Ejército de aligators; excursion al Zambezi; el Shott Ntewa.....	128
Aparicion extraña; maravilloso instinto de los elefantes; una hembra con su cria....	133
Elefante de nueve colmillos; la mosca tsetse.....	138
Descripcion de la catarata.....	142
Panorama grandioso.....	145
Un diestro barquero; navegacion peligrosa; espléndida perspectiva.....	153
Viajeros que han visitado la catarata; paralelo de la bellísima descripcion de Baines con la de Livingstone.....	157
Contratiempo imprevisto; regreso de los expedicionarios. Nuevos viajes de Baines. Las minas de Tatí.....	162
Un antilope raro; grandes minas de los masunas.....	164
Determinaciones geográficas.....	166
Muerte de Baines y de Mauch. Inglaterra recoge el fruto de sus viajes.....	167

BREVE NOTICIA
DEL
VIAJE DE EDUARDO MOHR
á la catarata
VICTORIA DEL ZAMBEZI. (1)

En la imposibilidad de exponer *in extenso*, la narracion de este viaje, no queremos privar á nuestros lectores de algunos datos interesantes que contiene acerca de la posicion geográfica de las poblaciones y lugares más principales de las comarcas descritas en las dos reseñas que anteceden. Mohr ha recorrido, es verdad, países relativamente conocidos, pero nadie como él ha sabido describir sus comarcas y dar á conocer los caracteres de los pueblos con quienes ha tratado. Desde que pone el pié en el vapor que de Brema le conduce á las costas africanas del Natal hasta su regreso á Europa; en las ciudades casi populosas de aquella pequeña region y de su contigua Transvaal; entre los matebeles y bechuanas como en la casa de labor del Boer; en los llanos que hicieron casi célebres las cacerías de Gordon-Cumming como en el campo de los buscadores de oro de Tati; en las comarcas áridas al

(1) *Ed Mohr; Nach den Victoria-Faellen des Zambezi*, 2 vol. con grabados y mapa; Leipzig, 1875.

Sur del Zambezi como en las bonitas orillas de este rio y en presencia de las grandiosas cascadas, en todas partes y en todas las circunstancias, sabe Mohr amenizar sus narraciones, presentándolas desnudas de todo aparato científico pero siempre interesantes.

Conducido á tan apartados países por cierta inclinacion á la vida de aventuras, ha prestado positivos servicios á la ciencia geográfica, determinando con notable exactitud la posicion topográfica de los siguientes lugares:

LUGARES.	Latitud Sur.	Longitud E. de Greenw.
Potchefstroom	26° 42' 30"	27° 47'
Rustenburg	25 40 45	27 43
Tatí, minas.....	21 14 45	27 26
Alquería de Lee.....	20 44 3	28 14
Kraal de Umsuase.....	20 27 30	27 19
Paso del Nata.....	19 46 12	27 8
Cat. Victoria.....	17 54 43	26 29

De otros ha fijado únicamente las latitudes:

Colenso en Natal.....	28° 43' 29"
Alquería de Krüger.....	26 37 2
Alquería Morgensonne.....	25 35 50
Paso del arroyo Eland.....	25 21 17
Mision de Hermannsburg.....	25 8 12
Embocadura del Marico.....	24 11 36
Soshong	23 1 50
Orilla del Teuani.....	22 49 19
Arroyo Seruli.....	22 20 6
Establecimiento de Tatí.....	21 28 9
Vado del Ramakoban.....	21 12 17
Maniama	20 37 6
Orilla del Kumala.....	20 17 14

Kraal de Baba.....	19° 44' 58"
Campamento sobre el Tati superior...	21 20 2
Kraal Shapetoane.....	20 22 6
Paso del Maytengue.....	20 4 58
Paso del Tekuani.....	19 53 8
Campo de Mopani.....	19 23 25
Tuma Malisa.....	18 57 42
Rio Guay.....	18 41 0
Paso Changani.....	18 27 31
Orilla del arroyo Daka.....	18 2 30
Estanques Sadowa.....	18 33 29
Fuente Nocopala.....	22 43 48

Estas y otras determinaciones topográficas que contiene el libro de Mohr, han permitido fijar debidamente en nuestros mapas gran número de localidades. Su descripción de las cascadas es también interesante y no son menos dignas de estudio las indagaciones de su compañero de viaje el geólogo Adolfo Hübner sobre los campos diamantíferos y los criaderos de oro del África meridional, que con tanto provecho habían estudiado sus predecesores Baines y Mauch (1).

Hé aquí las principales altitudes halladas por el mismo viajero:

Potchefstroom.....	Piés.	3.900
Establecimiento de Tati.....		2.623
Granja de Lee.....		3.475
Inyati.....		4.118
Kraal de Umsuase.....		4.160
Paso del Nata.....		3.410
Wanki sobre Zambezi.....		1.680
Catarata Victoria.....		2.460

(1) *Mittheilungen* de Petermann, 1871, págs. 80, 161 y 210; id. 1872, págs. 421 y siguientes.

Si este fué el único fin verdaderamente científico de la expedición, como se asegura, podemos decir que le llenaron sus jefes á satisfacción de los más exigentes. Para dar cabida en los DESCUBRIMIENTOS á otras relaciones más importantes bajo el punto de vista geográfico, nos contentaremos con los breves datos que de esta dejamos apuntados.

FIN DEL VIAJE DE MOHR.

VIAJES DE MAUCH

POR EL ÁFRICA MERIDIONAL.

El naturalista alemán Carlos Mauch, se acercaba en la primera quincena de 1865 á las costas del Africa meridional, con ánimo de explorar sus comarcas interiores. El comité de Gotha, al costear más tarde este viaje, dió un nuevo testimonio de su celo por los progresos de los estudios geográficos; no disponia de cuantiosos recursos, pero halló en Mauch un hombre, que de poco, supo sacar gran partido. Era el 12 de Enero, el mar estaba agitado; el buque echó el ancla en el puerto de Natal, pero los vientos soplaban con tal violencia, que rompiendo la cadena del ancla, lanzaron el casco mar adentro, no sin grave riesgo de chocar y destrozarse contra alguno de los que se hallaban en la bahía expuestos á la merced de las olas; tres dias vagó por las cercanías; el cuarto pudo nuestro viajero trasladarse á tierra. La ciudad es pequeña, y no ofrece objeto alguno que llame nuestra atencion. En una de las primeras casas vió Mauch escritas en grandes caracteres estas palabras:

2



Audi, vide, tace; era un excelente consejo para un extranjero que penetra en suelo africano sin conocer el idioma de la comarca. En las cercanías hay plantaciones de azúcar que se elabora en la ciudad; bosques incomparablemente bellos, y vegetación tropical, empiezan á pocos pasos de las casas. En general, la diversidad de gentes que hallamos á nuestro paso, y que demuestran en todo su porte no tener tiempo más que para su negocio, prueba que el trabajo y la industria son aquí tan familiares como en una ciudad europea.

No contaba á la sazón nuestro viajero con recursos de ninguna clase, y esta penuria le imposibilitaba para dar desde luego comienzo á sus exploraciones. No hallando medio adecuado de ganarse el pan de cada día en Port-Natal, se trasladó en busca de ocupación á la colonia dicha Nueva-Alemania, compuesta en su mayor parte de campatriotas suyos. Siguió la carretera, dejando á los dos costados lindas casas de campo rodeadas de jardines, en que prosperan especialmente bananeros, ananas, diversas clases de legumbres y plantas de adorno (1). Al cabo de algunas horas de subida se ensancha el horizonte, y desde el pueblo de *Pinetown* se domina un hermoso panorama, que por un lado termina en el Océano Indico; los árboles nombrados, el de café y otros frutales, sombrean los paseos que conducen á las *villas* separadas por bosques, praderas ó sembrados.

(1) *Neueste deutsche Forschungen in Süd-Afrika*, von Karl Mauch, H. Hahn und R. Brenner, 1866-67, *Mitteilungen* de Petermann, 1867, páginas 281-311 y 219 á 224.

Una vez en la Colonia se dirigió á uno de sus más antiguos moradores, que habia perdido el juicio buscando escarabajos é insectos, y necesitaba de apoyo tanto como nuestro viajero.

El Pastor de la Colonia, que era á la vez misionero, en quien cifraba sus esperanzas, se hallaba ausente: en tan apurado trance se resolvió á buscar trabajo por no verse precisado á mendigar el sustento. Entre tanto volvió el Pastor, que fué su estrella de salvacion. Bien alimentado y provisto de una carta de recomendacion, le despidió á los dos dias para Pieter Maritzburg, capital de la Colonia Natal, que dista 50 millas. Llegado que fué á su destino, y al cabo de dos dias de mortal ansiedad, se le ofreció ocasion de presentar lo que podia considerar como sus credenciales, y para desvanecer sospechas, le mostró á la vez una carta en que el Dr. Petermann le aconsejó que desistiese de sus planes de viajes antes de abandonar la madre patria. Los dos meses y medio que pasó ocupado en los trabajos que le encomendó su nuevo patrono, no ofrecen el menor interés en nuestra reseña.

Un comerciante europeo, que tenia familia en Maritzburg, le invitó á acompañarle á la república de *Transvaal*, su habitual residencia, ofreciéndole para todo desinteresado apoyo: el 27 de Abril se puso en camino para el interior. Consistia el tren de este inesperado protector en tres carros, dos de toldo, tirados por 12 bueyes, y uno abierto, por 16. Un tren de esta naturaleza, haciendo sus correspondientes paradas para dar descanso y comida á los racionales y á las bestias, es lo más monótono que imaginarse puede. Aprovechamos

esta circunstancia para examinar con algun detenimiento los diversos panoramas que el país va desarrollando á nuestra vista.

El terreno se alza progresivamente desde la costa, y deja cada vez más libre el horizonte en direccion al mar. Los pelados lomos de la cadena Draken, se van haciendo por momentos más visibles; más tarde nos sorprende una cascada del Umgeni, que se desploma vertical de una altura de 300 piés: viene luego el ancho Tukela, que se esconde entre grandes bosques de acacias, por un lado, para salir después á una pradera y costear una colina: aquí se ve un grupo de lindas casas, cuya construccion está proclamando la presencia del civilizado europeo, solitarias las unas, y ceñidas otras de plantíos, en que prosperan en amigable consorcio plantas indígenas al lado de los Eucalyptos de Australia y otros tallos de diversas zonas: estas y más cosas dan á la Colonia Natal no pequeño atractivo.

Pero entretanto hemos subido á la cima del desfiladero, que da salida á la estepa: y al pié del mismo, en el pueblo de *Harrismith*, comienza el Estado libre de Orange: una inmensa llanura, sin más límite que la apartada cadena de Witten por el Sur, y algunas cimas destacadas y apenas visibles en las otras direcciones. Pero tambien esta sábana tiene sus encantos: pronto nos sorprende un ejército de antílopes que, á velocísima carrera, tratan de ganar la inmediata colina, como para presentar batalla al enemigo.

Los traidores pantanos, los rios sin puentes y los valles trasformados en inmenso lago, son objetos que ya conocemos de otras excursiones por comarcas africanas. El tránsito de

un carro cargado con 6,000 libras y tirado por 16 bueyes á través de estos sitios, ofrece los más variados episodios, casi todos del género trágico.

El Vaal separa las dos repúblicas hermanas de Orange y Transvaal, esta última dicha también república Sud-africana. Ambos países presentan análogo aspecto, y tal vez son semejantes en sus caracteres geológicos: se nota en ambas una pobreza de arbolado poco frecuente en países africanos. En las descripciones de nuestro viajero hallamos también vacíos incomprensibles: ni un objeto que llame nuestra atención apunta en las primeras páginas de su diario, si como tal no recordamos su visita á la vieja propietaria de una granja, cuya vivienda oscura, hedionda y llena del humo que, como es común en estos países, no tenía más salida que la puerta y algun agujero, con el nombre de ventana, no es acreedora á una descripción tan detallada (1).

Antes de proseguir nuestro viaje debemos hacer algunas indicaciones acerca de la situación y origen de esta república.

Está comprendida entre los paralelos 22° 30' y 28° latitud Sur, y 24° y 29° 30' longitud Este: la cordillera Draken la separa de Natal y de las tribus cafres Zulus; el Vaal forma su frontera meridional, separándola del Estado libre de Orange; el Limpopo, con sus tributarios, se interpone entre ella y los territo-

(1) Carl Mauch's *Reisen im Innern von Sud-Afrika*, 1865-72, Mittheilungen de Petermann, Suplemento, núm. 37, pág. 9.

rios de los jefes cafres Mosilikatse, Sisheli y Mahura. Pero al Norte y Oeste, no reconoce el Gobierno transvaalense límites propiamente dichos, ántes bien, los boers, al tomar posesion del país, se reservaron el derecho de estender sus dominios por este lado, y cumpliendo su programa se apoderaron más tarde de considerables territorios pertenecientes á varios jefes cafres, Mahura principalmente, haciendo lo propio con una porcion del patrimonio de otros caudillos como Setchwayo y Panda.

Su estension abraza poco más de 80 millas cuadradas, ó sea la mitad de la superficie que comprende la colonia del Cabo y cuatro veces más que la de Natal. Por lo que iremos viendo, posee comarcas feracisimas, y su territorio está surcado en todas direcciones por numerosas corrientes; sus inmensas praderas dan excelentes pastos que mantienen numerosos rebaños y abundantísima caza. El clima es parecido al de los países meridionales de Europa y se halla atemperado por la considerable altitud del suelo; así es, que las noches de invierno son frias.

La poblacion extranjera asciende á 25,000 almas y á 250,000 los negros sometidos al Gobierno de la república.

Fundaron esta los emigrados que, á partir de 1835, abandonaron las colonias inglesas del Cabo, Natal y el Estado de Orange, por desavenencias con el Gobierno de Inglaterra. Entusiasmados por la idea de la independencia, lograron rechazar las poderosas tribus Cafres que obedecian á Mosilikatse y á Dingan, y echaron los cimientos de un estado libre. Algun tiempo despues fué reconocido el nue-

vo Gobierno por las autoridades británicas con las que celebraron un tratado en 1852 que legalizó su independencia.

La forma de gobierno es republicana, en toda la estension de la palabra, rigiéndose por una asamblea representativa ó *volksraad* de 15 á 20 diputados, que se reúnen una vez al año y á quienes corresponde nombrar el poder ejecutivo. Este se compone de los tres primeros funcionarios ó sea el presidente de la república, que recibe su mandato por cinco años, el jefe de las tropas y el secretario del Gobierno, auxiliados por dos individuos de nombramiento popular. Las resoluciones adoptadas por el *Volksraad* se publican en el diario oficial de la república por espacio de tres meses, y si en todo este tiempo no se opone veto alguno, son declaradas leyes del Estado. Su sistema legislativo es tan incompleto que con frecuencia se ven obligados á aplicar el Código holandés-romano.

Se halla dividido el país en nueve distritos: Potchefstroom, Rustenburg, Pretoria, Waterberg, Zutpansberg, Lydenburg, Heidelberg, Stroom y Utrecht. Al frente de cada distrito hay un magistrado que se llama *landdrost* y es elegido por el pueblo: tiene á sus órdenes un empleado, un jerif, un *field-cornet* y un *ugier*. Administra justicia todos los días, menos los sábados. Si las partes no se conforman con sus decisiones pueden apelar á un tribunal superior que celebra sus sesiones el primer miércoles de cada mes, y se compone del mismo *landdrost* y de seis *hemraden* designados por el Gobierno.

El marfil es tal vez su principal artículo de comercio, y aunque la falta de caminos en-

torpece sobremanera las operaciones mercantiles, exportan grandes cantidades por los puertos del Cabo y de Natal; un solo comerciante de Zutpansberg, pequeño pueblo situado al pié de los cerros de su nombre y á 30 millas del Limpopo, envió á Natal 312 quintales y medio de marfil en 1864 (1).

Sigamos ahora los pasos del naturalista alemán á través de la flamante república Sud-Africana.

Guardando absoluto silencio sobre los terrenos intermedios, nos lleva Mauch á las pendientes que constituyen la línea divisoria de los ríos Vaal y Cocodrilo, ó sea entre el Océano Atlántico y el Indico. Las vertientes septentrionales se componen de varias lomas paralelas, cuyas partes culminantes se denominan *Witte-Water*, de las piedras blancas que cubren una gran parte de su superficie; las alturas de que nace el Limpopo, pertenecen á la cadena Majalis, cuya principal composición es cuarzo, y cuyas escarpadas pendientes meridionales contrastan con las del Norte, que son comienzo de un país más agradable, más poblado y más rico en árboles que el que dejamos á la espalda. Chorros de agua surcan por todas partes un suelo fértil que convida al cultivo, y en sus orillas ó en las del camino, se han levantado numerosos caseríos rodeados de jardines que tienen por cerca una muralla impenetrable de higueras, granados, membrilleros ú otros, y en cuyos espacios os-

(1) *Republique du Transvaal*, dans l'intérieur de l'Afrique méridionale, en el Boletín de la Sociedad geográfica de París, 1866, pág. 258 y siguientes.

tentan su precioso fruto el ciruelo, albrerigo, manzano, peral, la vid y tabaco, sin contar las diversas clases de legumbres, batata, calabaza, patata, etc., y otros árboles de adorno, como los eucalyptos de Australia y las auranciáceas que suelen plantarse aquí delante de las casas. A orillas de los arroyos prosperan los cereales, y detrás de la casa ó á un costado, están los corrales para el ganado. Como en las granjas europeas, el perro da la señal de alarma, y guarda la propiedad del amo querido: de igual manera se recibe aquí al extranjero y al caminante, y si este demuestra ser de cierta posición, el negro, obedeciendo el mandato de su amo, se apresura á poner la cafetera al fuego.

Era el 22 de Junio del año citado; la estación lluviosa se acercaba á su término y empezaba la época más propicia para emprender un viaje por el corazón del Africa, porque en ella se halla en todas partes el agua necesaria, pero han desaparecido los pantanos extraordinarios y las grandes avenidas de ríos y torrentes.

Las primeras excursiones de nuestro explorador tuvieron por término las cercanías de Rustenburg, residencia de su favorecedor, y con tal motivo nos da una ligera descripción de la comarca. La cadena Majali, así llamada de un caudillo que tenía en ella sus cuarteles al tiempo de la conquista, se extiende en forma de ∞ de Este á Oeste, y comprende en su arco occidental el pueblo nombrado, mientras que dentro del opuesto se halla la capital de la república, *Pretoria*; sus picos más altos están á los dos lados del río Hex. Las pendientes meridionales son escarpadas y pobres

de aguas, pero no carecen de arbolado, á pesar de su carácter roquizo. Toda la cadena se compone de cuarzo blanco; en varios puntos se descubren restos de minerales, de cobre especialmente, y á una media hora al Norte de la montaña corre, paralelo á la misma, un gran depósito de mineral de hierro, que se estiende desde Pretoria hasta cerca de Rustenburg.

Al Norte desaparecen las acacias, fuera de las orillas de las corrientes; y crecen, en campo libre, y formando bosquecillos, las hayas y protea, con varias combretáceas. En las hendiduras de la roca brotan con lozanía grandes aloes, varias euforbias, erythrea y tantas otras. Leopardos y gatos monteses producen más de un susto á los tranquilos moradores de los caseríos, y las serpientes venenosas aconsejan tambien precaucion al marchar por la estrecha senda, que de ordinario ofrece seguros albergues á estos reptiles.

Rustenburg está situado en uno de los sitios más deliciosos de la mencionada cordillera, y no de los ménos productivos de este país, cuyo destino parece señalarle una posición importante entre los Estados del Africa meridional. El Hex sale de la montaña por una garganta, y serpentea despues por el llano, como recreándose en la contemplacion de los tesoros que por do quier derrama. El valle de Rustenburg está limitado al Este por varias colinas, algo escarpadas, de sienita, con mezcla de feldspato y blenda, de color casi negro: pero hácia el extremo Noroeste descuella cada vez más la estructura de pórfiro, y se ven colinas de diorita con mezcla de otras piedras. La poblacion es poco ménos que nula en toda la cuenca del Hex, y en las pendien-

tes de que hemos hecho mérito. Por el Norte cierran el valle los cerros de Pilaan. En una de sus primeras excursiones se extravió en ellas nuestro viajero, y hubo de resignarse á pasar la noche en una choza de un pueblo, cedida por sus moradores á los chacales, hienas y otros individuos de esta índole: al dia siguiente hubiera sucumbido de hambre y de fatiga, sin el oportuno auxilio que le prestó la esposa de un misionero que residia en la comarca. En el centro de los montes Pilaan hay una meseta pantanosa, de que parten numerosos riachuelos en todas direcciones, algunos de los cuales vierten en el Eland y otros se pierden en los valles.

Los fundadores blancos de Rustenburg han seguido en su construcción el plano ordinario y perfectamente regular de un pueblo africano. Una gran plaza cuadrada, sita en el centro, sirve de mercado, asamblea, á la vez que de prado á los caballos de los que vienen al pueblo para negocios. Rodean esta plaza casas de un piso, con techo de paja, á excepcion de dos más nobles, que constan de dos, y tienen éste de zinc: cada una lleva adjunto su jardin, cercado con paredes de barro. Un largo canal, derivado del rio, surte de agua á la poblacion, recibiendo cada vecino su parte por medio de una pequeña acéquia: el sobrante se pierde en libertad completa. Cada propietario es el arquitecto de su casa, en la que practica dos ó tres departamentos: no hay más puerta que la exterior; todos los demás huecos están siempre abiertos, ó cerrados con cortinas de tela: pero el aspecto del pueblo va mejorando por grados, y sus civilizados habitantes, ingleses, holandeses, franceses, ale-

manes y africanos, sabrán trasportar á tan lejanas tierras las comodidades europeas, que formarán agradable consorcio con la riqueza de su suelo. Este produce, efectivamente, todas las plantas tropicales y de los climas templados: la palmera, bananero, bambú, café y caña de azúcar, al lado de la patata, frambuesa, cereales, algodón y cáñamo: aún echó de ménos Mauch algunas de nuestras sabrosas frutas, como la pera, manzana, ciruelas, cerezas y otras.

Algunos indígenas ó naturalizados en el pueblo hacian grandes elogios de los tesoros minerales que encerraba el suelo de las cercanías; pero un ligero exámen hizo ver á nuestro explorador que toda la riqueza mineral del país se reduce á cuarzo, felsdpato y hierro que en las actuales circunstancias es inexplorable. Esta excursión le procuró más exacto conocimiento de los contornos, y á nosotros nos proporciona la ocasion de enriquecer nuestro caudal de noticias geográficas.

Dirigiéndose al Oeste, pasaron los expedicionarios un bosque de Tambutis, árbol de que se hace alquitran, y luego las primeras colinas de los Bechuanos, visitando al paso la residencia del caudillo Ramakoko, cuyo vestido grasiento y haraposo, sombrero agujereado y súcio, piernas y brazos desnudos, rostro insípido, nariz ancha y desfigurada y boca sin dientes, le daban un aspecto repulsivo. Las nombradas colinas se ramifican en esta direccion extraordinariamente. El Cocodrilo serpentea por este semilaberinto sobre un lecho de 120 piés de ancho. En las cercanías abundan los antílopes de diversas especies y zebras, aunque muy mermados hoy por la constante

persecucion de los indígenas y extranjeros, que han hecho más fácil su caza con la introduccion de las armas de fuego. Los minerales más abundantes en la parte de montaña comprendida entre los cerros Pilaan y los de Ramakoko son amatista, feldspato y cobre.

La cuestion minera y mineralógica produjo á nuestro viajero un disgusto que pudo llegar á ser conflicto, y muy grave, y estuvo á punto de dar al traste con sus planes de exploracion. Su protector llegó á convencerse, como otros muchos, de que habia hallado una mina de oro; se le abrió el apetito de metálico, y cuando vió con certeza que todo habia sido un sueño, le cerró la puerta de su casa. La primera noche despues del suceso durmió al aire libre, pero en seguida le ofrecieron hospitalidad varios alemanes de la colonia europea, y un rico traficante de *Potchefstroom*, de la misma nacion, que más tarde desempeñó elevados cargos en la república, le invitó á trasladarse á su casa, como lo hizo en Julio del año citado. Este pueblo es el más considerable del estado.

Entre Rustenburg y la nueva residencia de Mauch, se levanta el llamado *Campo alto*, cuya elevacion media es de 5,000 piés, alcanzando 6,300 en varios puntos; su vertiente septentrional ha recibido la denominacion especial de Witte Water Rand, que es, como dejamos dicho, la línea divisoria de las vertientes del Océano indio y del Atlántico.

En estos cerros, de formacion caliza, hay innumerables cuevas y grietas producidas por hundimientos de las capas geológicas, y en algunas cavernas se ven árboles que aparen-

tan tener casi todo el tronco sumergido en el suelo. Una de estas cavernas visitó Mauch, cuyas laberínticas encrucijadas compondrían varias millas de longitud y por la que pasaba un riachuelo deslizándose sobre las rocas; en varios puntos cubrían las paredes bellísimas estalactitas. Mauch opina que el torrente corrió en otro tiempo sobre la superficie, de lo cual se ven señales en el punto en que se transforma en subterráneo. Otros muchos ríos sufren igual cambio de curso en Campo Alto, y sus aguas trabajan sin cesar en la formación de estas grandiosas cavernas. En otros sitios hay inmensas cavidades en que se depositan las aguas de las lluvias y forman verdaderas lagunas de profundidad respetable.

Esta comarca es, al parecer, rica en minerales de plomo, y si no son fábulas ciertos ensayos de un técnico inglés, predomina el argentífero: de cualquiera manera que esto sea, encontraría este metal la más favorable acogida de los colonistas que se ven precisados á buscarle en los puertos ingleses, con enormes sacrificios.

El mundo vegetal se halla representado por plantas características, entre las que descuelan una Bauhinia de flores grandes y amarillas, cuya semilla, gruesa y redonda, sirve á los negros de alimento; una cucurbitácea, cuyo fruto comen también los bushmanos; grewia y la elephantorhiza ó guisante de Eland, aplicada en medicina y en el curtido de las pieles.

Potchefstroom es, como dejamos dicho, la villa más importante de la república, aunque no residencia de su Gobierno. Su nombre se compone de *Pot*, primera sílaba del de un jefe

de la comarca, Potgieter; *Chet*, jefe, y *Stroom*, río, por hallarse asentada sobre el *Mooi*. Un canal derivado de éste, surte de aguas á la poblacion por medio de acequias secundarias que tambien riegan sus numerosos jardines. Muchos vecinos han fabricado cisternas que á seis ó más piés de profundidad dan un agua excelente. La calle principal tiene tres millas de larga: cuenta dos grandes mercados en que se hace activo comercio, y á la que dan magníficos edificios y dos templos. En las primeras horas de cada dia se presentan en ellos los productos de la comarca y de los puntos más apartados del país; leña, cereales, harinas, frutas, cueros, pieles, legumbres, tabaco, lanas, marfil y otros que de ordinario se venden á pública subasta.

Entre los árboles que sombrean las calles y plazas ó sirven de cercado en los jardines, descuellan las gigantescas sauces de 40 y más piés de altura; los membrilleros, granados é higueras; pero aunque los frutales prosperan admirablemente, pocos se cuidan de su cultivo.

La poblacion no pasa de 1,000 almas. La blanca se compone de holandeses, ingleses, alemanes y franceses: la negra de basutos, zulu, hotentotes y griqua; todos estos se hallan al servicio de los europeos; los hombres en trabajos de su clase; las mujeres de cocineras, niñeras y lavanderas; los niños en ocupaciones propias de su edad.

En Setiembre vino otro acontecimiento á turbar el reposo de nuestro aventurero explorador: vióse envuelto en una especie de alistamientos que efectuaron los transvaalenses para hacer valer sus derechos á la participa-

cion en un botín de guerra, y no sin gran trabajo y riesgo logró sustraerse á este deber de ciudadano y dirigirse al distrito de Marico, al N. O. de Potchefstroom, donde pasó algunas semanas vagando de un lado á otro, sin hogar ni patria. Un jóven agricultor le ofreció asiento en su carro para trasladarse al lugar deseado, lo que efectuó sin contratiempo notable. La dueña de uno de los cortijos del tránsito, al verle recoger piedras de las cercanías del camino y guardarlas con gran cuidado en los bolsillos, le tuvo poco menos que por un petrólogo, que de un par de bocados podia engullirse toda su hacienda, y prorumpió en denuestos contra nuestro pobre mineralogista, lanzando contra él la acusacion de que intentaba apoderarse de su haber: no sin algun esfuerzo, lograron convencerla de otra cosa.

En la misma tarde llegaron á su destino.

La casa de su jóven protector era tan pequeña, que hubo de resignarse á pasar aquella noche á campo raso. El siguiente fué dia de peregrinacion por el pequeño Marico, y tras forzada marcha se halló á la caída de la tarde en el caserío de un rico hacendista, donde fué recibido con hospitalidad oriental. Antes de sentarse á la mesa hubo de someterse á la ceremonia del *lavabo*: «La negra Sarah pone á los piés de la señora una fuente con agua tibia, en la que se remoja un paño, hecho de una camisa ó sábana vieja, súcio, como que con él se limpiara previamente la mesa en que habian celebrado su jolgorio las gallinas, y despues de retorcerle se lava con el mismo la cara. En seguida le a'arga al individuo más anciano de la familia, y sucesivamente hacen

igual operacion todos hasta llegar al extranjero, que no puede rehusar el lavatorio. Idéntico procedimiento se repite con los pies, sin cambiar agua ni paño;» y luego empieza la comida, en que cada uno se sirve su porcion y la esconde en el estómago en un instante. Uno de los niños dice una corta oracion ántes y despues del banquete. Esta noche tambien se vió precisado á dormir bajo el techo estrellado, porque las chinches habian ya tomado completa posesion del lecho y del cuarto que le destinaron. Por fin halló cómodo alojamiento y franca hospitalidad en la morada de un misionero aleman que vivia con su esposa en las cercanías. El país presenta casi idénticos caracteres que en los distritos anteriormente visitados, á lo cual debemos atribuir el silencio de nuestro viajero en esta parte de su relacion, que solo contiene la de algunas aventuras sin importancia.

En una de sus excursiones se extravió por la soledad, y le cogió la noche lejos de la casa del misionero: el bramido de los leones le infundió tal pavor, que subió á un árbol y sobre él aguardó la salida del sol, que hace esconder á las fieras en sus cavernas. El dia siguiente buscó en vano su agradable posada, y tras fatigoso andar, se vió precisado á pedir albergue á un labrador holandés, quien le señaló alojamiento en compañía de los cerdos, gallinas, gansos y perros, cuyo ruido le produjo mayor molestia que las penosas marchas de las jornadas anteriores.

Pocos dias despues emprendió su regreso á Potchefstroom, durante el cual se vió expuesto á nuevos peligros y penalidades. En el primer dia de marcha descargó sobre él una fu-



riosa tormenta, y se vió casi envuelto en el fuego que encendió el rayo á ciento cincuenta pasos de su persona: aquella noche encontró amistosa acogida en el caserío inmediato.

Siguió el camino que atraviesa el valle del pequeño Marico, hasta donde este desaparece en extensos arenales para cruzar despues el del gran Marico. En este fué tratado de vagabundo por los labriegos que le cerraron las puertas de sus chozas y le negaron un bocado de alimento: rechazado en todas partes, se vió en la dura necesidad de pasar otra noche al sereno. Hambriento y sin fuerzas prosiguió su jornada y resolvió incorporarse á una compañía de reclutas que se hallaba en los alrededores y se dirigia con provisiones á Potchefstroom. Estos semibárbaros no le trataron mejor que los campesinos de Marico: pasaba las noches bajo un carro sobre el duro suelo, y siendo testigo de los opíparos banquetes en que se regalaban los reclutas apenas tenia lo necesario para el sustento.

De regreso en Potchefstroom, hizo el primer ensayo de un mapa de la república sud-africana, que publicó, en unión con un amigo, en la ciudad del Cabo; mas como dibujo y estampacion salieron defectuosos, entregó sus trabajos cartográficos al mencionado amigo, quien más tarde llevó á cabo la obra, auxiliado por un misionero de Berlin (1).

Pasamos por alto otras excursiones que no tuvieron por objeto primario la investigacion

(1) *Original Map of the Transvaal or South African republic*, by F. Jeppe and A. Merensky, suplemento núm. 24 á las Mittheilungen, 1868.

del suelo y de los habitantes, y para no repetir los mismos episodios, seremos tambien breves en la narracion de sus viajes ulteriores.

Al regresar de una cacería en Febrero de 1866, hizo conocimiento con el celebrado cazador Hartley, quien le invitó á visitar en su compañía el país de Matebele, ántes apenas explorado. Por desgracia, los medios de que disponia eran muy pobres, puesto que no llevaba más instrumento para sus observaciones que un compás de bolsillo, y su equipaje se reducía á las piezas de vestir más indispensables, y á los materiales de escribir. Hé aquí por qué no tuvieron los dos viajes de 1866 y 1867, la importancia y los resultados que podíamos esperar, dada la estension considerable de la zona comprendida en los itinerarios, ocho grados geográficos á lo menos. El malogrado Hartley pereció en una de estas cacerías.

De regreso de su segundo viaje, en el que habia penetrado hasta más allá de la línea divisoria de las aguas que van al Zambezi, dió á conocer su descubrimiento de las famosas minas de oro, y sus noticias y descripciones hicieron creer á muchos que se trataba de una nueva California; venian en apoyo de esta creencia, las antiguas tradiciones del ofir de Salomón, que la mayoría de los comentaristas y muchos viajeros han identificado, con el país de Sofala, limitrofe precisamente de Matebele. Mineros experimentados se trasladaron inmediatamente á Mental, atraidos por el mágico poder del oro; el mismo Mauch llegó á vacilar si le convendria más explotar su descubrimiento y dar al traste con su profesión ingrata de explorador, que proseguir sus in-

vestigaciones, y dejar á otros las utilidades materiales de sus trabajos. Tal vez hubiera hecho lo primero si en el ínterin no le llegára la nueva de que el comité de Gotha protegeria en adelante sus planes con subsidios de dinero; pero esta noticia le decidió á continuar sus viajes en vez de ponerse al frente de una sociedad minera que le pedia su concurso para explotar las minas; poco tiempo despues, la realidad habia desvanecido las ilusiones y se alegró de haber obrado con más prudencia que los ingenieros y operarios que se reembarcaban para Australia (1).

Con los subsidios que le enviaba la madre pátria, pudo emprender investigaciones más serias, pero no tuvieron por eso término sus privaciones y sufrimientos. En tanto que le llegaban los objetos indispensables para el cambio y compra de víveres, á la estación que las misiones inglesas han establecido en Inyati, pueblo central del país de Matebele, quiso explorar las comarcas orientales de Transvaal, dirigiéndose á pié y en pequeñas jornadas al mismo punto; pero desde los primeros dias se vió expuesto á horribles fatigas y privaciones.

La escasez extraordinaria de aguas habia ahuyentado la caza, su principal recurso, y el país se hallaba tan exhausto, que los indígenas se alimentaban de yerbas, frutas verdes ó sin madurar, y de raices. En estos tres meses de lucha constante con la sed y el hambre, sa

(1) *Mittheilungen* de Peterman, 1867, p. 219 y 281; 1868 pág. 93 y 145; 1869 pág. 188-92 y 301, y 1870, pág. 1-92, y 139.

boreaba como bocados esquisitos los pedazos de piel de búfalo, pececillos cocidos con agua sin sal, ó las yerbas y raices que cogia. Sus compañeros de viaje no estaban mejor socorridos; uno de ellos se comió las sandalias de los piés, despues de machacarlas entre dos piedras y tostarlas al fuego. Acontecióles alguna vez, que hallando algun fruto desconocido, le comian, sufriendo luego agudísimos dolores y vómitos. En situacion tan apurada, encontró unos guerreros de Matebelé que le invitaron á continuar el viaje en su compañía, socorriendo su necesidad espantosa. Tres dias más tarde, entraban en el país de los Makalakas, que hallándose sometidos á los Matebele, tenian obligacion de suministrar víveres á los guerreros de este pueblo; entonces pudo con verdad decir, que tras la miseria la abundancia.

Pero la desgracia perseguia en todas partes á nuestro viajero. En Inyati fué vigilado de cerca por los indígenas, que le permitieron, es verdad, hacer escursiones á largas distancias, pero sin concederle toda la libertad necesaria para llevar á efecto sus planes. Por otra parte, su amigo y comisionado de Potchefstroom, no habia expedido los artículos que esperaba encontrar á su llegada, y á los seis meses de una estancia poco menos que estéril en la comarca, durante los cuales halló cerrados todos los caminos para dar un paso en direccion al Norte, volvió á tomar el del Sur, en compañía de varios traficantes ingleses.

Eran á la sazón objeto de acaloradas discusiones unos famosos campos diamantíferos, hallados en la confluencia de los dos brazos que forman el Orange, y nuestro explorador

no quiso perder la ocasion de hacer alguna adquisicion que le resarciese de las privaciones sufridas; mas la fortuna le fué tan adversa como siempre, y sacudiendo el polvo de sus botas, penetró de nuevo en la república transvaalense, donde encontró nuevos depósitos que le parecieron no ser extraños al oro, y á cuya vista, quizás, se le despertó el deseo de emprender una segunda excursion á los campos diamantíferos, que le sirvió para corregir algunos errores en el trazado cartográfico del rio Hart, ántes límite Sudoeste de la república. Esta vez abandonó el país tan descontento como la primera, porque los indígenas ponian precios fabulosos á los diamantes y su situacion no le permitia hacer excavaciones por su cuenta; por uno de 68 quilates, impuro y sin pulimento, pedian 100 vacas ó sea seis mil pesetas próximamente y un carro con su tiro de bueyes por los más pequeños, de dos á tres quilates (1).

Algunos días más tarde, se hallaba de regreso en Potchefstroom, y en Febrero de 1870 le vemos acompañando á un individuo de la comision portuguesa que habia sido enviada á celebrar un tratado de convenio y de demarcacion de fronteras con el Gobierno transvaalense y regresaba á la bahía de Delagoa. Mauch pensó que desde este punto podria emprender con ventaja su proyectado viaje al Zambezi y no titubeó en aceptar una invitacion que tan directamente favorecia sus planes, tan contrariados otras veces. Cruzaron la

(1) *Reise im nordwestlichen Theil der Transvaal republik, Mittheilungen, 1870, pág. 165.*

colonia de Nueva Escocia, fundada hacia poco tiempo al Sudeste de Transvaal, en una comarca elevada y especialmente notable por su riqueza en carbon mineral: pasó veintidos días estudiando los cerros fronterizos de Lobombo y en otros seis atravesó la region pantanosa que termina en la bahía. Fué recibido en esta con las más finas atenciones por parte del gobernador, circunstancia que le permitió reponer algun tanto sus agotadas fuerzas.

Pero en los ensayos que hizo para llevar á efecto su deseado viaje al interior, se le mostró de nuevo adversa la fortuna. La fiebre se unió á la falta de víveres para atormentarle, y con gravísimo riesgo de perder la vida, logró trasponer las montañas de Draken y llegar al pueblo de Lydenburg, en Transvaal, donde pasó los tres primeros dias en la postracion más completa y privado del sentido. Gracias á los cuidados de un misionero de Berlin, se restableció con rapidez y pocos dias despues se hallaba en Potchefstroom disponiendo su tercera excursión á los campos diamantíferos.

Esta vez efectuó su viaje en una lancha por el rio Vaal: las peripecias estuvieron como en todas las expediciones de Mauch, á la órden del dia, y se comprende que no escasearian los peligros en una travesía que duró veinte y un dias, durante la cual pasó 33 pequeñas cataratas y una cascada de 25 piés de altura, haciendo él solo los heterogéneos oficios de marino y viajero y teniendo que buscar él mismo en los pueblecitos ó chozas de la ribera su alimento, consistente en pan y leche. Por tercera vez se frustraron sus esperanzas de adquirir un ejemplar de los diamantes africanos, pero en cambio sus excursiones á

los famosos campos, no eran del todo infructuosas para la geografía: el trazado del Vaal aparece más correcto en nuestros mapas, gracias á esta navegacion del naturalista württembergés, como todos nuestros conocimientos geológicos y geográficos de la república de Transvaal, son fruto de sus heroicos esfuerzos; en las páginas siguientes exponemos sus resultados, con la brevedad que nos imponen el deber de cronistas y la consideracion del vastísimo campo que aún tenemos que recorrer á través del africano suelo (1).

Terminaba el mes de Enero de 1871 cuando nuestro viajero se disponia á emprender su cuarto viaje en busca de las ponderadas ruinas que se decia existir entre el Limpopo y el Zambezi. En Zupansberg terminó su mapa de la república (2) y su equipo de viaje. Cubierto de piés á cabeza con su traje de piel de ciervo, zapatos de tres enormes suelas y gorra de cuero, se creia tan dispuesto á sufrir los ardores del sol africano, como la fresca temperatura de ciertas noches tropicales; capaz de rivalizar en ligereza con el búfalo y el rinoceronte, y sobre todo, se juzgó tan seguro de los pinchazos de las infinitas plantas espinosas que se opondrian á su paso, como de las picaduras de ciertos insectos, que fácilmente se esconden en las costuras del vestido y de que no se hubiera visto libre en su constante trato con los indígenas. Un enorme paraguas

(1) *Fahrt auf dem Vaal-Fluss nach den Diamant-Feldern*, 1870-71, Mittheilungen, 1871, página 254.

(2) Mittheilungen de Petermann, 1872, mapa número 21.

le resguardaba del sol, de la lluvia y del rocío nocturno, completando su extraño equipo una cubierta ó manta de lana ó piel, de fabricacion indígena, sin contar las municiones y armas, imprescindibles para el viajero africano, que tantas veces se ve precisado á procurarse con ellas el sustento, ó á luchar con toda clase de animales y fieras y cuya vista sola produce en los ignorantes indígenas el mágico efecto que en Uando y Munza realizó el revólver de Schweinfurth, sujeto solamente á la cintura del traficante Sâmat. Tampoco debe faltar en este traje el gran cuchillo de caza.

Entre las armas del viajero ocupan un lugar preferente los instrumentos astronómicos y meteorológicos, que le dicen con entera precision la altitud del suelo que pisa, su posicion con respecto á otros puntos del globo, distancia de las costas, etc.; cronómetro, al que prefieren algunos un buen relój, para medir las longitudes geográficas y otros aparatos cuya enumeracion no hace al caso.

El peso de los instrumentos, armas, como sextante, nivel, compás prismático y de bolsillo, linterna y martillo que llevaba sobre sí nuestro explorador, ascendia á 50 ó 60 libras y prefirió cargarse con peso tan molesto á exponer sus aparatos al rudo tratamiento de los porteadores; á estos encomendó los objetos de compra y cambio, libros, medicinas, ropas y otros artículos que en varias ocasiones hemos visto usados por moneda corriente entre los indígenas.

El 30 de Julio comenzó el verdadero viaje y durmió en una aldea á dos leguas del punto de partida. La comarca es hermosa y su poblacion compacta empieza á aprender á utili-

zar las aguas que el Zutpan envia al Limvubu en el riego de su feracisimo suelo y para el sosten de lindos jardines y campos, en que ya prosperan azúcar y café. En las irregulares vertientes de la citada montaña, se han establecido numerosas aldeas cafres escondidas entre denso arbolado. Pronto llegó Mauch á la del caudillo Lomondo, cuyas miserables chozas ocupan los alrededores de una roca inaccesible. Lomondo tenia todo el aspecto de los irracionales, y en sus facciones groseras y rudo porte creyó descubrir Mauch los instintos caníbales que le achacaba su intérpetre. Una cabra fué el regalo con que obsequió el príncipe al extranjero, recibiendo á cambio, y con muestras de gran regocijo, una sarta de perlas.

Terminadas las despedidas y otras infinitas ocupaciones con que los porteadores negros suelen entorpecer la marcha y probar la paciencia de los viajeros, salió el nuestro en direccion á la residencia del poderoso caudillo Shewas, no sin fundado temor de que alguno abandonase su fardo en el camino, y tomase las de Villadiego en la espesura de la selva.

Poco ántes de empezar la subida de la pendiente, descúbrese la capital del caudillo nombrado, oculta entre árboles y maleza. Gran número de indígenas armados cruzan su camino y se detienen como es costumbre entre ellos, á tomar informes de la pequeña caravana, su procedencia, objetos que los fardos contienen, término del viaje, etc., noticias que se propagan con rapidez asombrosa. A la hora y media de subida, cruzan un riachuelo ó torrente, cerca de cuyas riberas espera Mauch á su intérpetre, que se adelantó á anunciar al

príncipe la llegada del extranjero. Poco después se le presenta un semihermano del caudillo con la nueva de que S. M. africana le da la bienvenida, y despojándole de cuanto sobre sí llevaba, paraguas, armas, baston, etc., le conducen en procesion á su presencia. Por las estrechas sendas, encrucijadas y veredas abiertas entre los arbustos, rocas y maleza que constituyen las calles de la aldea, es conducido á la plaza y de allí á la choza régia; y el caudillo que domina sobre un pueblo de 20,000 almas á lo ménos, le recibe en la sala de audiencias, que es el corral de sus ganados, y para no sentarse en silla poco agradable lo hace sobre uno de los fardos de su equipaje.

El cacique era tan grueso que se igualaban casi las dos dimensiones; y su barba extraordinariamente poblada le cubria más de la mitad del rostro; habia aumentado la longitud de su cabello por medio de fibras de algodón de cuyo extremo pendian unas bolitas de barro con objeto de mantenerlas pendientes y que se hacian flexibles untándolas con grasa ó nata de la leche. Esta singular pomada se derriete al calor del sol y cae en brillantes hilos ó perlas por el rostro. Su ancha nariz acusa un excesivo consumo de rapé y la limpieza que en ella se efectúa por medio de una cucharilla de hierro que lleva pendiente de la cadena del mismo metal que le sirve de collar. Por todo vestido llevaba una especie de kepis y un saco de invierno más viejo que su dueño; el primero estaba adornado con plumas y dejaba descubierta la mayor parte de su voluminosa cabeza. Su locuacidad es asombrosa, y es preciso que una de sus hijas, hincada de rodillas, le alargue de cuando en cuando un líquido

con que remojar la garganta. Los que van á pedirle alguna gracia, cosa que se repite con harta frecuencia, se le acercan arrastrándose sobre sus rodillas, con el rostro inclinado hácia la tierra y las manos estendidas en ademán suplicante: á la distancia de seis ó más piés, comienzan á dirigirle los pomposos títulos de: eres un leon, un elefante, un toro, et-cétera: el monarca no les da oídos, sino despues que han repetido muchas veces su peticion: entonces se le acerca el demandante, le dice al oído lo que desea; sigue una ligera pausa, y oída la respuesta del soberano, se retira el suplicante en la misma forma que habia venido, y continúa la audiencia.

La arquitectura de este pueblo difiere poco ó nada de la que hemos tenido ocasion de observar en otros puntos de Africa, y los materiales de construccion son siempre los mismos: en algunos distritos se establece la debida separacion entre los departamentos destinados para vivienda del hombre y los que han de servir de establos á las bestias; en otros, como entre las tribus Makalaka y Batoka, apenas se observa esta costumbre: los palacios de Munza serán tal vez únicos en las regiones del Africa central.

Terminada la audiencia se retiró Mauch á la choza que se le habia destinado, prévia la conveniente limpieza, y cuando se disponia á descansar contento de verse ya libre de importunos y de caras repugnantes, se le presentó de visita el cacique seguido de una vieja que llevaba en un tarro carbones encendidos para obtener fuego y alumbrar la oscura choza; pero haciéndose el humo insoportable, arrojó Mauch el combustible por la puerta, y con gran asom-

bro de los africanos encendió instantáneamente su linterna. La choza se habia entretanto llenado de hombres y mujeres; se presentan licores del país y el viejo caudillo bebe y habla más que nadie, hasta que se retira borracho. Por último, se vió precisado el pobre y fatigado viajero á sacar su lecho al aire libre porque los insectos no le dejaban en la choza un momento de sosiego.

Durante las horas del reposo recibió todavía una extraña visita: una mujer, que en la tertulia de la noche anterior habia visto brillar en su levita una aguja, se deslizó silenciosamente al rayar el alba en direccion á su lecho, para arrancársela de esta manera, asegurando que no se habia atrevido á pedírsela en presencia de su señor.

El cabecilla madrugó tambien más que el aburrido Mauch, y aguardó, sentado cerca de su choza, á que este despertara para indicarle por señas que el sol le invitaba á levantarse. Sin duda que él no habia dormido pensando en los objetos que el extranjero le habia mostrado en la noche precedente, porque su primera conversacion giró sobre este asunto y le hizo enseñar algunos, cuya descripcion no recordaba. Hallándose en esta ocupacion le sorprendieron cuatro muchachas que le traian el almuerzo que habia mandado disponer para él Shewas: dos de ellas le presentaron, de rodillas, unas tortas de maiz muy blancas, en fuentes lisas de madera; otra le ofreció leche ágrida en una vasija de barro, y la cuarta una bonita calabaza llena de cerveza fresca: todo limpio y preparado con arte.

Terminado el almuerzo, verdaderamente exquisito para el país en que se daba, le fué pre-

sentado un buey que le regalaba el mismo Sewaas (Shewas), y que él á su vez hubo de repartir entre las mujeres del cacique, sus parientes y otros que le pedian participacion en el banquete.

Sewaas se empeñaba en retener cerca de sí á nuestro explorador y no le dejó siquiera libre el tiempo necesario para examinar las cercanías del pueblo. Por fin, prometiéndole inmediato regreso, le permitió continuar su viaje.

El 7 de Agosto se despidió de su nuevo amigo, y siguió la vertiente S.E. de la montaña, atravesando numerosas aldeas, sembradas en la selva. En la pendiente N. pierde la vegetacion en lozanía, y el suelo presenta señales de gran escasez de aguas. Aquí habita el jefe Tekwe, súbdito de Sewaas, y más tarde empieza un terreno pobre, casi árido, pedregoso y seco, abrasado por los rayos del sol, que hicieron elevar el termómetro Fahrenheit á 93° á la sombra. Por fin llegó el 10 á la orilla del Limpopo, que en aquel punto, 22° 18' 49" latitud meridional, mide 250 pasos de ancho: á unas cuatro horas más abajo se ensancha su lecho hasta 1,200 pasos. La comarca presenta un aspecto desolado, sin que sean bastantes á darla animacion los riachuelos Buby y Nuanetsi, de arenoso lecho: á largas distancias se tropieza con alguna aldea tan miserable como Malingotse, cuyos infelices moradores se ven precisados á recorrer grandes espacios para procurarse un pobrísimos sustento: hasta las zebras y antilopes huyen de esta desolacion.

Pero cerca de Dumbo cambia la escena, y á esta horrible estepa sigue una hermosa selva

de Mopanis y Cesalpineas, árboles que caracterizan la vejetación de la comarca hasta el Zambezi. Dumbo, jefe de la aldea de este nombre, se mostró con nuestro viajero tacaño y tan ingrato, que habiéndole devuelto á su hijo, arrebatado con otros cuatro indígenas de la aldea, ni él ni las familias de estos socorrieron su extremada necesidad con unos granos de maiz ó de guisantes, haciéndole pagar bien caro los viveres que pudo procurarse en el pueblo. La comarca presentaba muy otro aspecto que en el verdadero valle del Limpopo: los sitios pintorescos abundan, y las aldeas se suceden con más frecuencia. Los porteadores abandonaron aquí á Mauch, quien á duras penas logró enganchar en Dumbo algunos, con la obligacion de acompañarle hasta la residencia del jefe Mapansule, en el país de los Makalakas.

La escena se animaba por momentos, y en la residencia de Lumba le sorprendió un lindísimo panorama, formado por cerros y colinas que se levantan del verde llano, despidiendo de su seno raudales de agua; campos de maiz, que adquiere un desarrollo extraordinario; praderas recorridas por rebaños de cabras y ovejas, ó, en menor cantidad, por vacas de hermosa raza, y cruzadas por numerosos caminos ó veredas, que demuestran la actividad de sus moradores. Pero este pequeño paraíso iba pronto á convertirse en lugar de prueba para nuestro viajero. En Lumba le abandonaron los porteadores ajustados en Dumbo, despues de robarle los objetos más preciosos de su equipaje, entre ellos toda su coleccion de perlas de cristal, que constituian el cambio más apreciado de los indígenas.

Estos se mantenian impasibles observadores de su desgracia y de la miseria á que le dejaban reducido sus indignos compatriotas. En tanto que efectuaba una observacion astronómica en la primera noche de su residencia en Lumba, dos de estos dieron comienzo al robo, aunque la presencia de su amo, que acudió al ruido, no les dió tiempo para llevarle á cabo.

Pero roto el hielo, no disimularon ya más tiempo sus perversas intenciones: aquel mismo dia le abandonaron, viéndose precisado á guardar él mismo el resto de su equipaje. Al comenzar la noche siguiente se le presentaron dos indígenas con una gran calabaza llena de cerveza, invitándole á que bebiera; pero sospechando alguna villanía, les rogó que bebiesen ellos antes, segun costumbre, y como se negasen á ello, les hizo huir apresuradamente, amenazándoles con la carabina. Pasó la noche velando su mermado equipaje y entregado á las tristes reflexiones que naturalmente despertaba en su mente situacion tan angustiosa. Rodeado de enemigos y ladrones, podia temerlo todo de gentes que solo obedecian á sus instintos brutales, puesto que tampoco podia pensar en la fuga. El jefe del pueblo, despues de saquearle con sus exigencias, le pidió un jornal exorbitante y adelantado para los porteadores, aumentando así la angustia y la desesperacion del infortunado viajero.

Así pasó dos dias de horrible lucha con la desgracia, cuando en la tarde del tercero se le presentaron siete hombres, bañados en el sudor de su cuerpo y en la grasa de sus cabellos postizos, conducidos por un jóven cojo,

que habia ido en busca suya al país de Mapansule, para que trasportasen los fardos del abandonado extranjero. Sin perder más tiempo que el necesario para recompensar la generosa accion del bondadoso jóven, salió del pueblo, y pasó la noche en una aldea del territorio de Mapansule, donde fué tratado con atencion inesperada.

Mapansule, uno de los cuatro jefes Makalakas, tenia su residencia en la cima de un cerro inmediato. Conducido nuestro viajero á su presencia, quedó sorprendido al ver allí á algunos hombres de Sewaas, y más aún cuando supo que por instigaciones suyas no le permitiría Mapansule continuar su viaje, y tal vez le detendria como prisionero. Felizmente, supo tambien que en las cercanías vivia un hombre blanco, casado con una hija de otro caudillo, y aunque se le representaron como un hombre malvado y más temible que los caciques indígenas, se arriesgó á buscar su apoyo, y por su mediacion recibió la libertad, no sin haber regalado á Mapansule, á sus tres hijos y al mismo intermediario.

Era el 31 de Agosto de 1871: nuestro explorador se habia instalado en la aldea, resuelto á pasar en ella el tiempo necesario para examinar los alrededores. Movióle á tomar esta determinacion una extraña noticia que recibió la misma noche de su llegada. Decíase que en la comarca habian vivido hombres blancos; que en varios puntos existian restos de hornos de distinta construccion que los indígenas, sin contar otras historietas, como la de una vasija de barro que se habia visto sobre la montaña, oculta en la maleza, y que cambiaba por sí misma de sitio; todo lo cual pare-



cia indicar la existencia de minas en estos sitios y su explotacion en otro tiempo.

Comenzó Mauch su exploracion visitando la montaña encantada, que dista del pueblo una hora en línea recta. No sin manifestar miedo y repugnancia le siguieron los guias hasta la cima, que está pelada: allí le dijo uno de estos que á dos y media millas del sitio en que se hallaban habia una colina, y sobre ella grandes ruinas y murallas que tambien debieron ser construidas por blancos. Mauch comprendió desde luego que ya estaba á pocas millas del objeto que con tanto empeño habia buscado en años anteriores, y esta brillante conquista de sus viajes le hizo olvidar las penas pasadas. Mas para proceder con orden, conviene que antes hablemos del país en que nos hallamos y de las tribus que le habitan, tal como nos le ha descrito Mauch en la relacion de sus viajes.

Una de las tribus más poderosas que habitan estas regiones es la de los *Makalakas*, que forman cuatro principados, cuyo gobierno ú organizacion no difieren esencialmente de la que rige en otros pueblos del Africa central.

Como acertadamente observa Mauch, los *Makalakas* deben haberse puesto por modelo á las aves en el sistema que emplean para alimentar á sus hijos. Desde el mismo dia en que un niño viene al mundo le alimentan con papilla de harina de arroz ó de maíz. Los primeros dias practica esta operacion la abuela, que suele antes untarle la cabecita con grasa. Colocado el niño sobre las rodillas, empieza esta alimentacion forzosa introduciéndole en la boca pequeñas cantidades de papilla, que luego atasca con los dedos, cuya deglucion faci-

lita moviendo á la atormentada criatura al modo que se hace con un saco para llenarle de una sustancia que puede sufrir compresion ó disminuir de volúmen. El pequeño estómago del niño se hincha como una bota, y este queda como muerto: entonces le limpia el rostro con la lengua, y le acuesta al lado de su madre. Cuando esta se halla en disposicion de emprender sus faenas, lleva á su hijo á la espalda, envuelto en una piel, pero con las manos y los piés al aire; y cualquiera que sea el trabajo ú ocupacion que emprenda, en casa ó en el campo, con tiempo bueno, lluvioso ó frio. Cuando apuntan los dientes tienen gran cuidado de ver si salen primero los de arriba, ó vice-versa, porque es símbolo de bueno ó mal agüero. Una vez en disposicion de mascar alimentos más sólidos, le dan como golosina algun escarabajo, langosta, oruga, setas, etc.; y entre tanto, le han afeitado, ó mejor dicho, arrancado varias veces los cabellos, repitiendo otras tantas la operacion del unto. Algun collar de perlas constituye todo su vestido: á los tres años conoce todas las danzas de su pueblo, y habla y corre como el primero.

Las niñas viven con los padres hasta la edad de cinco años, y entonces suelen encomendar su educacion á un pariente, siendo preferido el que vive más léjos del pueblo; con él aprende los quehaceres propios de su sexo, las costumbres, vicios y supersticiones de su pueblo (1). Llegado el tiempo en que las ancia-

(1) Una costumbre parecida existia entre los circasianos del Káukaso, como puede verse en nuestro escrito *Iran ó del Indo al Tigris*, páginas, 347-48.

nas la declaran capaz de contraer matrimonio, y supuesto que tenga pretendiente, es forzoso que se someta á la terrible operacion del *tatouage*. No es fácil describir el martirio de una persona á la que se hacen cuatro mil cortaduras ó pinchazos, por término medio, en la piel, dispuestos en treinta ó más líneas paralelas que comprenden la region del pecho hasta el vientre; sin contar las que se la ejecuten en otras partes del cuerpo; y estas pequeñas heridas se las frota con un jugo cáustico, al que se da color negro por medio de polvo de carbon, á fin de que resalten más las cicatrices; ¡la operacion se repite dos ó más veces si las líneas no quedan bien señaladas la primera!

Entre tanto, debe esperar á que su padre convenga con el novio en el precio de la venta de su hija, sistema repugnante de contrato matrimonial, ya conocido de los lectores de *LOS DESCUBRIMIENTOS*. Pero la niña, que cuenta á la sazón de doce á catorce años, no siempre se resigna á esperar todo el tiempo que á su padre se le antoja prolongar las negociaciones, y suele tambien escaparse con su amante, por más que no puede sentir ni entender mucho de amor un corazon que no ha conocido siquiera el de la madre. Por lo demás, estas mujeres, en algunas tribus africanas al ménos, ejercen notable predominio sobre sus maridos, y sobre todo un pueblo, y muchos viajeros convienen además en que los casos de envenenamiento son frecuentes.

La mujer que sobrevive á su marido es propiedad del hijo mayor de la familia, y únicamente si es hijo suyo conserva su rango de ama ó señora de la casa, si no prefiere casar-

se de nuevo. Estas viudas adquieren, por la costumbre sin duda, tal facilidad y propension para inventar consejas y fábulas, que suelen ser causa de graves conflictos: así una de ellas logró convencer á sus conciudadanos de que Mauch habia ahuyentado las nubes disparando armas de fuego, y observando con demasiada impertinencia el curso de las estrellas, de lo cual tambien era causa una cometa que para diversion de los niños habia sujetado al techo de su choza.

Los funerales de este pueblo son bien sencillos: sin ceremonia de ninguna clase es colocado el cadáver en el hueco de una roca, á su lado se pone un tarro con grasa, y se cierra la puerta con piedras. Su espíritu suele servir de tormento á la familia, vagando por el mundo en la forma que luego diremos.

Los niños varones rara vez son entregados á los parientes, porque desde muy temprano ejecutan en la casa paterna servicios importantes, como guardar ganados, etc. En calidad de *cabrero*, recibe como sagrada propiedad suya una pieza, regalo indispensable para que cuide con interés las que pertenecen á la familia: durante el dia no permanece ocioso, ántes bien, sin olvidar su grey, se ocupa en tender lazos á los pájaros ó caza menor, tirar flechas, etc., y los campos de maiz no están libres de su rapiña y de la voracidad asombrosa que desde su tierna edad demuestran estos negros. La madre lleva su cariño hasta el extremo de sufrir con resignacion malos tratamientos de estos pimpollos, y de darles cuanto piden: en el traje son igualmente los más favorecidos. De doce á quince años avanza en categoria, y se le encomienda el cuidado de

las vacas: durante esta época de su vida suele aprender además algún oficio ó industria, como tejer cestos, fabricar vasijas de madera, hacer flechas, arcos, etc., si no prefiere pasar el tiempo en nimiedades. Para algunos es ocupacion favorita adornarse con los objetos que constituyen la moda del país; otros se entregan largas horas á ejercicios musicales, que á veces se prolongan durante toda la noche. A esta edad toma ya por compañeros inseparables arco, flechas y aljaba de piel de cinocéfalo, lanza ó hacha, sin cuyos objetos jamás sale de casa, cualquiera que sea la ocupacion á que deba entregarse.

Llega la época de los amores, que suele ser tambien la más intranquila de su vida. Luego que un jóven makalaka ha tenido la fortuna de encontrar novia, su primer cuidado es cautivarla por los ojos, y para ello busca mil ocasiones de que le vea perfectamente engrasado, provisto de la calabaza más hermosa, y, en fin, con todo lo que puede servir de atractivo á la pretendida. Si es rico, el negocio se termina pronto, pagando el precio que pide el padre de la novia, y llevándose á esta consigo sin más ceremonia; si es pobre, el éxito depende de su astucia y de las exigencias del futuro suegro, que de ordinario le obliga á trabajar largos años en su casa, como Laban á Jacob.

Los Makalakas creen que los espíritus sobreviven á los cuerpos y vagan por los espacios atormentando á los vivos. Admiten además la existencia de dos seres supremos: uno bueno, llamado *Mali*, y el malo que nombran *Josi*: el primero reside en el cielo, y el otro debajo de la tierra: pero no atribuyen á nin-

guno los bienes que reciben, antes bien, los creen efecto de su industria ó de su astucia. De las desdichas, al contrario, es siempre culpable algun muerto ó viviente; si uno cae enfermo, por ejemplo, es causa de su mal el espíritu de algun pariente, *Motsimo*, que toma venganza de alguna ofensa que le hizo cuando vivía como hombre sobre la tierra. Pero á pesar de esto no deja de buscar consejero y remedio en el doctor hechicero, quien, de ordinario, atribuye á la enfermedad causa distinta de la expuesta por el paciente: y en cuanto á remedios los tiene siempre á mano en unos pedazos de madera maravillosos, que en la posicion que toman al ser arrojados al suelo, revelan todos los secretos de la enfermedad: su productor ó agente es *Motsimo*, que habiendo pedido alguna vez un vaso de cerveza, una cabra, un pedazo de tela de algodón, etc., etc., el paciente se la negó, y hoy pide aquel el doble.

Dispone además que el enfermo tome algun cocimiento de raíces, que sus parientes dancen varias noches en su choza al son de tambores y timbales; que él ó uno de sus parientes, se haga ciertas heridas en el cuerpo, ú otro sacrificio análogo.

Motsimo es tambien el que llama á los que mueren de vejez, y á veces toma posesion de un hombre ó de una mujer, trasformándole en otro y haciéndole hasta cambiar de sexo; la hija se cree momentáneamente convertida en esposa de su padre, el hijo en marido de su hermana, etc., y esta supersticion da lugar á que se cometan las más horrendas infamias. Otras veces entra *Motsimo* en un animal, que entonces debe ser tratado como hombre; las

feras de la selva no se ven libres de este huésped, que hace estas excursiones cuando no encuentra ocupacion más agradable. En semejantes casos, el doctor saca la mejor parte; Mauch vió uno, que en recompensa de haber curado á una jóven de una indisposicion ligera, exigió de su padre que se la diera por mujer, aunque ya tenia cinco.

La grosura extremada pasa entre las hembras Makalakas como una gran belleza; piés y manos suelen adquirir en ambos sexos desarrollo extraordinario; su cabello es corto y lanoso, y en los hombres la barba es muy escasa. Apenas se encuentran entre ellos tipos de raza negra pura, lo cual parece indicar que tenemos aquí un pueblo mezclado.

El vestido de ambos sexos consiste en un mandil corto por delante y una piel algo más larga que les baja por detrás desde la cintura. Llevan siempre los piés descalzos, la cabeza descubierta y rapada, y cuando les molesta el frio pasan el tiempo en las chozas conversando alrededor del fuego. Collar de perlas de cristal, anillos, brazaletes ó pulseras de hierro, laton ó cobre son partes integrantes de su traje, especialmente para las damas, algunas de las cuales llevan sobre sí veinte y más libras de estos adornos, y como ya hemos visto en otras tribus, ponen su mayor lujo en cubrirse piernas y brazos con una tupida malla de anillos.

Casi todos los pueblos y aldeas de los Makalakas ocupan los sitios más inaccesibles de los cerros y más propios para la defensa en caso de ataques imprevistos á que con frecuencia se ven expuestos. Desconocen por completo el lujo en las habitaciones, cuyos muebles se reducen á los utensilios y vasijas

más indispensables. Estas son de barro arenoso, y abriéndose con el fuego sus poros, los tapan cociendo en ellos maíz verde ó una papilla, porque no conocen el vidriado. Tienen sus graneros aparte de las chozas, guardando en estas únicamente las provisiones de más valor, como guisantes, harina, arroz, carnes, caza, etc.

Fuentes y platos de madera, calabazas y cestos; cucharones, escobas, flechas, arcos, lanzas, etc., penden de las paredes y del techo de las chozas. No usan asientos ni mesas; les sirve de lecho una estera de junco con almohada de madera, y el hogar le componen tres piedras que en forma de triángulo ocupan el centro de la choza. En un rincón de esta suelen colocar el cesto donde pone la gallina, y á la puerta su provision de combustible.

Poco escrupuloso en la eleccion de alimentos, no desdeña el Makalaka las setas, criadillas de tierra, langostas, escarabajos, orugas, y aún la piel de los animales, cuya carne, con la harina de mijo, constituyen sus manjares favoritos.

Dispuesta la comida, se sienta la familia en el suelo con las piernas cruzadas, alrededor de la fuente; uno tras otro van cogiendo con los dedos la porcion que cabe en su boca, y la mojan en la salsa preparada al efecto ántes de someterla á la masticacion. Fuera del auxilio que presta á su marido en las operaciones agrícolas, la mujer Makalaka desempeña todas las ocupaciones propias de su sexo, y tiene á su exclusivo cargo la educacion de los hijos.

El más notable de sus intrumentos musicales, *mbira*, consiste en un trozo de madera

cuadrado, que lleva en uno de sus extremos lengüetas metálicas, fijas por alambres de hierro, de longitud diferente y dispuestas de manera que producen dos ó tres octavas. Este pequeño aparato, se sujeta al borde de una calabaza muy seca, provista además de conchas, ó caracoles. Las piezas que ejecutan con esta especie de organillo, son agradables aunque solo comprenden ocho notas.

La caza en cuadrillas, es otra de sus diversiones favoritas; se verifica por medio de grandes redes que á veces abrazan una longitud de cuatro ó cinco millas inglesas; cada uno se coloca al lado de la parte de red que le corresponde, pronto á hundir su lanza en el cuerpo del animal que se dirija hácia él huyendo de los ojeadores, porque segun las leyes de esta caza, la pieza pertenece al primero que la hiera. Duran estas cacerías muchos dias y toman parte en ellas pueblos enteros.

No es menos digna de atencion la ceremonia que practican para dar nombre á los recién nacidos. Segun el sexo de la criatura se confina en una de las chozas inmediatas una de las personas más ancianas de la familia, y desde allí se la conduce por fuerza y con gran ruido á la que ocupa la criatura; se supone que dicha persona es el Motsimo de un pariente difunto que llevó el nombre propuesto para el niño; se tiende en el suelo y se la cubre con una piel; acto continuo se lava las manos con agua que le presentan en una fuente de madera, come unos bocados de papilla de mijo y bebe un poco de cerveza. Entretanto, mujeres de todas condiciones y edades saltan y danzan con infernal gritería en rededor del Motsimo, arrojando al propio tiem-

po en la fuente de madera que tiene á su lado, algunas perlas, anillos ú otras bagatelas por regalo de bautizo; los hombres practican esta operacion sin danzar, y acto continuo entran en la choza, para tomar parte en el banquete. Desde este momento lleva el niño el nombre del Motsimo, que obtenida su libertad, desaparece. Cuando nacen dos mellizos, uno de ellos, el que determinan los maderos proféticos, es metido en una vasija y expuesto á las bestias del campo.

La supersticion de los Makalakas no tiene límites, habiendo penetrado hasta los actos más sencillos y más indiferentes de la vida: el fuelle de un herrero no tendrá fuerza, si no fué dosollada viva la cabra que suministró la piel; ni el horno de fundicion marchará bien, si al construirle no se mezcló cierta medicina con el barro; en la manera de sentarse, de arrojar leña al fuego, etc., tienen muy en cuenta las prescripciones de su fanatismo.

El idioma de los Makalakas pertenece á la gran familia Bantu que se halla esparcida por toda la zona Sudeste del territorio africano; contiene muchos elementos de los dialectos Zulu y Sesuto, pero es tal vez menos agradable al oído que ambos.

A juzgar por lo que nos dicen sus tradiciones, eran todavía un pueblo poderoso hace tres siglos, por cuanto sus reyes, que llevaban el nombre de Mambo, dominaban sobre todo el país comprendido entre el Limpopo y el Zambezi, y recibian tributo de otras comarcas aún más apartadas. Pero algunas tribus levantiscas como los Balose, al Noroeste, y los Basuto, al Sur del Limpopo, sacudieron su yugo, llegando los primeros á convertirse en

dominadores, al propio tiempo que los portugueses se anexionaban considerables porciones de su territorio.

A su vez el reino de los Balose fué acometido por diferentes hordas de salvajes: los Zulu que le atacaron por Oriente, y los Matebele que le invadieron por Occidente al mando del padre del cruel Mosilikatse, y luego de este mismo cuando fué arrojado de sus verdaderos dominios por los fundadores de la república sud-africana. Los Balose resistieron con heroico esfuerzo y durante muchos años este doble ataque, hasta que en 1866 sucumbió el último de sus príncipes, Sebamubamu, despues de una lucha de dos años con los Matebele, y la mayoría de los Balose que sobrevivieron á tan encarnizada guerra, emigraron á las montañas que se estienden á Oriente del rio Sabia, quedando el resto á merced de los vencedores, quienes hicieron de ellos esclavos y pastores de sus ganados. Además pagan al rey de los Matebele, igualmente que los Makalaka, un tributo anual, consistente en armas, cereales, etc. Si alguno resiste á satisfacer este tributo, que cada año va en aumento, se acarrea una muerte segura para sí y para todos los individuos ancianos de su familia, y la esclavitud para las mujeres jóvenes de la misma. Por tan bárbaros procedimientos se han despoblado estensos territorios del continente africano, no siendo los Matebele de los que menos se han distinguido en esta obra de vandalismo.

Volvamos á nuestro viajero.

Los porteadores hicieron fracasar una vez más la tan deseada excursion al Zambezi; pero entretanto, efectuaron los Matebele una

de sus acostumbradas razias en las comarcas del rio Sabia, y temiendo Mauch que el pueblo de su habitual residencia fuera tambien victima de su codicia, permaneci6 escondido en una cueva hasta que desapareci6 el peligro.

Por fin logro ajustar algunos porteadores que le acompanaron en este viaje, cuya narracion detallada pasamos por alto en gracia de la brevedad y para evitar enojosas repeticiones de aventuras y peripecias que solo difieren en ligeros detalles.

El terreno comprendido entre el Limpopo y Zambezi forma una meseta inclinada de Oeste á Este primero, y luego hácia el Noroeste, con numerosos cerros y montañas que despiden una cantidad considerable de aguas. La formacion geológica del suelo, presenta analogía extraordinaria en todas sus partes. Descuellan entre sus montañas el Doró, el Wochua, á cuyo pié pasa el rio Lunde, y el Wetsa, no lejos del nacimiento del Sabia. Estos rios son caudalosos, pero en su primer curso desaparecen entre las arenas, como acontece con el Limpopo.

Algunas millas más arriba de la ciudad de Senna, dió vista al Zambezi la pequeña caravana de Mauch, viendo él coronados los esfuerzos de tantos años. Tan ancho es aquí el rio que apenas se descubre la orilla opuesta cerca de la cual se alzan, como en otra ocasion hemos dicho, elevadas montañas. De la cristalina superficie se destacan numerosas islas arenosas que contrastan con las infinitas canoas que en ciertos sitios cruzan el rio en todas direcciones. Las márgenes están cubiertas de árboles y plantas de muy diversos aspectos.

No lejos de la estacion militar portuguesa de Mazaro empieza el delta; y en este sitio delicioso, adornado con espléndidos Mangos, parte del brazo principal un canal estrecho en direccion E. N. E., encerrado entre dos filas de *Borassus fabelliformis*, y que toma sucesivamente los nombres de Krokwe, Kwakwe y Kilimane. Desde su salida del Zambezi da un sinnúmero de revueltas, cual si dejara con pesar la hermosa comarca sobre la cual derrama inagotables dones antes de perderse en la inmensidad del Océano. Los tributarios que le vienen del Norte, aumentan con rapidez extraordinaria el volúmen de sus aguas y pronto le hacen perfectamente navegable: la flora se halla representada en los valles que limitan sus riberas por individuos que no aparecen en las del Zambezi, entre los que merece atencion especial el coco; pueblos numerosos dan animacion al paisaje y se van hallando más próximos á medida que nos acercamos á la ciudad de Kilimane, cuyas casas y plantíos de coco, empiezan á verse á cinco millas de distancia. En su desembocadura forma el rio una barra peligrosa.

Las dilatadas comarcas exploradas por nuestro viajero, no ofrecen la riquísima flora de los distritos centrales que hemos recorrido acompañando al doctor Schweinfurth, pero en cambio no tienen semejante en las variedades de animales que cobijan sus selvas y que alimentan sus valles, desde el valeroso leon hasta la tímida liebre y gracioso antilope.

Además de las tribus anteriormente nombradas, vivió el naturalista aleman en contacto más ó menos prolongado con los Zulus, Matebeles, Batokas y otras no tan impor-

tantes en la etnografía de esta porción del Africa.

Los primeros tienen su capital al Norte de Sofala, sobre el río Busi; guerreros y de carácter sanguinario, son temidos de todos los habitantes del interior, llevando su osadía hasta exigir y cobrar un tributo de la semi-colonia portuguesa de Senna, ciudad que arruinaron pocos años há estos salvajes. Su caudillo se halla animado de iguales instintos y no concede permiso para cazar en sus dominios, sino mediante crecidos regalos; el mayor diente del elefante le pertenece de derecho, y por el otro exige siempre alguna bagatela. Los mismos vestidos que el cazador ó viajero lleva puestos, no están libres de su codicia y á veces se complace en despojar de su ropa al que no tiene otra consigo. Los *Matebeles* son de la raza de los Zulus; pero aunque en lengua y costumbres demuestran el más estrecho parentesco, se ódian de muerte. Viven en las elevadas regiones del Sudoeste, cultivan el suelo, pero su principal riqueza consiste en ganados que ellos mismos crían ó roban á sus vecinos. En su comercio con los europeos de las colonias inmediatas, han adquirido muchos miles de armas de fuego y aprendido su manejo; circunstancia que les da hoy una supremacía incontestable sobre los demás pueblos indígenas, y se hacen respetar hasta de los extranjeros.

Los *Batokas* habitan en el valle del Zambesi; entre los paralelos 17° y 18° próximamente: ni en su idioma ni en sus costumbres parecen tener la menor relación con las tribus que acabamos de nombrar: se dedican á la agricultura y á la caza; y no poseen ganados,

porque los destruye la terrible mosca tsetse que infesta su comarca. El marfil es monopolio de su caudillo, quien lo guarda en almacenes y lo da á cambio de otras mercancías. Nuestro viajero se detuvo muy corto tiempo entre este pueblo, y su visita al cacique Macombe duró solo algunos instantes.

Los Bahloekwa, de la raza Batonga, y los Barokas, vagan por los alrededores del Limpopo, haciendo una vida de verdaderos salteadores de caminos: esto nos indica que se sostienen del robo y del pillaje, con especialidad los primeros, que son además temibles porque envenenan sus flechas. Los Barokas son un pueblo mixto, formado de individuos que han abandonado á sus jefes y viven en chozas aisladas, alimentándose de peces, caza, frutos silvestres y de la pequeña cantidad de maiz ó mijo que cultivan. Uno de los pueblos más extraños de estas comarcas, que hoy va desapareciendo del mapa, es el Balempa. Sus facciones acusan evidente parentesco con el tipo judáico; viven en agrupaciones considerables sin mantener comercio con sus vecinos; practican la circuncision, no comen otra carne que la que matan ellos mismos; se sostienen del tráfico y hasta conocen algunas industrias. Nada diremos de los Bushmanos, tribus de importancia capital en la etnografía africana, á la que Mauch consagra tan solo algunas líneas, y de la cual hablaremos con más detenimiento en otro artículo.

El clima presenta los caracteres y variaciones propios de estas zonas. Como ejemplo de extraordinaria sequedad del aire, hace notar nuestro viajero, que durante las horas de calor de ciertos dias, no podia escribir porque des-

aparecía la humedad de la pluma en cuanto salía del tintero, y lo propio acontecía con los colores en el pincel. Pero al propio tiempo son tan rápidos los cambios de temperatura, que en el mes de Agosto no es raro ver bajar el termómetro de 25° á 0° Reaumur. Las primeras lluvias caen en Octubre, y en Mayo termina del todo la estación húmeda ó de verano.

Durante el invierno quemán los naturales la agostada yerba, cuyo humo forma densas nubes y á veces una capa impenetrable hasta para los rayos del sol, dentro de la cual quedan envueltos aún los cerros más inmediatos.

Casi todas las comarcas recorridas por Mauch, son ricas en minerales, con especialidad de hierro magnético, del cual obtienen los Makalakas un metal muy maleable y estimado. No son raros los minerales de cobre, habiendo encontrado el explorador alemán excelentes ejemplares de malaquita al Sur de Tete. «El oro se encuentra en un sinnúmero de sitios, y en los lechos de los ríos que le arrastran con las arenas, le obtienen sencillamente los indígenas, lavando estas en una teja ó pedazo de puchero: sin trabajo y en muy poco tiempo recojen así cuanto han menester para sus necesidades; porque fuera de los caciques, ninguno trata de adquirirle en cantidades considerables. Hállanse pepitas del tamaño de una avellana, que los jefes suelen vender á los traficantes portugueses á cambio de armas y de otros objetos; pero además se ven en varios distritos pozos que dan testimonio de una explotación en grande escala para obtenerle del cuarzo por procedimientos que no conocen hoy los naturales. He tenido el placer de bautizar una de estas minas, muy



rica en mineral, según las noticias del jefe del país, Samali, con el nombre de *Campo del emperador Guillermo*» (1). Situado entre los paralelos 17° y 18° latitud Sur á Occidente del meridiano 33° Este de Greenwich, se halla limitado al Norte por los cerros de Bismarck, dos de cuyos picos parecen tocar las nubes, y al Sur por los de Moltke.

Algunos indígenas dijeron al explorador alemán que las mujeres de Magoni y de Manica se adornaban el lábio superior y las orejas, con piedras muy brillantes y de diversos colores, noticia que parece indicar la existencia de piedras preciosas en varios distritos; por desgracia el estado precario de su salud, y la falta de recursos, no permitieron á nuestro viajero estudiar más de cerca estas cuestiones de capital interés para el desarrollo de un comercio más activo entre los pueblos indígenas y las colonias de la costa.

Damos fin á nuestra reseña de los viajes y aventuras de Mauch, con una ligera descripción de las famosas ruinas cuya presencia nos revelaron en las páginas que anteceden las palabras é indicaciones del guía indígena que á la sazón nos acompañaba.

«El más hermoso resultado de todos mis viajes, por el que estoy y puedo estar orgulloso, consiste en haber descubierto las ruinas de *Zimbabwe*. Al escuchar en 1867 los primeros rumores de grandiosos edificios y ruinas, me determiné á buscarlas. En 1868 me señaló un indígena su posición aproximada, á ori-

(1) *Mittheilungen* de Petermann, suplem. 37, página 48.

llas del Limpopo, pero fracasaron todos mis esfuerzos para dar con ellas hasta el 5 de Setiembre de 1871, en que logré la dicha de ser el primer blanco que las viera. No me propongo describir aquí las fatigas que he sufrido, ni los peligros á que me ví expuesto, ó la astucia y los ardidés que hube de poner en juego para lograr mi objeto; voy á ocuparme tan solo en describir con brevedad las ruinas, y apuntar al propio tiempo lo que me han contado de ellas los naturales.

»*Zimbabwe* estuvo situada al Oeste de la estacion portuguesa de Sofala ó de Sofara, casi en el mismo paralelo, y de la cual dista unas cuarenta y una millas alemanas, hallándose por lo tanto á pocas millas al Oeste del meridiano 32° oriental de Greenwich. Se componen las ruinas de dos grupos principales que distan entre sí dos kilómetros escasos; el más septentrional ocupa la cima de un cerro granítico de 400 piés de altura, y entre ambos se interpone un valle arenoso. Una muralla de cuatro piés de altura circunda la parte occidental del cerro, y tal vez le abrazó todo en otro tiempo, mientras que en la primera ruina se conserva una muralla trazada con admirable maestría al borde mismo de una roca de 300 piés de longitud por 60 de altura, y corre en línea recta de Este á Oeste, en una extensión de 120 piés á lo menos; su altura no baja de 30 piés, para un grueso de 12 en la base y seis en la cima.

»Paredes más sencillas cierran un espacio casi cuadrado, dentro de la muralla, que por Occidente termina en semicírculo. Por encima del muro descuellan pilastras de varios piés de altura á dos metros de distancia, las

cuales debieron servir de apoyo y trabazon á las piedras que se hallan superpuestas sin el auxilio de cemento; son de piedra y miden 15 á 20 piés de longitud por cuatro pulgadas de diámetro. Uno de estos sillares, de corte elíptico con ejes de 4 y 2 1/2 pulgadas, tenia grabados en la superficie externa varios dibujos de adorno (1). Las paredes interiores del edificio yacen por el suelo, y están hoy cubiertas de árboles y maleza. En estos espacios internos se han hecho, al parecer modernamente, galerías cubiertas que conducen á cuevas subterráneas. Sobre la entrada de una de ellas ví un madero grueso sin labrar y bien conservado á pesar de que sostenia una parte de la pared que descansa sobre el mismo; y en el extremo oriental hallé una cavidad poco profunda, en la que se conservaba en dos pedazos una fuente lisa y redonda hecha de talco poroso, color gris verdoso. Toda la vertiente occidental del cerro está sembrada de ruinas, cuyos edificios debieron estar levantados sobre pequeñas mesetas escalonadas.

»La ruina del llano está igualmente rodeada de muralla de 24 piés de altura, 12 de grueso en la base, y ocho en la cima. Descúbrense en ella tambien restos de los sillares ántes nombrados, y tiene la única entrada visible por el Norte, capaz tan solo de dar acceso á una persona. Las paredes más delgadas del interior están trazadas sin órden, algunas en forma de arco, y en la mitad Sur de la muralla externa se ven piedras que debieron servir de adorno. Cerca de este sitio se levanta una tor-

(1) *Mittheilungen*, 1872, página 123.

re cónica de 30 piés de altura, sin entrada visible, tal vez á causa de las ruinas que la circundan. Subí á la cima y despues de separar algunas piedras tampoco descubrí señales de que fuese hueca. Se llega á ella por un paso estrecho que cierran dos muros convergentes contruidos con piedras negras redondeadas y granito bien tallado. Dentro del mismo rondeau, no lejos del cerro, hay restos de grandes edificios levantados segun todas las reglas del arte y de forma cuadrada.»

Los indígenas llegaron á concebir sospechas viendo el interés de Mauch por estudiar aquellas ruinas y llegaron á amenazarle si repetia sus visitas al lugar sagrado; tal era efectivamente su carácter en la opinion del pueblo segun los datos que con maña, astucia y regalos pudo arrancar á un hombre que pasaba por oráculo en la comarca. Díjole este que las gentes del país subian como en peregrinacion al collado, y recitaban allí plegarias y que la ruina del llano se llamaba «casa de la gran señora,» que es tanto como casa de la reina ó palacio. El comunicante añadió que cada dos, tres ó cuatro años, espacio fijado por el mismo Dios, terminada la recoleccion, acuden á este sitio multitud de personas para celebrar una fiesta alrededor del cerro y de las murallas que le circundan; dura aquella tres dias y forma parte de su programa un sacrificio. Cuando llega el momento de celebrar este, se presenta el sacerdote acompañado de dos vírgenes, otras dos mujeres jóvenes y un hombre; pasa con este séquito entre la multitud, y llevando un baston en la mano, y todos le saludan por medio de palmadas. Sube al collado, y se conducen tras las personas sagradas dos terneros

y una ternera, de color negro y sin tacha. En la cima se tiene preparado un fuego, sobre el cual se tiende la ternera y se la quema viva; matan en seguida uno de los terneros y celebran con su carne un banquete, mientras que el otro es conducido fuera del recinto de las murallas, le matan á cierta distancia de éstas y abandonan su carne á los ladrones y aves de rapiña. Terminado este banquete, baja solo el sacerdote á la cavidad en que se guarda la fuente de piedra ántes nombrada, derrama en ella cerveza, y dice unas oraciones en que pide á Mali (Dios), que aparte de los enfermos sus males, y conserve la salud á los sanos. Hecho esto, se presenta de nuevo á la multitud, y toda al verle cae sobre sus rostros exclamando: «El Altísimo lo ha dispuesto sábiamente todo aquí abajo.» Entre tanto, se entonan canciones con acompañamiento de címbalos, tambores y cuernos. Terminadas las fiestas se vuelven todos alegres á sus casas.

El hombre que comunicó á Mauch estas noticias, era precisamente hijo del sacerdote Tenga, asesinado hacia unos treinta años; parece ser que se hallaba ligado por voto, á no gastar ningún objeto de color, por lo cual se negó á recibir los pañuelos, perlas, etcétera, que le ofreció nuestro viajero. En cambio, le entregó su hijo, rogándole que le llevase consigo á Europa, con el fin de que aprendiese las ceremonias de los sacrificios, para cuando lograrse reconquistar la dignidad que de derecho le correspondía. Por desgracia, se encontraba Mauch tan escaso de recursos, que no pudo llevarle más allá de Sena, á orillas del Zambezi.

Fundado en la semejanza del sacrificio des-

crito por el hijo de Tenga con las ceremonias judaicas, y teniendo además en cuenta que la ruina del collado presenta evidentes señales de haber pertenecido á un edificio religioso, cree el viajero alemán que pudo ser un templo hecho levantar en este sitio por la famosa reina de Saba, es decir, del país del río Sabia, para lo cual debemos suponer que la princesa africana se convirtió al judaismo durante su larga estancia en la opulenta capital de Salomon, y concibió el proyecto de dotar á la suya de un monumento análogo. La semejanza de algunas partes de las ruinas con análogas construcciones fenicias, parecen demostrar que la reina buscó los mejores arquitectos de su tiempo. Como las grandes vigas de que hemos hecho mencion anteriormente pudieran arrojar alguna luz sobre este nuevo misterio del Africa, se han hecho ensayos para determinar su especie, que hasta hoy no han dado resultados seguros.

En diversos puntos de la comarca se ven ruinas mucho más pequeñas, en algunas de las cuales ofrecen tambien los indígenas «creyentes» sacrificios de animales; pero ni en estas ni en las principales de Zimbabye descubrió Mauch un solo resto de inscripciones.

Tal vez esta misma circunstancia prueba su antigüedad, porque los árabes ó los portugueses no hubieran dejado de estampar en ellas algun signo epigráfico que revelase su origen á los venideros.

Abstraccion hecha de ciertas descripciones fantásticas de las misteriosas ruinas de Zimbabye que se dieron á la publicidad poco tiempo despues de la visita del viajero württen-

bergués, (1) convienen todos cuantos las han examinado; en ponderar la grandiosidad y maestría de las construcciones, y ni uno solo cree posible que sean obra de arquitectos indígenas.

Firmes en nuestro propósito de no dar cabida en LOS DESCUBRIMIENTOS sino á hechos bien probados, y de evitar enojosas discusiones, terminamos nuestra descripción de las ruinas, advirtiendo que los viajeros portugueses del siglo XVI las conocieron, sea porque las visitaron ó de oídas solamente, y en una relación de 1569 se hace mención de «construcciones de piedra, de cal y de madera, dispersas en ruinas por diversos puntos del país;» esto mismo demuestra que tampoco fueron obra de los portugueses.

FIN DE LOS VIAJES DE MAUCH.

(1) H. Mul. Walmsley, *The ruined cities of Zululand*, 1869, dos volúmenes con grabados.

VIAJES DE BAINES

POR EL ÁFRICA MERIDIONAL.

Los viajes de Tomás Baines no tienen la importancia que las expediciones de Speke, Livingstone y Schweinfurth, pero á su valor intrínseco juntan el mérito de completar las investigaciones del segundo de los viajeros nombrados, y esta sola circunstancia bastaría para movernos á dar en LOS DESCUBRIMIENTOS una ligera reseña de las diversas excursiones que ha llevado á cabo en las comarcas del Africa meridional.

Agregado en calidad de dibujante á la expedición que en 1858 partió de Inglaterra para explorar el Zambezi, tuvo que abandonar su puesto en 1861, sin haber pasado de Tete, estación portuguesa sobre el mismo rio. De regreso en el Cabo contrajo una enfermedad peligrosa, pero apenas hubo recobrado la salud, concibió el proyecto de atravesar el Africa, desde la bahía de Walfish al canal de Mozambique.

El 20 de Marzo, 1861, embarcaba en el puer-

to de la ciudad del Cabo el material necesario para su expedición, á bordo del pequeño bergantín *Elizabeth Mary*. El mismo, á falta de más hábil artista, habia construido dos barquitas de cobre que hizo sujetar á los costados del buque.

El día siguiente zarpó el ligero bergantín en busca de la bahía nombrada, y al cabo de una semana de feliz navegacion, bogaron con rumbo á tierra. El 29 del mismo mes navegaban á corta distancia de la costa, pero la densa niebla la envolvía por completo en su triste manto, dejando ver más tarde las cumbres de unas colinas arenosas que se estienden á lo largo del mar. Hacia el medio día descubrieron la loma de arena llamada Pelicano, que abriga por el Norte la bahía de las Ballenas.

El día 30 descendieron á tierra el capitán y Baines, atravesando aquella playa extraña literalmente atestada de peces puestos á secar en una especie de tendaderos, hechos de grandes perchas. Cerca del mar están las chozas de los pescadores, á dos metros escasos sobre el nivel ordinario de las aguas; á un costado se ve una trampa con su cebo para cojer chacales, y no lejos de aquí, un charco que forman las aguas al retirarse la marea, cuajado de mariscos y de peces; todos estos objetos despiden un olor pestilencial, insufrible para los que no están habituados á este género de aromas.

Las arenas de esta bahía son tan finas, que vientos no muy fuertes las arrastran en montones parecidos por su disposicion y forma á las olas del mar.

Nuestro viajero se instaló en una casa del pueblo, esperando la llegada de su compañe-

ro Chapman que habia hecho una excursion al interior.

Un dia vió venir cierto número de carros, tirados por bueyes, la mayor parte de los cuales habian perdido la cola, á consecuencia de la tisis que de ordinario ataca á estos animales en aquellas regiones. Para precaverles contra tan penosa enfermedad, les inoculan, en buena salud se entiende, pasándoles por medio de una aguja un hilo, mojado en el virus de un pulmon enfermo, á través de la piel de la cola. La operacion produce una gran inflamacion que, si se ha tocado el hueso con la aguja, suele estenderse á toda la parte posterior, y puede ocasionar la pérdida de la cola, y hasta la muerte del animal. De los animales que no han sufrido esta operacion perecen un 50 por 100, y un 25 por 100, á lo sumo, de los inoculados. Por lo demás, nadie ha logrado averiguar quién introdujo en el país tan saludable costumbre.

Rara vez aparecen los indígenas, que se distinguen con el nombre de Damaras. De vez en cuando vénse entre estos algunos Hotentotes namaqueses, que auxilian en el desembarco de los cargamentos, y llaman extraordinariamente la atencion por la debilidad de sus fuerzas, puesto que tres de ellos apenas consiguen rodar por la playa un barril de brea, y porque suelen reunirse cuatro para llevar un saco de harina que cualquier marino de Europa conduciria sin gran esfuerzo. En las cacerías se observa con frecuencia que algunos, yendo montados en bueyes, apoyan la culata del fusil en un saco que llevan atado á la rodilla derecha, para no fatigarse sin duda, y colocan el cañon detrás de un brazo.

Ordinariamente visten pantalon de cuero, chaqueta de muleton y sombrero de fieltro. Sus peculiares adornos son largas cintas de cuero, arrolladas unas en derredor de las caderas, á manera de cuerdas, y atadas otras por bajo de las rodillas, formando franjas. Algunas mujeres de esta tribu consideran como su vestido principal un hacecillo de leña, provisto de cuerdas para atársele á la espalda.

Al medio dia del domingo 21 avanzó nuestro viajero á lo largo del carril que siguen los wagoes, recorriendo unos tres kilómetros; inclinóse despues hácia la izquierda, y llegó á *Sand-Fountain*, despues de recorrer análogo espacio á través de las dunas que se encuentran en aquellos arenales. Compónese la aldea citada de una docena de barracas de la más rudimentaria forma; toda vez que su construccion se reducía á unas cuantas ramas de árbol arrojadas sobre una armazon, grosera en extremo, sin pretensiones de evitar el viento ó la lluvia al que se cobijara en su interior. El mueblaje se reducía á unas artesas ó pilas de madera, propias para echar agua en ellas. Allí solo se pide al viajero tabaco, planta que los naturales introducen en una tibia de carnero, y que procuran fumar de este modo, designando entonces el hueso con una palabra equivalente á la de *pipa*.

Preparado entre tanto el carro ó wagon, comenzó aquel mismo dia su ruta, y le alcanzaron los viajeros al siguiente en la Fuente del Arenal (*Sand-Fountain*), y emprendieron el viaje nuevamente cuando disminuyó el calor, no sin notar que las ruedas se hundian profundamente en la arena movediza, lanzándola á la manera que despiden el agua las ruedas de

un vapor. Traspuesto un pequeño boquete de la colina, penetraron en un vallado, desolado en apariencia, y rodeado de pirámides truncadas, de conos y de precipicios de fantástica forma, cuyos tonos denunciaban su estéril aridez. El color gris amarillento de las rocas se veía interrumpido únicamente por algunas líneas más oscuras, que formaban el rayado de bandas de cuarzo rosa, cortadas por negros filones de mineral de hierro, ó manchadas por una sustancia oscura que se divide fácilmente en hojas brillantes. Al parecer, toda la superficie de las rocas se iba disgregando rápidamente, y en ciertos sitios hubiera sido peligroso sentar la planta sobre un suelo que se parecía á una sólida roca, y en el que era fácil hundirse. Los peñascales presentaban por todas partes agujeros y cavernas, ó se hallaban cortados en picos y trozos de variadísimo aspecto.

No obstante tal aridez, en los siete años precedentes habíase importado en aquel valle el cultivo de un arbusto llamado tabaco salvaje, y se habia multiplicado éste rápidamente, llegando á formar por aquel entonces un rasgo característico del país sus flores tubulares, de color amarillo, y sus hojas, que parecen barnizadas de verde. Entre los cañaverales, que marcan el arenoso lecho del Suakop, crecen también las mimosas, la acacia-girafa, y un árbol parecido al shedak de Australia.

Después de descansar en unas chozas, y emprendida la marcha á las diez de la mañana, llegaron á otra planicie mucho más accidentada. No habia en ella tanta cantidad de arenas, pero en cambio estaba cubierta de guijarros y cantos de cuarzo, que incomodaban á

los bueyes extraordinariamente, y puede decirse que no crecía planta alguna, pero á medida que se dilataba la llanura, presentaba la vegetacion mejor aspecto: y aunque eran har-to ruines las yerbas y las flores salvajes, veíanse aparecer de cuando en cuando zarzales de euforbios, provistos de hojas que parecian mimbres y que, con la forma de varitas verdes, de un centímetro de diámetro, tenian á veces dos ó tres metros de longitud. El país iba mejorando de aspecto, y comenzaba á abundar y caracterizarle la acacia-girafa. Los aloes y otras muchas plantas tapizaban los valles ó las bruscas pendientes de las desnudas colinas.

Por fin llegaron á la residencia de M. Jones, llamada Curikop. Hállase ésta situada en una posicion agradable sobre la márgen meridional del Suakop, rio que hay que cruzar tres veces para llegar á Ochimbingue. Circundada por un bosque de mimosas y acacias girafas, hállase precedida de una fresca alameda, formada por árboles muy parecidos á los sauces, que dibujan el arenoso lecho del rio. No obstante ser el agua invisible en aquellos sitios, y á pesar de que apenas se percibe la humedad por medio del tacto, cuando se hace un hoyo con las manos aparece en la superficie tan preciado líquido, que la Providencia ha puesto á cubierto de la evaporacion por tan peregrinos medios. Aquel rio corre de esta suerte durante varios kilómetros, recibiendo por ambas márgenes muchos tributarios que se le asemejan en la corriente. Desde Ochimbingue regresaron los viajeros á la bahía de las Ballenas el dia 30 de Mayo, y no tardaron en emprender nuevamente la misma ruta y reco-

nocer la existencia del desierto más desolado que haya podido contemplar el hombre.

El 8 de Junio, al salir de un desfiladero de esos en que corre agua ó aparece el lecho de un río arenoso y seco entre ambas riberas, que allí llaman *poort*, distinguieron cuatro cuaggas, detenidos cerca de un arbusto espinoso. Durante algunos minutos lucharon estos tenazmente con los perros, y al fin tuvieron que salvarse los últimos refugiándose al lado de su dueño; pero algunos instantes despues cayó el vencedor de costado, y hubo de morder el polvo. Dejando hácia la izquierda á Curikop, la morada de Jones, siguieron los expedicionarios el camino principal, y despues de descansar en un *poort* inmediato á Ochimbingue, llegaron al villorrio hácia las cuatro de la tarde de un martes. Trascurrida la semana en descargar el wagon, ordenaron las cosas necesarias para el viaje al interior, y cuidaron de todos los detalles indispensables para llevarle á cabo. Fuéles preciso tomar medidas y precauciones contra la crueldad refinada de los hotentotes, que se complacen con inusitada furia en atormentar á sus prisioneras víctimas. Entre tanto llegó de la bahía el carro de M. Runcie, cuya morada iban á visitar los expedicionarios.

Despues de recorrer un bosque de annas, especie de acacias espinosas, perteneciente á dicho M. Runcie, como le era preciso volver á Ochimbingue el 24, pasó nuestro viajero la mañana del domingo dibujando la casa de su nuevo amigo y los hermosos árboles que la protegen con su sombra. Algunos de estos medirán regularmente veintisiete metros de altura por metro y medio ó dos de diámetro.

Su follaje es análogo al de las acacias. Lejos de parecerse á los dorados glóbulos que forman las flores de las mimosas, las de aquellos árboles caen en forma de caja: su madera se trabaja con facilidad recién cortada, y es muy flexible hasta el momento en que llega á secarse.

El día 27 de Junio el jefe de la expedición hubo de acompañar á M. Hutchinson en la visita que hiciera este á su establos, colocados á kilómetro y medio al Sur de la población. Por la tarde varios Damaras, procedentes del Kraal, se brindaron á ser retratados. Los hombres tienen la estatura ordinaria y son generalmente bien plantados: su color es muy moreno oscuro, como el de los cafres, y su cabellera generalmente tendida á lo largo y peinada en trenzas de siete ó más centímetros de longitud, suele estar untada con pomada de grasa y arcilla roja. Su vestido está formado por ciento ó ciento sesenta metros de tirillas de cuero rodeadas á las caderas, y un retacito de piel que pasa por entre las piernas y cuyos extremos se hallan sostenidos en la parte anterior y posterior por las correas de la cintura. Su adorno consiste en cuentas de vidrio, varillas de hierro y placas de cobre ó estaño, y cuando son bastante ricos para adquirirla, colocan en la cabellera y en la parte posterior de la frente una concha especial.

El traje de las mujeres es más singular aún. De sus caderas y cuello penden cordones de perlas, unas veces de vidrio, otras de hierro y en algunas ocasiones cáscaras de huevo de avestruz: también llevan un cinturón ancho y flojo, adornado con trozos de vidrio blanco ó de conchas. En los tobillos se colocan anillos

de hierro envueltos en tiras de cuero, que caen sobre el talon y la garganta del pié. El hierro, metal que emplean con suma profusion y con muy diversas formas, las suministra brazaletes para las diferentes partes de los brazos, ó anillos y collares para otras partes del cuerpo. Pero lo más sorprendente de sus adornos es su peinado, sin duda alguna. Un bonete de cuero fuerte, amoldado á la forma posterior de la cabeza y adornado con tres grandes orejas de cuero, que caen respectivamente á los dos lados y hácia el occipucio, y están despuntadas, ahuecadas y enderezadas con cierta habilidad, y barnizadas además de grasa y arcilla roja, aparece ordinariamente guarnecido de conchas comunes, y se halla dispuesto de tal suerte, que la porcion de cuero que habia de caer sobre los ojos, se halla recogida y enrollada por cima de la frente, de manera que descende por las mejillas y llega hasta los hombros. En la parte media y posterior del casquete se colocan un largo manajo, de 70 á 80 centímetros de largo por 20 de ancho, formado con tubos de estaño ó hierro blanco, y que sirve para cubrir una série de tiras cosidas entre sí sobre una pieza cuya extremidad está cortada en franjas.

El 14 de Julio, al comenzar su ruta los carros, separáronse nuestro viajero y M. Harris en las más amigables relaciones, y el primero se encaminó hácia el Sudeste, conservando á su izquierda una série de montañas que cesan al dar vista á las casas del Gran Barmen, donde reaparece el agua en el lecho del río que hubo de cruzar por última vez. Desde aquel punto visitó unos manantiales de agua caliente, que nacen de una roca, al parecer de mica



ó esquisto, y que se eleva de metro y medio á dos metros y medio sobre el nivel de una laguna. Por la parte inferior de esta han construido un dique que deja pasar el agua excedente para regadío. Segun ha observado M. Cator, la temperatura de la fuente principal se eleva á 149° Farenheit ó sean 65° centígrados, y la de la segunda, distante algunos pasos, á 119° ó sean 48° centígrados próximamente.

Despues de caminar tres horas y media por tortuosa vereda, establecieron al dia siguiente el campamento á la sombra de varias acacias girafas, en las márgenes de un afluente del Suakop, donde uno de los naturales envió un par de faisanes para la cena del viajero. El dia 20 de Julio, emprendida la marcha muy de madrugada, á eso de las diez se encontraron á la vista de la última fuente, donde resolvieron que bebiese el ganado y pastasen los bueyes que se suponian enfermos. Ya se disponian á desuncir y á continuar caminando á pié para llegar á Eijams y buscar aquí bueyes útiles, cuando distinguieron una fila de caballos que arrastraban un vehículo muy bajo, y que conducia Chapman. Al anochecer penetraron en el poort que domina á Awassberg, y volvieron á cruzar el Suakop por un sitio en que siendo muy acentuada la pendiente, pueden las aguas correr con cierta rapidez y arrastrar las arenas finas, de modo que el lecho aparece más pedregoso que de ordinario.

Hasta el dia 30 de Julio caminaron los viajeros generalmente en sentido meridional; pero á partir de este dia, el Awassberg les obligó á cambiar de direccion, y hubieron de inclinarse hácia el Este, costeano la montaña á tra-

vés de valles y colinas bastante áridas, hasta que, al avanzar más allá del último manantial del Suakop, encontraron el primero del Quiep, ó rio del Elefante, y pudieron contemplarle á eso de las cuatro de la tarde. Como á cosa de las nueve de la noche del 3 de Agosto, llegaron los hermanos Polson seguidos de dos wago- nes, y acamparon á su lado. Habiales obligado el viejo Chonker á entregar treinta sacos de pólvora por el pasaje, por más que extremaran sus negativas. La sumision abyecta de Cator y Smutz, que se presentaron en Ochimbingue lanzando baladronadas, habia aumentado las exigencias de aquel jefe, y por aquel entonces pretendia estorbar el viajar por *su* ruta á los que no le pagasen tributo, no obstante que tan decantado camino se hubiera formado exclusivamente, gracias á las huellas de los blancos, y á los desmontes hechos por ellos con el hacha en la mano á través de la espesura.

El 7 de Agosto penetraron nuestros expedicionarios en el valle del rio Noosop y caminaron algun tiempo á lo largo de su lecho entonces unido y resistente como una calle adoquinada. Sin embargo, el surco marcado por un wagon de los pocos que habian dejado señal de su paso, indicaba que aquel suelo habia estado anteriormente bastante reblandecido para que penetraran las ruedas cinco ó seis centímetros. Por último, animaban aquel paisaje algunos animales propios del país. El 9 á media mañana pasaron el rio Noosop á pié enjuto, segun costumbre, y al acercarse al refugio de salteadores que se llama Wittulei distinguió Baines á un grupo que rodeaba á Chapman y su carreta, mientras se agitaba en derredor de una de las principales chozas otra

turba cuyos fusiles brillaban á la luz del sol. No tardó en averiguar que habian intentado estorbar el paso, pero ya por surgir entre ellos alguna disputa, ya por hallarse discordes respecto al éxito, hubieron de abandonar sus planes. Hallándose en este punto supieron que las reses compradas por Chapman y conducidas con una delantera de algunos kilómetros, se hallaban atacadas de la enfermedad pulmonar y morian en gran número, hecho que, á ser cierto, seria el obstáculo más terrible que podia presentarse. Al medio dia del sábado reunieron todos los bueyes, no sin que fueran algunos recogidos en las pestilenciales aguas de Wittulei, y despues de haber andado hasta el anochecer, encontraron á M. Stauffer que llevaba un wagon vacío. Por la noche traspusieron una llanura desolada y á la mañana siguiente llegaron á Gobabies, pueblecito que tambien se llama Fuente del Elefante. El jefe Amral les recibió amistosamente y no mostró grandes exigencias. Entre su gente habia muchos mestizos nacidos de blancos y de mujeres de color. Un misionero protestante vivia á la sazón en el pueblo en la mejor armonía con los indígenas, si bien estos no miraban con buenos ojos á los extranjeros cuyos ganados amenazaban contagiar á los suyos con la enfermedad pulmonar. El 14 abandonaron el pueblo, no sin haber sufrido un pequeño saqueo hasta de la mujer del jefe, que les robó la lámpara. Otro robo más importante les hizo uno de los conductores del ganado, que para celebrar su boda mató dos de los bueyes confiados á su custodia y tomó las de Villadiego. Entre tanto los damaras de su servicio les suscitaron un conflicto grave. Bajo pretexto de ir á la caza

mataron á unos bushmanos para robarles los miserables objetos que llevaban, asunto que les creó un enemigo temible y de poder bastante para trastornar sus planes de viaje: felizmente el asunto se arregló á satisfaccion de los viajeros. El 19 atravesaron un llano cubierto de algunos árboles y de arbustos espinosos que daban albergue á algunos pájaros de los más comunes en estos países. La enfermedad pulmonar continuaba haciendo estragos en sus ganados á pesar de hallarse inoculados en la forma que dejamos descrita. En los últimos momentos de vida los pobres animales sufrían ataques espasmódicos y un temblor prolongado; despedían espuma por las narices; se les apagaban los ojos y por fin caían al suelo respirando con dificultad extrema. Los indígenas se lanzaban en seguida sobre el cadáver y le devoraban con más avidez que las aves de rapina: podemos pasar en silencio la descripción de tales banquetes (1).

El brillo de los metales que adornaban ó componían los aparatos fotográficos de Baines producían un efecto mágico en las mujeres del país y eran una tentación que apenas podía resistir su exagerada pasión por esta clase de adornos: sobre todo se mostraban agradecidas cuando repartía entre ellas algunos trozos cortados en formas cuadradas de poco más de un centímetro de lado, y en señal de gratitud permanecían como estatuas todo el tiempo que había menester para sacar su retrato. Las lla-

(1) Tomás Baines; *Explorations in South-West Africa*; being an Account of a journey in the years 1861 and 1862, from Walfish-Bay to lake Ngami and the Victoria Falls; London 1864.

vecitas eran tambien muy codiciadas y si alguna por acaso caía al suelo desaparecia como por encanto para brillar en el negro pecho de una dama bushmana ó dámara. En una ocasion vió Baines una de estas matronas que llevaba entre las gargantillas de su collar una hoja de cuchillo, de suerte que para ellas es una imperiosa necesidad colgarse muchos re-lumbrones. Las mujeres bushmanas son de estatura tan pequeña que muchas apenas alcanzan un metro y veinte centímetros. El color de su piel es moreno amarillento, vuelto en algunas casi negro á causa de la grasa con que se pintan el cuerpo.

Livingstone opina que los bushmanos son los primitivos pobladores de la parte meridional del continente africano. Son nómadas y aficionados á los sitios áridos; muy amantes de la libertad; jamás cultivan la tierra y apenas crían animal alguno doméstico. Hacen la caza con habilidad suma y devoran la carne como los animales carnívoros, aunque toman bien el gusto á los guisos que les dan á probar los viajeros. Los que habitan las llanuras del desierto son generalmente delgados y enjutos, pero capaces de las mayores privaciones, y aunque de ordinario son de corta estatura no son sin embargo verdaderos enanos. Los primeros ejemplares ó retratos que se presentaron de esta raza en Europa fueron sin duda escogidos por su extrema fealdad, de suerte que la idea que se formó de ella no fué verdadera, como que se fundaba en datos erróneos, y seguramente no son más feos que otros muchos negros del Africa ni tienen afinidades especiales con la raza cuadrumana, antes bien los hay de buena figura y aspecto agradable,

aunque su estatura pocas veces llega á metro y medio (1). Las mujeres viven en iguales condiciones que las damaras, macololas, etc.; ejecutan todo género de trabajos por penosos que sean y de ordinario se procuran ellas mismas su alimento : tal vez por esta razon, invitados una vez por Livingstone unos bushmanos á que llevaran sus mujeres para que participasen de sus provisiones, le contestaron que las mujeres sabian cuidarse por sí solas. Sentimos no poder completar más estos datos etnográficos por no alargar demasiado los viajes que venimos describiendo con indagaciones secundarias en el plan que nos hemos trazado. Debemos sin embargo recordar que Schweinfurth y otros exploradores de nota creen posible el parentesco entre este pueblo y el de los Akkas. La cuestion oscura y compleja del lugar que á la raza negra corresponde en la etnología humana y de los límites en que debe encerrarse aquella, ha sido objeto de larguísimas discusiones y de acaloradas polémicas sostenidas en el seno de las sociedades antropológicas de París y Lóndres y entre varios distinguidos antropologistas, y á sus obras ó boletines deben acudir los que deseen conocer á fondo el asunto, magistralmente tratado por Hunt, Guppy, Pusey, Broca, Richard Burton, Waitz, Fritsch, y recientemente por el sábio profesor de Viena, Federico Müller, en su *Grundriss der sprachwissenschaft*, donde someterá á un exámen detenido y juicioso todos

(1) *Fritsch* asegura tambien que la estatura media de los bushmanos es de un metro cuarenta y cuatro centímetros.

los idiomas del Africa, hasta hoy más ó menos conocidos (1).

Algunos de estos semi-enanos tienen las mejillas extremadamente gruesas, de suerte que el conjunto de su cabeza semeja á una pera, cuya parte delgada representáse la coronilla. De ordinario levantan sobre la frente los tufos lanosos de su cabello, para dar á aquella una amplitud imaginaria. Para soportar el peso del estómago, que adquiere un desarrollo desmesurado á consecuencia de la gran cantidad de alimentos vegetales que engullen, echan hácia atrás la espalda y dan á su cuerpo una forma poco estética y algo menos que hermosa. Algunos llevan rapado el pelo de las sienes, el que rodea las orejas y el de la parte posterior de la cabeza: el de la parte superior le disponen á fuerza de grasa y arcilla encarnada en forma de tupé, adornado por delante y por detrás con avalorios, conchas, pedazos de huevos de avestruz y otras bagatelas. Al cuello se cuelgan collares hechos de huesos ó tendones arrancados á la espina dorsal de un animal cualquiera, y del pelo de girafa ó de elefante se fabrican cintas que se sujetan al rededor del cuerpo. Los jefes bushmanos usan una cola de girafa por cetro y por espanta-moscas. Su vestido se reduce á un cinturón de cuero, del que cuelga por delante una pieza triangular, cuya parte más estrecha pasa por la entrepierna.

(1) A la preciosa obra de Fritsch habia precedido la de Theodor Waitz, *Anthropologie der Naturvölker*, Leipzig, 1859-64, 4 vol., cuyo tomo II está consagrado á los negros y razas afines. A esta habia precedido la del inglés J. Richard, *Researches into the physical history of man*.

na y se sujeta con unas correas al mismo cinturón.

Los bushmanos son independientes, pero no pocas veces han tenido que sufrir pasajeramente el yugo de los hotentotes que invaden con frecuencia su país, destruyen inmensas cantidades de caza y matan á sus habitantes. Con nuestros viajeros se mostraron siempre atentos y respetuosos, á diferencia de los damaras y hotentotes, cuyas aficiones á lo ageno les tenían en continuo sobresalto.

El 2 de Setiembre se ocuparon en estudiar el curso del Ochombinde. Mide por aquel punto de 100 á 150 metros de ancho; sus riberas son bajas, y hallándose á la sazón seco, las yerbas que cubrían aquellas estaban agostadas como si nunca hubiesen recibido la benéfica influencia de las aguas. Parece ser que los animales del campo acuden allí por la noche y chupan la humedad del suelo, haciendo pequeños hoyos en la madre del río. Los expedicionarios vieron efectivamente huellas y una partida de antilopes *oreas* que sin duda venian en busca de agua: uno de ellos encontró la muerte. Sin embargo, con escaso trabajo, se saca la cantidad del precioso líquido suficiente para el consumo de los habitantes, aunque en punto á calidad no siempre satisface el gusto de un europeo. En las orillas vieron infinito número de pájaros con vistosos plumajes que miraban con tristeza los guijarros pelados sobre los cuales en otras épocas corre el preciado elemento, tan escaso entonces.

Durante la noche siguiente se ahogó una perdiz en el foso que abrieron para saciar la sed de los ganados, y los bushmanos rehusaron comerla, dando esto ocasion á que obser-

varan los viajeros que son estos mucho más delicados que los damaras en sus comidas, tal vez por serles más fácil procurarse carne fresca. Los que se habian presentado hasta aquel entonces sólo llevaban barnizada con grasa su trenzada caballera y no ofrecian aspecto tan repugnante como los damaras. Algunos tienen los cabellos más largos que sus compatriotas del Cabo, y á fuerza de arcilla y grasa, obtienen con los de la coronilla un peinado que recuerda el bonete escocés, y dejando escapar una série de trenzas acordeladas forma en la parte posterior una franja de siete á ocho centímetros de anchura.

El gran número de gentes que se habian agregado á la caravana, á causa de los muchos bueyes que morian, era excesivo en comparacion con los recursos que tenia, dada la feliz coincidencia de que disminuyera la enfermedad y sobreviviesen los animales á la inoculacion emprendida, y por lo mismo algunos dias despues, fueron despedidos Gert y sus amigos, á tiempo que los damaras comenzaron á negarse á ir en busca de un pozo, hecho que les obligó á establecer en el campamento una línea de separacion. Pero muy luego estallaron entre aquellos las disensiones; las mujeres se sobrepusieron á los hombres, comprendiendo las terribles consecuencias de abandonar á los expedicionarios, vistos los ligeros trabajos que se las encomendaban, no obstante ser buena la remuneracion y sabiendo que habian de soportar la ruda fatiga de llevar los bagajes de sus maridos y arrancar raices para que se alimentasen. Entre tanto habíase marchado Gert sin despedirse, por lo cual sospecharon de él, sabiendo que era un bribon empederni-

do y temiendo que les hubiera robado cosas de valor, por más que entonces no conocieran la importancia de las pérdidas. En vista de esto, se pusieron en persecucion del ladron Baines y John Laing, escoltados por Dokie, Bill y Kalokolo que iban montados, y por tres peatones que servian de ojeadores. Habiendo encontrado á varios bushmanos, tres de ellos, engolosinados con la promesa de recibir cuchillos y tabaco cuando volvieran á los wagones, consintieron en acompañar á los perseguidores.

Juzgando los bushmanos insuficiente la cantidad de tabaco que tenia John, se retiraron á pretexto de buscar agua y los demás continuaron su marcha hasta el medio dia, hora en que se detuvieron; y considerando que no hallarian agua para las personas ni para los bueyes en un trecho de sesenta y ochenta kilómetros respectivamente, comprendieron que era inútil hacer andar más tiempo á las bestias, harto estropeadas ya. Al regresar, tuvieron muchas veces que apagar la sed con sandías, y cuando no las tenian, aspiraban por medio de una caña el agua depositada bajo la arena ó acudian á cualquier pozo para beber el agua enturbiada por las bestias. Tales inconvenientes se agravaban por tener que montar en los fatigados y pesados bueyes, molestia que no tiene comparación con las que produce un caballo rendido.

En Ghanzé hallaron agua perforando unas estratificaciones de piedra calcárea y muy blanda, cuyos bordes forman por la parte septentrional un acantilado de 0,90 á 1,50 metros de altura. Se encuentran allí tres depósitos horizontales de 30 á 45 centímetros de espesor; separando las masas calcáreas, vieron en la

parte inferior prominencias de roca dura de color gris verdoso que se dirigen de Este á Oeste y presentan hermosas venas de cuarzo. Las plantas espinosas prosperan allí en gran cantidad, y muy luego se observa la vaina ganchuda propia de la planta trepadora que llaman á veces haak-doorn, pero que debiera llamarse más propiamente enredadera ó planta de garfio. Una que pudo contemplar Baines detenidamente, tenia guarnecidas de espinas las ramas en toda su longitud, pinchos pequeños, pero fuertes, que presentaban la forma de agudísimo anzuelo, y que estando dispuestos de dos en dos, desgarraban fácilmente la carne en que llegaban á cebarse. Los ramajos de la *wagt-een-beechy* están armados de una espina recta, y las de gancho crecen en ellos por pares, oponiéndose entre sí. Si por una casualidad prenden en el vestido, es forzoso detenerse mucho tiempo, porque inmediatamente agarra el haak-en-steek, cuyo gancho sujeta de tal suerte, que el que intenta desembarazarse por un movimiento brusco, se clava sus espinas aguzadas como una aguja. También aparece en aquellos sitios el mochiharra ó madre de los damaras, con sus duras puntas en forma de cruz, la mimosa comun de espinas blancas, la acácia espinosa y otras mil que sería prolijo enumerar.

El Dr. Livingstone, en sus *Exploraciones por el interior del Africa austral* habla ya de la multitud de plantas espinosas que aparecen en aquellas regiones y cuyos pinchos presentan los tamaños, agrupaciones y figuras más variadas, largas unas veces, cortas otras, aquí en forma de gancho, allí en forma de anzuelo, en unas partes semejando hierros de lanza, en

otras lesnas, y siempre tan afiladas y cortantes que rompen el cuero como podria hacerlo una navaja de afeitar. Tambien se ocupa el ilustre y malogrado investigador de la planta de garfio, *uncaria procumbens* y de la *acácia detinens*, al describir la variedad de formas que afectan los frutos y la facilidad con que se adhieren á los animales para ser trasportados y diseminados providencialmente hácia otras regiones por medio de tales vehiculos.

El mártes 24 abandonaron los expedicionarios á Ghanzé y siguieron hácia adelante, sin contar para apagar la sed con otro recurso que las raices que arrancaban los bushmanos, una de las cuales medía por su parte más ancha un metro de circunferencia, y por la más delgada setenta y cinco centímetros. Es de notar que son más gratas al paladar las de tamaño mediano, y que su jugo tiene un sabor parecido al de la leche. Las semillas presentan una especie de madeja de fibras, que forma cáscaras longitudinales de figura de huso redondeado, de diez á quince centímetros de longitud y más gruesas que una pluma de pato. Este inestimable don concedido por la providencia á unas comarcas desprovistas de agua por completo, se designa con el nombre de *markwhae* ó marfwhae. Segun las observaciones del viajero que nos ocupa, se apaga la sed masticando un trocito de esta planta más fácilmente que bebiendo una gran cantidad de agua.

Despues de caminar durante doce horas, desengancharon los expedicionarios cerca de un pozo que los bushmanos llamaban Zauna y los bechuanas Liechy Pieri, nombres ambos que significan fuente del lobo ó sea de la hiena, y no es otro que la fuente corrompida de

Andersson, y el domingo 29 visitaron los pozos de Cubia, hallándolos en tal estado que, despues de ahondar ocho piés en el barro, apenas encontraron agua para dar de beber al ganado. La huella de los elefantes habia quedado impresa en el barro seco y acabaria por endurecerse y conservar la marca, como ya observó Baines al pasar por Ghanzé. Despues de colocar los wagones 800 metros al norte del agua, se prepararon á acampar en aquel punto durante dos ó tres meses, no sin que protegiera á las carretas con su sombra una acácia de goma dulce y sin que construyeran una empalizada con los propios árboles para mantener los perros á cierta distancia.

Los bushmanos se presentan á los extranjeros en demanda de carne y de tabaco, que les dan á cambio de pedazos de marfil, plumas de avestruz ó pieles de leopardo: aquel suele consistir en fragmentos de las defensas que el elefante se rompe al escarbar la tierra para sacar raices. Entre los indígenas han encontrado excepcionalmente dos jóvenes trabajadores que les sirven con interés sumo: Bill y la doncella Culoloa, como si dijéramos, Ganimedes y Hebea. Esta cubre su desnudez tan solo con un delantal listado y un pedazo de cuero muy pequeño por detrás. Algunas jóvenes del país llevan un cinturon hecho de pedacitos de huevo de avestruz atravesados por un hilo á manera de collares y unidos estos en círculos concéntricos hasta formar una banda de 15 á 17 centímetros de ancho. Para mantener tiesa la banda cosen á su cara interior pedazos de cuero que hacen el oficio de las ballenas en un corsé. El peinado de estas damaras es tambien curioso. Llevan en la cabeza un casquete de

cuero grueso, que cuando es tierno toma la forma de aquella, para lo cual le hacen varios cortes que sirven al propio tiempo de adornos y son especialmente necesarios en la parte de cuero que ha de ajustarse á las orejas. El velo que gastan para preservarse del sol es tambien de cuero suave, dispuesto de tal manera que puede á voluntad arrollarse más ó ménos, y por la espalda llevan colgando gran cantidad de cordones hechos de tubos de hierro ó de anillos del mismo metal, ó de estaño que ahora compran á los ingleses. Las dos extremidades de las sandalias acaban en punta y sobresalen de las del pié algunos centímetros. El peso de semejantes arreos produce á estas infelices esclavas de la moda no pequeña fatiga, pero por nada en el mundo se quitan en público el casquete, porque sería una horrible inconveniencia en una mujer dejar ver á un hombre su cabeza rapada. Dikkop murió de vergüenza porque su hija se presentó delante de él sin peinado, y una infidelidad probada es para estas gentes una ofensa leve comparada con el delito que comete la que se hace reo de tal indecencia.

Por entonces celebraron los bushmanos la ceremonia que tiene por objeto santificar el principio de la educacion que se dá á las doncellas de doce á catorce años para ir las preparando á las penalidades de su laboriosa vida de adultas. Para este objeto pasan este año de noviciado aprendiendo los deberes domésticos bajo la direccion de ancianas matronas. Muy de mañana las envian á buscar agua completamente desnudas, á fin de acostumbrarlas á los rigores del frio. Ellas cortan la leña y la llevan á casa, ejecutando además toda clase de

trabajos penosos. En cambio gozan en esta época de ciertos privilegios: si cogen un muchacho pueden atormentarle de mil modos y apalearle, y á fuer de buenas maestras en el arte gozan más cuando su víctima conserva mucho tiempo las señales de sus lecciones severas que, por supuesto, siempre quedan impunes. Los hombres adultos no están exentos de sus extrañas caricias.

Lo más singular de esta supersticiosa costumbre es que la encontramos practicada casi de igual manera en Egipto (1), y en cuanto á los jóvenes, Livingstone describe los caracteres de su educacion que hace *pendant* con la que reciben las niñas y tiene gran parecido con lo que Mauch nos dice sobre la educacion de los makalakas (2). John, el compañero de Baines, hizo entretanto una escursión al Ngami, y encontró bien inclinado al jefe Leshulatebe, que deseaba ardientemente entablar relaciones mercantiles con nuestros viajeros. En las cercanías del lago abundaba la caza en términos que John vió numerosos rebaños de *gnous*, springboks, rinocerontes y girafas. Los bushmanos hacen la caza del *cudú* ó waterbok, gacela de las aguas, dejándola entrar en los cañaverales próximos al Ngami y cerrándola despues la salida para matarla á golpes.

No lejos de su campamento vieron un ejemplar extraño de baobab ó *Adansonia digitata*. Tenía la forma de un gran *bloc* de raíces irregulares, que más bien parecia una roca, del que salia un grueso tronco de un metro y vein-

(1) *Em. Godard*, Egypte et Palestine, c. III, párrafo 2.

(2) Exploraciones en el Africa meridional, c. II.

te centímetros de altura, más parecido á un sáuce desmochado que á un árbol, con varios grupos de ramitas que salian de sus descarnados flancos. Los baobabs más pequeños que se ven en las orillas del Zambezi y en otros puntos del Africa tienen 30 centímetros de diámetro y son árboles esbeltos y de formas regulares. Los de Australia, mientras conservan el vigor de la juventud, son lisos y redondos y terminan en un cuello largo semejante al de una botella de Champagne: si de la boca de esta se hace salir un ramo florido se tendrá una idea bastante exacta del baobab australiano.

Durante aquellos dias de reposo, tuvieron ocasion de observar algunas de las costumbres bushmanas y namaqueses, que solo viviendo entre los mismos que las practican pueden aprenderse. Hemos ya dado á conocer numerosos ejemplos, y muchos más encontraremos en el trascurso del viaje que venimos describiendo. Un dia les vieron hacer zapatos, operacion que los namaquas practican por un procedimiento análogo al que los montañeses de Escocia seguian hace próximamente una centuria. Puesto el pié sobre el cuero dibujan el contorno, sacando una suela exacta; en seguida se cortan por el mismo sistema las partes que forman el empeine. Hoy han aprendido ya muchos á fabricar sus zapatos por procedimientos menos primitivos, y hacen uso de las hormas, cuya utilidad comprendieron en seguida. Los bushmanos son acérrimos fumadores, y se valen para satisfacer esta pasion de unas pipas enormes sujetas por medio de un tubo recto de 12 á 15 centímetros de largo al extremo menor de un cuerno encorvado, apli-



can la boca al extremo opuesto y aspiran el humo en grandes porciones capaces de sofocar á un toro: por el cubo de la pipa sale una densa nube parecida á la que se revuelca en el seno de la boca. Cada individuo, despues de dar algunas chupadas, pasa la pipa á su vecino, en tanto que él toma un sorbo de agua para arrojarle enseguida al rostro ó á la espalda de alguno de sus camaradas que yace por tierra desternillándose de risa al ver los gestos y pantomimas de los fumadores. Los pingos practican el arte de fumar de una manera ménos salvaje y ménos sistemática. La pipa que usan es igual á la de los bushmanos, y tiene tambien un depósito respetable, hecho de piedra. Los fumadores se sientan en tierra formando círculo. El que abre la sesion aspira el humo delicioso, pasa la pipa á su vecino para tomar un sorbo de agua de una calabaza con la que practica lo propio que con la pipa, despues de lo cual arroja el líquido y el humo por medio de un tubo ó caña recubierta de piel, en una cavidad abierta en el centro del círculo. Consideran como una cortesía el que un fumador arroje la bocanada en el mismo sitio que su predecesor. Durante la sesion reina siempre una extrema hilaridad producida en los circunstancias por los golpes de tos y por los gestos que hacen los fumadores.

Los bechuanas siguen un método más extraño que los precedentes. Practican dos agujeros en tierra y los unen artificiosamente por medio de un *túnel*. Vierten agua en el receptáculo, y sobre ella, en uno de los agujeros sólamente, colocan un poco de tabaco inflamado. El fumador se echa de bruces, y aplicando la boca al orificio opuesto al que contiene el

tabaco, hace levantar burbujas en el agua y aspira cuando las ve hinchadas de humo. Como observa muy oportunamente Baines, las narices chatas y los lábios salientes de los negros se prestan maravillosamente á estas operaciones. Se cree que los bechuanas han aprendido de los bushmanos el uso del tabaco.

El lugar en que nuestros viajeros acampaban habia recibido el nombre del primero que dió á conocer ó descubrió sus manantiales: este personaje se llamaba, pues, *Cubia*, y, preguntado sobre la denominacion exacta del aquel sitio, puesto que moraba á la sazón en el campamento, respondió que el agua llevaba su nombre y él conservaria á su vez el nombre de estos manantiales. Andersson le dá igual denominacion, porque residia allí el padre del *Cubia* que vivia con Chapman y Baines. Es muy posible que otro de sus sucesores le haga cambiar de nombre como es costumbre en estos paises, haciendo creer á los geógrafos en dos localidades diferentes: más de una vez se han borrado de nuestros mapas estos lugares imaginarios. *Cubia* es el punto más apartado de los dominios bechuanas.

El 23 de Noviembre, habiendo cesado casi por completo las lluvias, emprendieron la marcha, y muy luego perdieron de vista aquellos árboles que tantas veces les dieron sombra: los carros eran dirigidos con notable maestría por los conductores hotentotes, que en este oficio son maestros. Las lluvias habian fertilizado el suelo y por todas partes brotaban flores, y los árboles vestian el ropaje de otoño.

El 27, en una parada, fueron testigos del incendio de una choza, que consumió además todos los adornos y los peinados de las muje-

res de la familia : una de estas hienas *damaras* lloraba amargamente la pérdida de sus bucles, anillos y correas, al propio tiempo que permanecía completamente insensible á la vista de su hermana que yacia en el lecho del dolor: madres hay en este pueblo que dejan morir á su hija sin prestarla el menor auxilio, y que tal vez se aprovechan de su situacion para despojarla de sus miserables adornos.

Cuenta el mismo Chapman que habiendo encontrado en su camino á uno de estos infelices enfermos abandonado por los suyos, le hizo instalar en su furgon para que no pereciese. Un dia porque el pobre hombre pidió de beber, le dirigió uno de sus compatriotas tan fiera amenaza, que Chapman mandó en seguida castigar con azotes aquel mónstruo para enseñarle á tener misericordia de sus semejantes. Ejemplos de esta índole se ven á cada paso en las relaciones de los misioneros, quienes han salvado no pocas veces la vida de los que así eran abandonados por sus deudos.

A medida que los expedicionarios se acercaban al lago, adquirian más cuerpo los rumores de la guerra que amenazaba estallar entre Sekeletu y Leshulatebe. En 1853 observó ya Livingstone una encarnizada rivalidad entre estos dos reyezuelos, el primero de los cuales contaba entonces 18 años solamente (1). Los makololos atacaban siempre que tenían ocasion á los súbditos de Leshulatebe, los cuales se excusaban por eso muchas veces de pagar los tributos establecidos. Contrariado éste de

(1) Exploraciones en el interior del África austral, caps. IX y X.

ver así mermados sus ingresos, acechó una ocasion propicia y mató una veintena de los merodeadores, enviando al propio tiempo un reto de desafío á Sekeletu.

Nuestros caminantes acampaban á fines de Noviembre cerca del estanque llamado por Chapman, *Estanque de la Cuarentena*, que tenia cincuenta metros de longitud, y poco más de un metro de profundidad. Hacia Oriente se destaba sobre el horizonte una série de colinas, que bautizaron tambien con el nombre de Colinas de la *Cuarentena*, y se compone de masas de roca sienita y análogas.

Entre los árboles de los contornos llama nuestra atencion el que los damaras apellidan *umahaama*, y los bechuanas *mochiharra*, tenido en gran veneracion por los primeros, que le llaman su madre. Es su madera más consistente que la de haya, de fibra muy tupida pero dispuesta en ondulaciones tan irregulares que al romperse presenta una fractura lanosa. Cuando se le corta exhala un olor desagradable que desaparece en seguida por la influencia del aire. Las semillas contienen hasta una docena de granos sujetos en forma de racimo á un pedúnculo de dos á cuatro centímetros de largo, que cuelga en agrupaciones de las ramitas. El granito ó vaina es de figura plana ovalada, algo semejante á la de un corazon prolongado unido por la punta al pedúnculo. La corteza es tosca y de un moreno agrisado, y las flores blancas ó de color amarillento pálido, brotan en tal número, que ofuscan el verde de las hojas.

Leshulatebe ardia en deseos de ver á los extranjeros, ó mejor dicho, sus fusiles y su pólvora, que le eran extremadamente necesarios

en la guerra que le amenazaba. Las aguas del estanque se agotaban, y era preciso buscar otro campamento mejor surtido del precioso líquido, por lo cual se decidieron efectivamente á satisfacer los deseos del cacique, y se encaminaron en direccion á otro estanque más lleno, situado, al decir de un mensajero bechuana que llegó el día 5 al campamento, á una jornada del de la Cuarentena.

El mensajero recibió por recompensa de su preciosa revelacion, una pequeña cantidad de tabaco americano; poco despues oyeron con horror que una mujer de la comitiva indígena le pedia el tabaco ofreciéndole en cambio media hora de conversacion secreta con su hija; tan completa carencia de pudor, de corazon y de vergüenza, solo se encuentra entre los salvajes negros del África, que, como en otras partes hemos observado, parecen en muchas ocasiones desconocer hasta los impulsos más rudimentarios del corazon humano.

Cuando llegaron al término de la jornada, vieron que el estanque no tenia agua para dos dias, y resolvieron seguir la ruta comenzada. Desde una eminencia se descubria hácia el Oeste una cadena llamada Lubelo ó Libebo que parecia continuacion de las que hemos nombrado de la Cuarentena. Traspuesta dicha loma, y un llano cubierto de pequeños arbustos espinosos, se internaron en una espesa selva de mimosas, mochiarras y otros árboles. Acamparon al oscurecer en un claro del bosque alumbrados por siniestros relámpagos mensajeros de una furiosa tormenta que se desencadenaba sobre ellos. Poco despues se rasgaron las cataratas del cielo, y descargaron un violento aguacero que les puso como una sopa,

por no tener siquiera el recurso del furgon para guarecerse, porque aún no había llegado. Acurrucados al rededor del fuego, se vieron muy luego asaltados por un enjambre de escorpiones que abandonaban sus guaridas para no ser víctimas de las aguas que todo lo inundaban. Los bushmanos se apresuraban á echarlos sobre las áscuas, pero les sacaban antes de que pereziesen, tal vez para hacer más prolongado su martirio.

El día 8 dieron vista al círculo de cañas y juncos que señalan el antiguo límite del Ngami, cuyas aguas se han replegado considerablemente dejando una vasta llanura seca entre sus orillas y las arboledas que en otro tiempo le daban sombra cubriendo la falda de unas colinas. Numerosas bandadas de pájaros, ibis blancos y negros, la recorrian muy solícitos y se ocupaban en cazar caracoles. En algunos puntos el agua dista 800 y más metros de la colina que antes ceñía el lago. Desde el lugar escogido para campamento, al N. E., se descubrian unas islas situadas á unos 1.200 metros de la costa.

Poco despues llegaron los mensajeros de Leshulatebé con orden de llevarse consigo á Chapman y sus mercancías y de invitar á Baines á trasladarse á su córte si tenia algo que vender. Este le respondió que no le llevaba allí otro deseo que el de estudiar su país, y Chapman se negó por entonces á separarse de su wagon esperando que el jefe vendria á buscar las mercancías; pero este fué retenido por sus mujeres que no le permitian salir en tanto que no mandara llover para ellas. Tan absurda preocupacion se halla muy extendida en Africa: Cachiba, rey de Obbo, hace tambien la

lluvia y el buen tiempo para sus vasallos (1).

Las orillas del lago por la costa de Oriente son poco profundas y para navegar por esta parte ha sido preciso emplear embarcaciones de poco fondo.

El 18 les envió Leshulatebe un tarro de miel y un cesto de hormigas secas, pero su venida se retardaba porque el pueblo temia la presencia de los extranjeros y de sus vacas, atacadas de la enfermedad pulmonar.

Los bechuanas empezaron á visitar en masa el campamento de los ingleses y á ejercer sus artes rateras. Todos los viajeros están acordes en afirmar que este pueblo no tiene un instinto honrado y que sus inclinaciones le llevan á robar cuanto puede: hasta su cuerpo parece estar formado en armonía con esta pasión vergonzosa. Cuando se sentaba alguno en el campamento no le perdian de vista, temerosos de que se llevara consigo hasta los carros: en los primeros dias desapareció una defensa de elefante y despues otros objetos.

El 23 se presentó de improviso en el campamento una columna de infantería irregular, que más parecia una cuadrilla de arlequines, detrás de la cual venia Leshulatebe que vestia calzones de piel blanca, botas altas, blusa á la marinera y sombrero de fieltro adornado con una larga pluma blanca, llevando además pendientes del cuello las gargantillas, el estuche, cuchillo, tabaquera y otras mil bagatelas; por pañuelo de bolsillo usaba una cola de chacal. En seguida se presentaron los porteadores de marfil y se improvisó un mercado en toda

(1) *The Albert Nyanza*, de S. Baker, tom. I, cap. VIII

regla: los africanos sacaron á relucir sus aficiones mercantiles y trataron de alucinar á los extranjeros, con especialidad el jefe que se mostró no poco experimentado y hábil en la profesion de traficante. Hubo tambien sus intermedios de baile, ejecutado al son de su propio canto por algun mendicante que en estas comarcas de salvajes pasaba por una maravilla. Leshulatebe regaló á los viajeros una calabaza de miel, no sin antes averiguar la cantidad de azúcar que recibiria en cambio: en cuanto á las rapiñas á que se entregaban sus gentes, no las daba gran importancia, porque las consideraba como efectos de un instinto natural á que él mismo obedecia con más pasion que todos; no soltaba *presente* sin estar seguro de recibir un *contra-regalo* que le pagara con usura el primero: sin embargo, mandó azotar horriblemente á uno de sus marineros que habia robado á los expedicionarios una azuela, aunque no supo ocultar que obraba de esta suerte esperando recibir un buen premio por la devolucion del instrumento. Seríamos interminables si hubiéramos de exponer los ardides y mañas rateras de que se valia para arrancar á los extranjeros el último grano de café y el más despreciable de los objetos que despertaron su codicia. Para muestra basta lo dicho.

En los últimos dias de Diciembre se disponian á emprender la marcha, siendo una de sus principales medidas reducir la gente de servicio á los individuos más indispensables, único medio de poder llegar á las cataratas.

En la mañana del 28 se trasladaron á Mose-linyan, vastísimo estanque, anteriormente seco y en aquel entonces manchado por algunos

charcos de agua pluvial, donde se bañaban pequeñas bandadas de ánades. Al siguiente día avanzaron con la esperanza de encontrar caza hasta llegar á un árbol corpulento, un mowana, situado en Mamu-kahuri, y notaron que la comarca habia mejorado extraordinariamente. A lo largo del camino se habian formado depósitos de agua pluvial, y en las inmediaciones del gigantesco árbol, los juncos y las yerbas habian estorbado con su aparición que el agua reciente se mezclara con el lodo, así que se conservaba fresca y clara. Allí aparecian en todo su esplendor muchas flores iguales á otras que ya estaban agostadas en Cubia antes de que los expedicionarios abandonaran este punto.

Despues de permanecer en Cubia breve tiempo volvieron á caminar el día 7 avanzando nuevamente por más que protestaron los guias asegurando que no encontrarían agua en la direccion que pretendian seguir. Habiendo distinguido Chapman un elefante el día 8, Baines se puso á perseguirle; el animal avanza rápidamente, y cuando nuestro viajero desciende hácia el fondo de un valle oye el ruido de tres disparos consecutivos, un grito agudo despues y por último el ladrido de los perros, sin lograr que se interponga el elefante en su camino. Extraviado en un bosque durante la persecucion, hubo de pasar la noche á solas, mientras los bushmanos respondian á Chapman de que no se perderia, por tener una barba igual á la suya: idea bien singular por cierto, imaginarse que el peludo rostro de un inglés ofrecia la seguridad de que encontraría su ruta en medio del bosque. Al regresar hácia el estanque distinguieron á la parte opues-

ta el cadáver del elefante sobre el cual habia disparado Chapman el dia anterior.

No hay dibujo alguno, siquiera esté tomado de uno de esos ejemplares de piel negra y bien curtida originarios de la India, cuyo examen disponga el ánimo de tal suerte que no se sienta impresionado por la admiracion y el terror al contemplar uno de esos gigantes africanos que yace sobre su propio terreno en toda su primitiva grandeza. Sus anchos piés habian levantado montones de tierra; sus patas, que semejaban verdaderas columnas, descansaban rígidas sobre la huella; uno de sus colmillos estaba clavado en tierra por su parte inferior; la cabeza y la flexible trompa, extendidas hacia adelante, prolongaban extrordinariamente la línea del cuerpo. Su aplanada ó más bien convexa frente no presentaba en el centro la depresion propia del elefante indio, al menos si nos atenemos á los dibujos que corren de mano en mano. Las orejas del africano cubrian en su parte superior casi la mitad del cuello; el costado áspero y de color gris estaba surcado por arrugas profundas, cuyo enlace semejaba una red; no aparecia pelo alguno, sino hebras sedosas, rígidas y ralas: el conjunto de aquel cadáver parecia una roca y no el cuerpo y la piel de un animal que acababa de morir. Tan voluminoso era el cuerpo que penosamente hubieran podido verse dos hombres colocados de pié á distintos lados. El único indicio que revelara la causa de su muerte se reducía á una raya oscura y purpúrea, pues habian penetrado las balas por el costado que entonces yacia en contacto con la tierra. Como el sol dejaba sentir su accion débilmente, aun no se habia dilatado el cadáver,

y sin embargo el bushmano hirió los intestinos con las precauciones de un verdadero espadachín, y tan luego como hizo la incisión saltó hácia atrás con agilidad sorprendente. En realidad era indispensable esta prudencia, porque la explosión fué tan violenta que solo puede compararse al estampido de un cañón. Efectuada tan arriesgada operacion, los salvajes extrajeron las entrañas y despues de asarlas, celebraron un festin repugnante entre cavernosas y singulares canciones.

Despues de cruzar una region ligeramente accidentada y cortada por praderas y tallares, el 22 de Enero atravesaron una *omaramba* ó riachuelo seco y más tarde se detuvieron en el fondo de un *pan* ó lago salino completamente enjuto, cuyo arcilloso lecho media unos 1.600 metros de diámetro. Habíanle humedecido las lluvias de tal suerte, que los piés se adherían al suelo y aun aparecían de trecho en trecho algunos charcos cenagosos. Los bushmanos llamaban al sitio Carran, si bien es de creer que esta denominación sea comun á todos los sitios de aquella índole. Decían que el Omaramba se dirige hácia Caniess, punto probablemente situado cerca de Moselinyan; pero no fué dable averiguar si corria el agua hácia aquel sitio ó procedería de él, inspirando á los viajeros la confianza de que encontrarían fuentes remontando la Omaramba. El 24, de madrugada abandonaron por fin el estanque por un sitio en que se reúne al omaramba el menor de dos valles, y se dirigieron hácia el Norte para trasponer la altura; atravesando luego un valle de fondo pedregoso y calcáreo y una torrentera cuyas altas yerbas anunciaban que podia haber agua; franquearon la co-

lina y establecieron su vivac á 100 metros al Sur de unas lagunas formadas por las lluvias.

Algunos dias despues recorrieron los damaras la Omaramba, durante varios kilómetros en direccion de su curso, y regresaron afirmando que habian encontrado agua en abundancia, y alguno aseguró haber divisado doce elefantes machos. Jan y Dokkie, que habian caminado montados en bueyes, regresaron anunciando el descubrimiento de dos omarambas hácia el Norte y de varios estanques. El dia 4 de Febrero recorrieron el Omaramba durante varios kilómetros y vieron que la planicie de su fondo, que medía unos mil seiscientos metros de anchura, se ostentaba cubierta de altas yerbas verdes y sin granar por completo, y de zarzales de mimosas. Al siguiente dia oyeron un disparo seguido de gritos de elefante; acudieron á todo correr, y averiguando que aún estaba agonizando el animal dentro del tallar, tomó Baines su fusil y siguió hasta unirse con Chapman, á cuyo hermano encontraron á poco rato bajo la excitacion y el cansancio de una caza desgraciada, que le puso varias veces en terrible riesgo.

Habiase notado que el elefante se aproximaba al wagon, y avanzando Chapman á doscientos ó trescientos metros de él, le hirió gravemente al primer tiro. Habíase vuelto entonces á coger el segundo fusil, pero se encontró con que su acompañante no llevaba más que un palo. Durante este intervalo ensillaron el caballo del primero, subió éste á él armado con su fusil, y comenzó el ataque de nuevo. Al sonar la descarga habíase dirigido el elefante sobre Chapman, y éste, falto de espuelas, no lograba obligar á romper al caballo. Por for-

tuna, cuando ya no quedaba esperanza de burlar á la bestia, algun movimiento imprevisto la decidió á volverse y penetrar en el bosque. Atacada nuevamente allí, acometió tan furiosa y ferozmente, que dispersó á los perros y á los peones todos, y dejó al caballo sin fuerzas y completamente asustado y tembloroso, por lo cual no atendia al jinete.

Pasados algunos dias despues de este episodio, gracias á los consejos de Chapman, y con gran pesar de Baines, hubo de renunciar éste á la idea de trazar una ruta por la comarca situada al Norte de los hotentotes, é iniciado su regreso en un punto situado á 180 metros sobre el nivel del mar, cierta noche vióse despertado nuestro protagonista por un bushmano muy conmovido que con su dedo le indicaba el agua y por medio de gestos le manifestó que acudian allí los elefantes. Seguidos, pues, por Chapman, fueron ambos á despertar al hermano de éste, quien más conocedor y práctico, les avisó el peligro que corrian atacando un rebaño cuyo número les era desconocido, sin contar con ninguna clase de abrigo donde refugiarse.

Abandonaron, pues, su plan ofensivo; pero afanoso por contemplar aquellos animales bañándose con toda libertad, descendió Baines, acompañado por dos bushmanos. Pronto observó con desagrado que le seguian los perros y que un minuto despues habia comenzado el ataque. Sus furiosos ladridos vieronse muy luego secundados por los gritos de las crias de los elefantes, despues por los bramidos de las irritadas madres y últimamente por el bullicio de una acometida general. Esperó un momento á que las bestias salieran al

descubierto para hacer fuego, pero rechazados los dogos, acudían por todas partes hacia el cazador, perseguido cada cual por una hembra enfurecida. Verdad es que las zarzas y los arbustos espinosos no presentan obstáculos á la carrera del elefante, pero en cambio constituían un impedimento á los pasos humanos. Guardándose de árbol en árbol, procuró Baines dar con uno que fuera bastante resistente para guarecerse y disparar sobre las bestias que se acercasen, pero todos los que miraba á su alcance, eran menores que los que arrancan los elefantes cuando juegan. A cada momento aparecían nuevos perros en su rededor con el enemigo á sus alcances; él oía sus destrozos á ménos de ochenta metros. Arrojado sucesivamente de todas sus posiciones, ganó por fin el límite del tallar, y oyó inmediatamente la voz de Chapman que le mandaba refugiarse en el wagon si no pretendía morir. Apenas había puesto en práctica este consejo, desembocó todo el tropel, seguido únicamente por uno de los perros más obstinados y marchó á lo largo del bosque á unos cien metros de los expedicionarios.

El bushmano que echó á correr sin pararse en barras se había adelantado á Baines, y según manifestó le había visto extraordinariamente descolorido y, por su camisa principalmente, hubiera podido llamar la atención de los terribles vecinos.

Al alborar el 22 de Febrero, anunció Bill que al otro lado del estanque profundo se distinguían objetos negros inmóviles que él juzgaba zebras ó caballos salvajes. Montados en caballos partieron allá Baines y Chapman y se adelantaron al paso para llamar la atención de

los animales sin asustarlos por completo. Pronto vieron que eran estos *blawe wilde-beasts* ó *gnus* mosqueados, el *gau* de los hotentotes, el *bluebok* de Livingsgtone, ó sea el *egocerus leucophæus*, antilope glauca de los naturalistas: al primer tiro se dispersaron y en seguida los perdieron de vista.

Poco despues distinguió Chapman varios elefantes, lanzáronse en su seguimiento, y una vez separados, éste regresó al campamento antes que Baines, porque uno de los corpulentos cuadrúpedos le llevó en línea recta á traves del paisaje hasta unos 600 metros de camino hácia los wagones, para desaparecer enseguida. Hallábase ya tan fatigado el animal que introducía la trompa en la boca para aspirar el agua de su estómago y lanzarla sobre el pecho con objeto de refrescarse. En aquel momento miró Chapman hácia atrás y vió á otro de aquellos á tiempo que se preparaba para acometer. Fatigados caballo y caballero, veíase forzado á esquivar el peligro ya que no había sentido al animal que le perseguía, porque, como es sabido, estos tienen la pezuña recubierta con una materia esponjosa que envuelve los piés y amortigua los sonidos hasta en esos terrenos en que se oiria la marcha de un chacal: esta vez fueron tambien desgraciados en su batida.

Cierto dia pusiéronse á bailar los damaras y poco á poco fué agrupándose toda la compañía, colocándose las mujeres en el centro del círculo que formaban los danzantes. Cantaban estas una tonada monótona y daban palmadas, mientras los jóvenes y los muchachos saltaban y se acercaban á ellas sin reparo alguno, golpeando el suelo con sus ágiles piés, levantan-

do torbellinos de polvo y haciendo sonar las ajorcas que llevan en la garganta de la pierna de una manera que ellos juzgan armoniosa sin duda alguna. Luego tomó el jefe un tizon del hogar, y despues de saltar nuevamente hasta aproximarse á las damas, le colocó en tierra, repitiendo sus pasos alrededor de este y brincando sobre él sin tocarle, del mismo modo que los montañeses de Escocia en su baile de los claymores, se retiró luego, y terminó la fiesta con vistosas evoluciones y graciosas acometidas que simulaban una lucha guerrera.

Despues de presenciar este y otros episodios, se encaminaron el 4 de Marzo en direccion á las Copyas que se destacaban en lontananza; pasaron á los dos dias junto al estanque del Año nuevo, el dia 8 se encontraron de vuelta en el estanque de la Cuarentena, y el 9 mataron un elefante y un rinoceronte. Prosiguiendo la marcha y haciendo el 16 una jornada de 10 kilómetros á lo largo de la vertiente meridional de las Copyas, llegaron á su extremidad oriental, se detuvieron á la vista del desierto de Calahari, descrito por Livingstone, y vieron desarrollarse hácia el Sur sus extensas líneas. Por la tarde, sirviéndose de la brújula, recorrieron 13 kilómetros al Este, y hácia la extremidad meridional del monte Lubelo, porque deseaban llegar directamente al vado por donde tenian que pasar el rio Botletle, llamado Zonga por Livingstone, dejando el lago Ngami á unos 30 kilómetros hácia el Norte, para no encontrarse en los territorios de Lesululatebe, que les habia declarado la guerra porque Chapman arrebatara el fusil á uno de los hombres del cacique.



El 23 por la tarde, cuando llegaban al extremo de una llanura bastante descubierta entre las dos cadenas de los montes Nquiba, recibieron emisarios del enojado Leshulatebe. Hábiles encargado que les presentaran sus homenajes separadamente y que se quejaron á Chapman, porque no se acercaba á la ciudad, y mantenía sus antiguas amistades con el jefe. Queda anulada por lo tanto la declaracion de guerra, pero los viajeros comprendieron bien el alcance de tan amistosas frases, para no apreciar la conveniencia de continuar guardando su calculada reserva. Partiendo, pues, de la extremidad occidental del monte Quaebia, atravesaron el dia 28 algunos espesos tallares y bosquecillos de mochiharras, y despues desunieron junto á un estanque completamente seco, donde confiaban encontrar agua. Entorpecidos al dia siguiente en la marcha por las espesuras, juzgaron sus gentes que les obligaba á cambiar de ruta este providencial entorpecimiento. Los damaras insistian en reclamar agua, y un bechuana se quejaba de una insolacion, segun sus frases y gestos, lo que exigia bebida á todo trance. Al medio dia perdieron de vista las alturas de Quaebia, y comenzaron á encontrar en la planicie extensos tallares de mochiharras. Entre una y dos se cambió el tallar en bosque y no era dable desconocer la inclinacion del país. Por fin se detuvieron en el límite del monte, por donde se divisaba el riachuelo Botletle. Los damaras se precipitaron al rio gozosos, seguidos por todo el ganado, y el bechuana se felicitaba por haberlos dirigido hácia un depósito de agua tan abundante.

El domingo 30 de Marzo avanzaron 400 me-

tros y colocaron el campamento á la sombra de una acacia girafa, que extendía sus ramas en medio de una llanura abierta que rodeaba el bosque. Pocos momentos despues apareció una partida de ginetes que galopaban por la llanura, y muy luego Leshulatebe, precedido por uno de sus dignatarios, por el encargado de su quitasol y seguido por tres ó cuatro, llegó al wagon. En tanto que regresaba Chapman, dedicado entonces á la caza, invitó Baines al recién llegado jefe para que se sentara á su lado y presenciara sus trabajos de dibujo, y por más que todos aseguran que el pincel habla la lengua de toda clase de gentes, es lo cierto que aquellos dibujos se entendieron ménos que el holandés y el bechuana.

Una vez de regreso Chapman, preguntó á Leshulatebe noticias acerca de los desventurados misioneros que habian muerto en casa de Sekeletú. A parte de la negligencia y del mal trato, suficientes para explicar la muerte de aquellos desventurados, aun cuando no les hubiere atacado la fiebre, aparece cierto que Sekeletú les habia administrado veneno en la cerveza. El envio de manjares era solamente un pretexto para calmar las sospechas, si acaso las hubieran abrigado. Habíanse despachado mensajeros que pretendian llegar de lejanas regiones, pero que llevaban el encargo de estudiar los efectos del tósigo. De entre los enfermos aparecian más graves dos que se habian excedido en la bebida, y apenas se resintieron los que se limitaron á gustarla. A estos detalles agregó Leshulatebe otros desgarradores sobre el despojo y las molestias que habian experimentado los que sobrevivieron, y que omitieron por delicadeza en las cartas que se

remitieron á Inglaterra. Parece ser que en el momento en que tales asuntos ocupaban á nuestros viajeros, estaba atacado de lepra el mismo Leshulatebe, y que sus extremidades se consumían, haciéndole esperar un fin tan triste como doloroso. Obtenidas estas indicaciones y despues de conversar sobre otros puntos, principalmente mercantiles, accediendo á la invitación de Leshulatebe, acabó Chapman por trasladarse á la ciudad.

A consecuencia de un aviso del compañero, el 4 de Abril empaquetó Baines los artículos que pedia aquel y se encaminó con los damarras, dirigiéndose por el Oeste, á lo largo del Botletle. Aún eran espesos los juncales, pero no tanto que pudieran impedir el paso de una canoa, á no ser en muy contados sitios. Pronto encontró anchos escampados por donde se podía navegar libremente á la vela, utilizando la brisa del Sudeste que sopla ordinariamente por aquellos parajes. Cuando el rio se halla en la plenitud de su caudal, eleva sus aguas hasta la cima de las mimbreras y hasta los árboles que marcan su curso, de suerte que debe arrastrar una masa considerable. Por aquel entonces solo ofrecia en algunos puntos una corriente insignificante, y en otros solo presentaba pantanos cenagosos. Sobre la márgen septentrional y en el lindero del bosque se levantaban algunos corpulentos boobabs, y en ciertos puntos formaba mesetas calcáreas. A lo largo de las orillas se divisaban algunas chozas esparcidas que en los sitios más favorables se agrupaban formando verdaderos villorrios. El maiz, el trigo cafre ó millet, el melon y la sandía, crecían en abundancia: hombres, mujeres y niños mascaban á una las azucaradas

y largas ramas del *unphi*: conforme iba avanzando el viajero veía que los rebaños de ganado aumentaban en importancia, y por fin, un mensajero procedente del lago, cogió el fusil á nuestro viajero y le condujo por un sendero que se inclinaba hácia el Sur del valle, y despues de andar un centenar de metros le dejó junto á los wagones. Una multitud de naturales del país, muchos de los cuales llevaban peinados singulares, abrigos de escarlata, cañones de fusiles nuevos que brillaban al sol y gran cantidad de adquisiciones recientes, mostraba que era el tráfico bastante activo, y revelaban que no iban mal los negocios de los expedicionarios, los montones de calabazas, de granos, de habas, de cuernos de rinoceronte y de colmillos de elefante.

Por lo que respecta al jefe, su camisa roja y grasienta, su sombrero metido extraordinariamente, sus súcios calzones y destrozados zapatos recordaban exactamente al cocinero de un negociante de la costa de Guinea. Sentado sobre una silla de hierro, portátil y pintada de verde, comió con los forasteros y fué entregando á sus favoritos, que se hallaban sentados en su derredor, los huesos que habia descarnado en parte. Al finalizar el convite, rogó á sus huéspedes que visitaran su villorrio, situado á unos cuantos centenares de metros. Formábanle varias chozas cilindro-cónicas, aglomeradas sin gusto alguno, y su arquitectura no tiene pretensiones de ninguna especie. Todas ellas están cerradas por una cerca de cañas, de cuatro metros de altura por lo menos. Los viajeros quedáronse desagradablemente sorprendidos al comparar esta ciudad con los recuerdos de las que vieran forma-

das por techos cónicos, cubiertos de bálago y adornadas con dibujos hechos de tierra colorada, al recorrer el curso del Vaal. En medio de la plaza central se levantaba un colgajo de techo ahorquillado, construido con palos y cañas que servía de establo. En su parte anterior estaba un nuevo depósito de correas para los yugos.

Muy luego se empeñó el jefe en decidir á Chapman para que le vendiese los caballos á cambio de gran cantidad de marfil, exquisito por su longitud y su calidad. No muy distante del establo veíase la *Kolla*, empalizada semicircular, formada con estacas nudosas que tenían metro y medio de altura, y cuya parte inferior estaba pintada hasta la altura del pecho con un barniz negro. Al día siguiente partieron Baines y Eduardo buscando alguna eminencia que les permitiese distinguir el lago. Dos macobas les condujeron al río, donde había multitud de canoas, descansando entre las cañas y de magnitudes proporcionales al árbol de que fueran fabricadas. Más lejos apagaban su sed en los sitios abiertos muchos rebaños de esos ganados de largos cuernos que hacen famoso el país de los bechuanas. Encontrábanse también muchas aves: el *darter*, de largo pico y cuello de serpiente, el pardar, la garcofa, la grulla gigante, la paviota de patas encarnadas, los patos, los ánsares de Egipto, etc. Todas esas especies revoloteaban á bandadas sobre las orillas ó nadaban sobre las aguas. Una parte del lecho, menos profunda, estaba separada por una especie de reja de cañas, plantadas por un extremo y encorvadas por el otro, que formaban un laberinto, de donde no podían escapar los peces.

Una vez en la orilla opuesta, encontraron á muchos hombres y mujeres recogiendo la cosecha, y nuestro pintor comenzó por retratar á un anciano llamado Mantlanisnis, que no era bechuana, ó por lo menos pertenecía á diferente tribu. Anteriormente habia sido rico, era amigo de los blancos y el mejor viajero que conocia Chapman entre aquellos naturales. Segun él no hay ningun rio que se llame Chobé ni Zonga, siendo el primero el Zambezi y el segundo el Botletle. Chobé era un régulo establecido sobre un afluente del Zambezi, y de aquí que una parte de este se llamase vado de Chobé. Igualmente Zonga vivia no lejos de aquellos lugares, sobre las márgenes del Botletle, pero ya por aquel entonces habia muerto y su nombre habia caido en desuso, hasta el extremo de que eran pocos los que, al cabo de algun tiempo, pudiesen llevar al viajero al sitio de aquel nombre.

El dia 6 regresó Baines á la ciudad para asistir al consejo de guerra ó *pitro* que en ella se celebraba. Sentados en el suelo, trazando un semicírculo, formaban los guerreros un cuerpo compacto de 200 ó 250 hombres, y cada cual tenia delante de sí el escudo de cuero con fondo blanco manchado con dos grandes rayas de color negro. Enfrente se mantenía Leshulatebe vestido con pantalon de paño negro y una capa formada con un *plaid* escocés; llevaba tambien un sombrero de negro fieltro adornado con una pluma blanca. Sentado sobre su férrea silla de mano, sostenia un escudo que llegaba hasta su cabeza, mientras que los de los demás guerreros les cubrian por completo. Despues de terminar un discurso que provocó grandes aplausos, á la cabeza de unos 20 jó-

venes que blandian lanzas ó mosquetes, se avalanzó hasta tocar á los expedicionarios, á quienes ofrecieron asientos inmediatamente.

Los guerreros de la primera fila estaban pegados unos á otros con los miembros completamente cubiertos por el escudo oval, que apenas dejaba percibir sus arreos y el largo cañon de su brillante mosquete que salia por encima: los de las filas interiores se introducian en sus escudos que eran más anchos ó los sostenian á guisa de quitasol sobre su cabeza. Su canto lento, però que no carecia de atractivos, la *narrea* ó cancion del búfalo se elevaba ó apagaba en intervalos regulares. Cuando terminaban los altercados que provocaban las pretensiones de algunos individuos, levantábase un guerrero, golpeaba el escudo con su corta lanza, obtenia el silencio y lograba que le escuchasen. Inmediatamente despues comenzaba la salida ó asalto. Un tropel de hombres dirigidos por un jefe subalterno, se lanzaba haciendo extraños gestos, y arrastrábanse casi al nivel del suelo, cubriéndose con los escudos hasta que llegaba el momento de acometer. Cargaban entonces saltando como caballos que se encabritan; amenazaban con la punta de la lanza en lugar de arrojar dardos como los cafres; esgrimian sus hachas de guerra en actitudes fantásticas ó mantenian el mosquete en equilibrio y volvian triunfalmente á unirse con el grueso de sus camaradas.

Un año hacia que habian comenzado los bechuanas á usar trajes europeos, y con notable desacuerdo mezclaban con sus trajes indígenas las camisas, los gorros colorados de dormir, los pañuelos azules, los chales, los calzones de cuero, etc. Despues de pintarse el cuer-

po con arcilla amarilla verdosa, uno de aquellos se habia abrigado con una capa de gato gris ó chacal, cortándola en anchas bandas que se arrollan de intento para que se vea por todos lados el sedoso forro. Otros se presentaban embadurnados de blanco ó de gris, y uno se habia barnizado de tal suerte que su descolorida piel semejava la de un hotentote ó bushmano, adornado con dibujos singularmente estrambóticos. Estas gentes eran más aplaudidas cuanto más extravagantes eran sus ejercicios.

Las mujeres, sentadas alrededor en grupos, protegidas contra los ardores del sol por esterillas de caña, batian sus palmas y lanzaban gritos agudos en señal de aprobacion. Pero los aplausos estallaron por doquier al presentarse Majoloque, el antiguo y respetado jefe, el tío de Leshulatebe. Vestido con una túnica flotante y nueva de color escarlata, cubierta la cabeza con un sombrero de anchas alas y completamente negro, saltó hácia adelante con extraordinaria agilidad, y despues de rematar un enemigo imaginario, retiróse cubierto de polvo y de gloria entre la falange de sus amigos. Otro veterano tan robusto como Majoloque, cubierto con una capa azul, que en su entusiasmo arrojó á un lado, desplegó un cuerpo desnudo, pintado de manera que le asemejara groseramente á un blanco, y enmedio de generales admiraciones, se puso á imitar los movimientos de un elefante que evita y acomete á los cazadores que le persiguen. Una banda llegó cerca de las mujeres que la rechazaron inmediatamente. Una de aquellas valientes amazonas, colocando su pié sobre el escudo que abandonara uno de los acometedores, le

retó á que acudiese á tomarle. En resúmen, aquella exhibicion de proezas era muy inferior á lo que habian hecho ante el viajero los fingos y las tribus que habitan junto al Zambezi.

Un orador, suponiendo la proximidad de los enemigos, recordaba la fortaleza de las colinas Quaebia, aquel asilo asentado sobre las rocas, desde donde se habian rechazado tan victoriosamente los ataques de los invasores. Otro, reconociendo los recursos que contra los enemigos ofrecian los montes Quaebia, afirmaba que podia ser funesta esta posicion, porque perecerian ellos y sus bestias por falta de agua. Sin duda, replicaba un tercero, Quaebia ofrece ventajas; pero el enemigo, que tantas pérdidas ha experimentado ya allí, no volverá á caer en el lazo. Otros eran de parecer que se buscara en el lago la seguridad, y les respondian que estaban inutilizados los barcos ó que no inspiraban confianza los bateleros, desde que el adversario pudiese contar con el triunfo. El viejo Majoloque excitó al auditorio á que no tomara medidas bruscas é irreflexivas antes de adoptar las más adecuadas para examinar los peligros que les amenazaban. Este discurso fué acogido con reiteradas aclamaciones de ¡pula! es decir, ¡lluvia! expresion que en un país castigado por las sequias, es sinónimo de bien y bendicion. Levantándose entonces el jefe, censuró la indecision que mostraba el pueblo, y exclamó: «todos me aconsejais que huya, sin indicarme los medios de huir ni el lugar del refugio. ¿Por qué no habla alguno con la prudencia del hombre sábio?»

Aquella tarde recibieron los expedicionarios la visita de un adivino macoba. Poco á poco se formó al rededor de este un círculo de mujeres

y de muchachas, y todas ellas se pusieron á cantar una tonada agradable, aunque monótona, que acompañaban con palmadas cadenciosas. Durante este tiempo, sentado aquel sobre un escabel esculpido, ó sobre una estera de cañas cubierta con una piel para preservarle de heridas, dirigia el canto, marcaba las palmadas, y parecia que se iba excitando gradualmente hasta llegar al momento de la exaltacion. Por último, mostráronse sus músculos agitados como los de una persona que sufre un acceso de fiebre. Entonces comenzaron á ungir con grasa todas sus articulaciones, el pecho y la frente. Lo mismo hicieron con las coristas. Despues sobrevinieron los gestos espasmódicos acompañados de algunos silbidos, y nuestro viajero comprendió que aquella exhibicion estribaba en una verdadera operacion médica, practicada por un hombre que descansaba, cubierto de pieles, á una de las extremidades del círculo. Para hacerle una escarificacion, eligieron la parte posterior del muslo. Entretanto aumentaban los cánticos y las palmadas. Arrojóse el doctor sobre el paciente; tal vez hizo una succion en la herida, de todos modos pretendió que habia chupado la enfermedad. Viósele entonces atacado de convulsiones, y cómo era muy robusto, el que le sostenia veíase precisado á emplear todas sus fuerzas. Por fin, con los ojos fuera de las órbitas y la cara sofocada, se apoderó de su cuchillo, le sepultó en su boca y arrancó un gran colgajo que parecia cuero ó carne. Maravillados los espectadores quedaron persuadidos de que habia arrancado un retazo del cuerpo del paciente y de que habia desaparecido el germen de la enfermedad.

El día 8 fué Baines á examinar el ángulo oriental del lago en compañía de un jóven que le sirviera de mensajero en anteriores visitas. A cada cien metros se encuentran barcas para los pasajeros. No tardó aquel en ocupar una canoa de estas, y en ella se metieron sus dos acompañantes y media docena de voluntarios. Dió al batelero por su trabajo algunos centímetros de tabaco, y los espectadores se sorprendieron extraordinariamente ante semejante rasgo de generosidad, y les asombraba un hecho que calificaban de miedo. Estaban los islotes tan poblados por chorlitos de puntiagudas y rizadas alas, que mató veinte de un solo tiro: luego, abandonando á todos sus compañeros y guías, fuése caminando á lo largo de una cadena de eminencias arenosas que marcaban la antigua ribera del lago, hasta que por último dió con un árbol que le fué fácil escalar. Una vez arriba, distinguió al otro lado de los cañaverales, que medían más de dos kilómetros de anchura, toda la superficie del depósito de agua, y más allá las alturas de Quæbia, que se dirigian de Sur á Sudeste. Cuando regresó Baines á la poblacion, pudo ver que los muchachos del país desplegaban toda su habilidad para rechazar á los bushmanos, y que si los hubiera instigado, les habrían despojado de sus productos, para utilizarlos á su sabor.

Entretanto se habia presentado el hechicero en el campamento con un collar de cuentas de vidrio. Rogó á Chapman que las rompiese. Tomó este la precaucion de marcarlas con tinta, y aquel, no obstante su habilidad, hubo de convenir en que no podia recomponerlas antes de anochecer. Descubrióse entonces un collar

idéntico al anterior, y el mago tuvo la audacia de pretender que se le había facilitado el altísimo, ó sea Barimo, quien segun sus afirmaciones, le había cortado también las orejas, por más que Leshulatebe se atribuyera este milagro.

Después de pasar este tiempo en la ciudad, pusiéronse los expedicionarios en marcha, y el 17 atravesaron el villorrio Macoba, que posee el mismo caudillo á algunos kilómetros de distancia hácia el Oriente. Entre los diez ó doce hombres y mujeres que les fué dado observar, pudieron reconocer que no se distinguen por ninguna particularidad notable, á no considerar tal la mayor intensidad del negro de su piel, comparándola con la de los bechuanas. El delantal de las mujeres se reduce á un trozo de cuero muy oscuro, guarnecido con cuentas de vidrio. Los hombres llevaban una piel de serpiente, cuya longitud era de metro y medio á dos metros, y cuya anchura se reducía á diez ó doce centímetros. Estos pretendían que Zonga dista algun tanto, siguiendo el rio después de cruzar por Macatas, siendo de presumir que han llevado aquel nombre dos individuos, y que el más inmediato al sitio en que se encontraban los viajeros, debía haber vivido en el punto donde el Dr. Livingstone viera por vez primera la corriente del rio de que con tanta insistencia habla en su primer viaje; es de advertir, que el mismo Livingstone hace ya notar que los indígenas designaban también el Zonga con el nombre de *Noka-Batletli* (1).

(1) «Viajes y exploraciones en el Africa del Sur»

El 24 de Abril partieron para el cabo los wago- nes de Enrique Chapman, llevando los di- bujos de Baines y las provisiones de marfil: el 28 partió la caravana para el Zambezi, diri- giéndose hácia el Sudeste. A los nueve kiló- metros y medio, llegaron al punto en que se confunde con el Botletle el rio Tamalucan, que llega del Norte. La altura de los cañaverales le oculta de tal suerte, que se podria pasar por sus orillas sin apercibirse de su existencia. En el segundo se ven grandes extensiones de agua, aunque limitadas por una franja de ca- ñas y yerbatos. Al decir de Chapman, cuando se seca el Botletle forma muchas lagunas, donde se reunen los aligators, abandonando los sitios descubiertos, y llegan á doscientos los que ha visto removerse en una laguna, cuyas aguas disminuian de dia en dia. Tan pronto como se deshace el hielo, salen todas las mañanas en tropel para calentarse al sol sobre una estrecha ribera que apenas tiene doscientos metros de longitud. Al sentir caer entre ellos una bala, precipitase esta masa de reptiles en el agua de una manera tumultuosa, y buscando las profundidades de la laguna, producen en ella una conmocion verdadera- mente espantosa. Algunos presentan un volú- men enorme; sin embargo, el mayor de los que matara Chapman sólo media de siete á siete metros y medio de largo.

«Hé aquí ahora los diferentes nombres del Tamalucan (1). Los bataoanas ó jóvenes leo- nes, oriundos de la raza bechuana, le llaman

por David Livingstone (no Daniel), edicion Gaspar, pág. 25 y siguientes.

(1) El Tamunakle de Livingstone.

en las inmediaciones del lago Ngami, Seleba, y tambien Noka-e-a-Singalo, es decir, rio de Singalo, que es el nombre de un jefe: los macobas le designan con el de Zegaania. Mas arriba le siguen llamando Tamalucan, hasta el punto en que solia embarcarse Sekeletú. Cuando esta corriente se desborda, confunde sus aguas con las del Mabébé, y de esta suerte comunica con el brazo principal del Zambezi, que sin razon llaman Chobé. Este nombre es el de un jefe que habitaba cerca de sus márgenes, lo mismo que el de Zonga, hoy olvidado, que vivia junto al Botletle. El Chobé no es otra cosa que el Okavango, encontrado por Andersson hácia los 17° y 30' de latitud meridional, y los 17° de longitud oriental, en un punto en que este rio contaba doscientos ó trescientos metros de ancho, y en que se precipitaba hácia el Sudeste con una velocidad de cuatro ó cinco kilómetros por hora.

«Me apercibí de que confirma la opinion de M. Andersson el mismo Macqueen, miembro de la Real Sociedad de Geografía, geógrafo eminente y muy instruido, que puede decir, y á mi entender con justicia, que le han enseñado, acerca del interior de este continente, las antiguas relaciones de los portugueses, más de lo que han sabido otros viajeros, comprendiendo entre estos á M. Livingsstone. La línea divisoria entre las aguas que corren hácia el Este y el Oeste, se encuentra á los diez y seis grados de longitud oriental. Allí están las fuentes del Cubango ú Okavando que pasa por Libébé y con el nombre de Zambezi riega á Linyanti y recibe el Liambay.»

Chapman, por medio de preguntas dirigidas á los bushmanos, habia logrado en cierta oca-

sion averiguar que no era profundo el vado de Jamma, por más que lo negaran los macobas, al ver que no alquilaban sus canoas. Así, pues, luego que los viajeros caminaron unos tres kilómetros hácia el Norte, llegaron el día 6 á un punto en que dos arrecifes cruzan el rio transversalmente y conservan en la parte superior un lecho pedregoso y que mide unos cien metros de anchura. La rápida corriente se dirige hácia el Este, pero el agua llega sólo á la rodilla, y se cruza sin dificultad. Despues de recorrer tres kilómetros al Nordeste y uno y medio hácia el Sur, por temor á los pozos construidos para la caza, se detuvieron los viajeros á mil doscientos metros del rio, ya que habian franqueado uno de los principales obstáculos y les era fácil llegar al Zambezi.

El 19 de Mayo se acercaron al shott Ntewa, que Livingstone llama Ntuentué, y durante la noche encontraron varios rios ó torrentes que corrian de Norte á Sur. Al amanecer se disponian á cruzar uno, que tenia ochocientos metros de ancho, cuando se atascó hasta el eje el wagon de Baines en un lodazal. Lograron sacarle, despues de muchos esfuerzos, en el momento en que salia el sol, alumbrando una llanura arenosa sembrada de incrustaciones salinas, que formaban con sus aristas octógonos irregulares, y se hendian, como la arcilla entre nosotros, bajo la accion del sol. En algunos parajes sobresalian ciertas matas de yerba seca y árboles deshojados, entre los que se veía el maruru, que suministra alimento á la crisálida venenosa de los bushmanos. Ciertas líneas oscuras indicaban los puntos en que no habia desaparecido la humedad: el agua salada despedía el barro negro en que se habian hundido

las ruedas, y por lo mismo habia razon para sospechar que se extendia algun brazo de mar hácia el límite meridional del horizonte. El shott salino que recorrian los viajeros, de treinta kilómetros de ancho se extiende unos ciento treinta al Nordeste ó Este. Hácia el Sur se encuentra otro más considerable, porque siendo de la misma longitud, mide de ochenta y seis á ciento doce kilómetros de ancho.

En estas llanuras todo tiene un aspecto frio y árido; la llanura salina semeja á veces á un mar de lodo, cuando desaparecen los efectos del espejismo y no simula considerables extensiones de agua, tan naturales, que los perros acuden á ellas para satisfacer su sed. Segun Livingstone, en ciertas partes de la Ntewa puede determinarse la latitud sobre el horizonte natural, como sucede en los mares, y á este propósito afirma lo siguiente: «Caminábamos por las márgenes de una inmensa salina llamada Ntuentué, sobre la cual se puede determinar la latitud lo mismo que sobre el mar.»

Por aquellos contornos distinguieron los viajeros dos grupos de palmeras que sumaban en junto siete árboles y que como es consiguiente se levantaban en el límite meridional de su zona; hácia el Norte se veian otras diseminadas en la ondulante planicie: una ó dos, completamente deshojadas, se mantenian en pié como estacas sin follaje. A las palmas y las yerbas sustituiian luego zarzales de mimosas, confundidos con pequeños baobabs, con marurus ó árboles venenosos y con mopaneas, cuyo seco y amarillento follaje daba al país un aspecto propio del otoño. Despues se trueca este tallar por un verdadero bosque, y á los 17 kilómetros del shott se presenta un gran estan-



que, situado en una hondonada caliza. Los acechos de los cazadores aparecen en medio de él semejando fortalezas en miniatura y muestran que aquel espacio era solo una reducida laguna. Por otra parte, la profundidad del fondo hacía presumir que algunos años antes ofrecería aquel depósito amplitud suficiente para manejar una embarcacion de recreo.

Entre tanto los bechuanas de Sékomo agotaban todas sus trapacerías para engañar á los viajeros, pretendiendo unas veces que no hallarian agua en el país á que se encaminaban, otras que no existia la tribu que buscaban con empeño y otras que desolaba la guerra aquellas comarcas. Sin embargo de esto y despues de cumplir los deberes que la amistad impone, afirmaban aquellos bárbaros que seguirian á la caravana, no obstante que su jefe continuara inspirando terror con sus relatos y la pretendida ferocidad de las gentes de Mosilicatsi. Despues de una supuesta acometida que fingieron estos auxiliares, llegaron todos el dia 15 cerca del villorrio en que habitan aquellos amigos del desierto tan fieles y sinceros, y todas las mujeres, cuya desnudez era bastante singular, batian palmas y alababan en sus cantares á los que las suministran carne para ponerse gordas. La mayoría de ellas, cargadas con sus utensilios de cocina, marcharon delante con el propósito de acompañar á los viajeros hasta el primer depósito de agua.

De repente se oyeron gritos, y adelantándose Baines, vió destacarse poco á poco una fila de seres que parecian hombres por caminar derechos, pero que alcanzaban una gigantesca talla por sus capuchones y por sus enormes peinados en forma de cascos blancos ó

rojos. Pronto creyeron que la persona que marchaba al frente era una mujer, y un resplandor de las llamaradas mostró por último que toda aquella procesion, más extraña que las visiones de San Antonio Abad, estaba formada por bushmanos, que conducian las piezas tendidas en la caza por Baines. De vez en cuando la mujer, que era robusta, sostenia sobre su cabeza y en equilibrio la de un animal, mientras los demás del acompañamiento llevaban engarzadas en palos la piel y los retazos de carne, que se elevaban mucho más que los hombros del expedicionario. Unida esta á aquel diabólico cortejo, como una catterva de demonios sobre el lago del fuego, echaron por fin á andar.

Atravesando mesetas accidentadas y cubiertas de yerba, la caravana tomó el 20 de Junio un aspecto verdaderamente pintoresco. Al frente y al rededor del wagon caminaban los bushmanos, algunos de los cuales llevaban escudos y armas, si bien eran pocos los que tenian arco y flechas envenenadas. Seguíanles las mujeres con sus faldillas de piel, demasiado cortas: estas llevaban en la cabeza toda una batería de cocina y cuantos efectos pertenecian á sus amos y señores, á excepcion de las armas. Muchas llevaban á la espalda un saco lleno de menudencias que no hubieran podido llevar de otra suerte con comodidad. En la retaguardia iban los damaras con sus bueyes de carga y de cebo. A la derecha, ó sea hácia el Sur, se destacaba la cadena que separa el Ntétwa, y al Norte distinguíase otra que paralela á la ruta llega hasta cerca de Zugarra. El párrafo siguiente merece una reproduccion exacta:

«Por la tarde llegamos junto á una laguna donde encontramos una espera cuyo techo habian arrancado los elefantes. Comprendiendo que desde allí les habian molestado, aprovecharon la ocasion aquellos animales para destruir el chozo. Si los poetas conocieran, por los relatos de los cazadores, la mitad de los rasgos de sagacidad que aquel muestra y las enseñanzas que saca de la experiencia, les pareceria el elefante casi racional. Habíase colocado uno de estos en actitud de quitar el techo á una espera en que se hallaba un *green*, cuando fué herido por un hermano del cazador á quien inquietaba. Ahora bien; la constante práctica nos revela el miedo que inspira cualquier agujero á este animal: desde tiempo inmemorial ha juzgado peligrosos para él los fosos que labran los naturales; ha necesitado por lo tanto servirse de su semi-razon para comprender que en los nuevos chozos el peligro procedia, no tanto de su concavidad como de que cobijan á hombres provistos de armas mortíferas. Tambien está averiguado que burlando los esfuerzos de los naturales para cubrir sus lazos, los elefantes viejos han adquirido la costumbre de caminar al frente del rebaño y descubrir los fosos antes de permitir que avance el resto de la banda.» (1)

Aunque muchas veces hemos hablado del elefante, nos ha parecido oportuno reproducir aquí la siguiente nota :

«Al dia siguiente, entretanto que hacian cuar-

(1) En relatos de este género son notables los Viajes de Baldwin.

tos al elefante, llegaron muchos naturales para celebrar la fiesta: nos hallábamos, como he dicho, en un bellissimo valle cubierto de árboles y regado por innumerables arroyuelos. Queriendo examinar algunas rocas areniscas laminadas, me separé del bullicio y distinguí como á dos millas una elefanta con su cria: estaba ésta revolcándose por el suelo ínterin que la madre se abanicaba con sus grandes orejas; á favor de mi antejo, pude ver un peloton de los mios que se acercaba á atacarlos, y Sekuebu vino á avisarme en aquel momento que se habian ido diciendo: «Nuestro padre verá hoy qué clase de hombres ha traído consigo.» Entonces me encaminé á un punto más elevado para presenciar su modo de cazar. La pacífica bestia, ignorante del peligro que la amenazaba, estaba dando de mamar á su cria, que podria tener unos dos años; en seguida se dirigieron á un charco, y se enlodaron perfectamente todo el cuerpo; la cria retozando con su madre, meneando sus orejas y agitando su trompa, á lo que la madre correspondia con un movimiento de orejas y cola en manifestacion de su contento. Sus enemigos empezaron á silbar con tubos ó con las manos á imitacion de los chicos que silban en las llaves; mientras gritaban otros para llamar su atencion cantando á este tenor: «Oh jefe, jefe, hemos venido á matarte.» «Oh jefe, jefe, otros muchos morirán despues que tú.» «Los dioses han dicho esto,» etc.

«Ambos cuadrúpedos levantaron sus orejas y escucharon saliendo del charco al ver la turba que se acercaba. La cria huyó hácia la estremidad del valle; pero viendo enemigos en aquel sitio, se replegó hácia su madre: colocóse ésta en el lugar del peligro cubriéndola con

su cuerpo, y liándole su tropa como para protegerla más, echó á andar volviéndose á mirar á los cazadores que seguian cantando, chillando y silbando, marchando oblicuamente, manifestando su ansiedad por defender la cria y el deseo de vengarse de sus perseguidores que iban á unas cien varas á retaguardia y á los lados, continuando así hasta que la obligaron á pasar un arroyo. El tiempo que invirtieron en bajar y subir las márgenes, fue suficiente para que se colocasen los cazadores á unas veinte varas de ellas en una altura, y desde allí les dispararon sus picas: hecho este disparo, se vió que la madre estaba herida por la sangre que derramaba de los costados, empezando más bien á pensar en su propia salvación que en la de la cria. Habia enviado á Sekuebu con orden de que me salvarsen la cria. Echó á andar deprisa, mas como ni viejos ni jóvenes corren nunca precipitadamente, antes que llegara se habia refugiado en el agua, y allí la mataron. La madre aflojó el paso, y de pronto se volvió, dando un rugido de rabia, y atacó á los agresores, que se desbandaron describiendo en su carrera ángulos rectos y obtusos; mas como corria á ellos en línea recta, pronto se encontró en medio de todos aunque á bastante distancia, si bien se acercó á uno solo que llevaba un pedazo de tela en los hombros, cosa peligrosa en estos casos: tres ó cuatro veces los cargó, pero en vano; siempre estaban á unas cien varas. Cada vez que pasaba un arroyo, se detenía á mirarlos recibiendo nuevas heridas, de modo, que á fuerza de lanzadas y de perder sangre sucumbió; pero sucumbió heroicamente dando la última carga, que no pudo verificar, pues empezó á bambolearse cayendo muer-

que aparecieron sin nubes. Separé mi vista con un sentimiento penoso de aquel espectáculo destructor de los animales más nobles que pudieran utilizarse tanto en Africa, sin que mitigase mi pena el recuerdo de que el marfil era mio, causa principal de atacar á estos cuadrúpedos. Sentí su muerte, principalmente la de la cria, pues no estábamos tan escasos de víveres, debiendo añadir que no sufrí tanto el día que derramé mi sangre. Para acriminar ciertos hechos, es preciso no haber tenido parte en ellos; y tal vez si antes no hubiese sido reo de igual delito, me hubiera creído más humano al ver matar por mis compañeros aquellos dos elefantes.»

«El primero que se mató era macho y no había concluido de crecer: su alzada hasta la cruz era 8 piés y 4 pulgadas, circunferencia de la mano 44 pulgadas $\times 2 = 7$ piés y 4 pulgadas. La hembra estaba desarrollada, midiendo de alzada 8 piés 8 pulgadas; circunferencia de la mano 48 pulgadas $\times 2 = 8$ piés (96 pulgadas). Posteriormente vimos que los machos ya desarrollados en aquel país miden de 9 piés 9 pulgadas á 9 piés 10 pulgadas: y la circunferencia de la mano 4 piés 9 $\frac{1}{2}$ pulgadas $\times 2 = 9$ piés 7 pulgadas. Doy estos detalles porque se cree regla general, que doblando la medida de la circunferencia de la huella de la mano se tiene la alzada del animal; pues siendo la huella impresa en el suelo un poco mayor que la misma mano, la medida sale exacta, y puede saberse la alzada del elefante que por allí pasara: con todo, las medidas que arriba he presentado demuestran que solo es aplicable esta regla á los elefantes que han llegado á su total desarrollo. Diferéncianse los africanos del Sur de los

ta de rodillas. No presencié toda la cacería, porque llamaron mi atención el sol y la luna indios en su tamaño, siendo mayor el de aquellos; pero en esta region casi son iguales, especialmente las hembras. La única señal para conocerlos es la oreja, que no puede equivocarse en los africanos con ninguna otra, ni aun en pintura. La de la hembra que matamos tenia 4 piés 5 pulgadas de largo por 4 piés de ancho, y he visto á un indigena cubrirse con una cuando llovia y resguardarse completamente. Los de la India las tienen de una tercera parte de este tamaño. La representacion de estos animales en medallas antiguas demuestra que los antiguos sabian perfectamente esto mismo, y así Cuvier afirma que Aristóteles sabia esta particularidad mejor que Buffon.....»

«Lo abundante que es este país en pastos hace presumir que estos animales se desarrollan más que en el Sur, donde no hay tal fertilidad; pero las medidas que he presentado me afirman en la idea que concebí á la simple vista de estos cuadrúpedos, que los del distrito N. á los 20° eran más pequeños que los de la misma casta al S. de aquella latitud. El primer elefante macho desarrollado que mister Oswell y yo vimos junto al rio Zonga, no nos pareció mayor que las hembras que habíamos visto en el Limpopo: allí llegan á la alzada de 12 piés, y en el Zonga uno que medí tenia 11 piés 4 pulgadas, y en este distrito, como dije antes, 9 piés y 10 pulgadas. A medida que avanzamos al Ecuador los colmillos son mayores. Desgraciadamente no puedo hablar de los otros animales del Sur, pues no los medí, y solo por la simple vista me guió para decir que

hacia el Norte se percibe la degeneracion de las castas» (1).

El dia 3 de Julio, despues de cruzar varios bosques de mopaneas y recorrer las orillas de un estanque, más allá de extensos arbolados distinguieron los expedicionarios un horizonte azulado, y era que comenzaban á descender de la meseta. Algunos minutos despues de llegar al lindero del tallar, contemplaron un espléndido paisaje cual no habian visto aún. A sus piés se inclinaba suavemente una colina que les llevaba á un extenso valle, semejante á un parque por sus grupos de acacias y mopaneas. A la parte opuesta se sucedian las sierras cada vez más grises á medida que se perdian en el horizonte. Aquellas ondulantes colinas, que en ocasiones se convertian en verdaderas montañas, prolongábanse al Norte y al Este durante 20, 30 y á veces 50 kilómetros. No podian dudar por lo tanto de que se encontraban en los límites de la meseta de Zambezi. Siguiendo el valle que se dirige al Noroeste, franquearon una ó dos torrenteras desprovistas de agua, pero que son los primeros indicios que se les presentaban de los efectos que las corrientes producen. Despues de inclinarse aún hacia el Norte, hicieron alto junto á un antiguo kraal, donde aparecian algunas chozas abandonadas. Habian llegado á Daca, y poco despues de haber desuncido recibieron la visita de varios calacas.

Allí supieron que habia adquirido fusiles un jefe llamado Dabatt, y que Mosilcatsi, contrario á que las pequeñas tribus de sus fronteras

(1) *Livingstone: Viajes al Africa del Sur*, capítulo XXVIII.

gocen una independencia que no fuera nominal, expidió contra aquel un cuerpo de matebeles, de cuyas resultas pereció Dabatt, fué completamente dispersada su tribu y destrozadas sus mieses. Por eso se vé únicamente en algun sitio un grupo de 20 hombres y de cuatro ó cinco mujeres, en otros 40 de estas y á veces media docena, pero jamás se encuentran niños, porque los ha mandado detener y reducir á esclavitud el bárbaro Mosilicatsi.

En estos parajes es donde afirma Rapret que mató en 1856 un elefante con nueve colmillos, cuatro de los cuales estaban al lado izquierdo y cinco en el derecho, arrancando todos de la mandíbula superior, segun se observa en los casos ordinarios. Los dientes, situados en el punto natural, pesaban entre los dos 27 kilogramos; el par siguiente era un poco mayor y dirigiéndose hácia el interior apuntaba al suelo: en medio de estos pares se veía otro de más reducidas dimensiones, y por último, aparecía el último hácia la derecha: en el lado izquierdo se destacaba un colmillo mucho menor. Ateniéndose á estas y otras indicaciones, Baines trazó un dibujo del portentoso animal, y admitió su existencia desde que supo que habia comprado seis de estos colmillos el sócio de Chapman, lamentando que hubieran destruido el cráneo. Por Booy, mozo que guiaba el wagon, supieron que existe un camino desde aquellos sitios hasta las cataratas, ruta en que no se encuentra la molesta tsetsé, tan terrible para los bueyes, y de presumir es que conduzca al mismo punto otra vía abierta que parte del villorrio de Mosilicatsi.

A propósito del molesto insecto, debemos decir que el doctor Livingstone habia reduci-

do la region de este azote del Africa austral á las comarcas situadas al Norte de Zambezi; pero se encuentra á más de siete grados al Norte del rio; en el círculo de *jungles* que rodea á los campos, segun afirma Burton en su *Viaje á los grandes lagos*. Samuel Baker cree haberla encontrado mucho más al Norte, hácia el grado 15, y en Abisinia, sobre las márgenes del Atbara.

«Es curioso que se vean precisados los indígenas á dejar el país desde que comienza á circular el agua por los cauces de los arroyos por los muchos enjambres de moscas que las acompañan y hacen que perezcan los ganados. Estas moscas, de la especie de la tsetsé sin duda alguna, tienen el tamaño de una avispa, con rayas en el cuerpo: su picadura es tan venenosa que mata toda clase de animales» (1).

Durante el dia 16 creyó Baines haber distinguido una docena de tsetsés, y que tan temibles y pequeños animales se mantenian con el rápido movimiento de alas que les caracteriza sobre el ganado destinado á morir. Detuviéronse durante una hora, si bien bastan algunos minutos para inyectar un veneno que condenaria á una muerte dolorosa, lenta é inevitable, á doce bueyes de tiro, á dos caballos y á todas las vacas. Nadie es capaz de adivinar cuándo ha sido picada una bestia, y solo al cabo de tres semanas, por el extravío de sus ojos y la rudeza de su piel, muestra el animal los primeros indicios de que perecerá gradualmente. Con tales recelos prosiguieron su camino los expedicionarios, y el 19 distinguió Baines el wagon de Sesheli que acampaba en

(1) *Le Tour du monde*, 1866, II, n.º 343.

una llanura, y á Chapman que regresaba de allí, por lo cual se detuvieron á unos 400 metros al Sur.

Despues de las descripciones y observaciones que preceden, tiempo es ya de elegir un punto de vista adecuado para dar á conocer las cataratas Victoria, no sin advertir que para contemplarlas mejor y apreciar su sublime grandiosidad, es preciso que el viajero avance desde el Sur ó sea desde la colonia del Cabo.

Recorrido en varias semanas de dura fatiga el monstruoso desierto situado al Norte del lago Ngami y del rio Botletle, desierto en que solo aparecen algunos charcos y pozos labrados en piedra calcarea y propensos á quedar secos á cada instante, con brusca rapidez se pasa á un anchuroso valle, y se observa que las cadenas pedregosas, áridas y oscuras del primer término se trasforman sucesivamente y resisten los más variados tonos, desde el verde mar y el rojo gris hasta el azul de un lejano horizonte. En tales comarcas aparecen por todas las hondonadas y repliegues del terreno arroyuelos que tributan sus aguas al gran Zambézi, así que el viajero cruzando entre otros los rios Dakay, Matietsia, hace alto por fin en medio de las colinas en que nacen el Onyati y el Búfalo.

Aquí le es ferzoso abandonar sus carruajes, sus caballos, sus bueyes, sus perros y cuantos enseres no puedan trasportar entre unos pocos calacas, y tiene que caminar una jornada á través de colinas formadas por arenas rojizas, azotadas por el tsetse y tapizadas pobremente por las mopaneas y otras variedades de *bauhaenia*, cuyas hojas nacen dedos en dos y dirigen sus puntas hácia arriba desafiando los ardores del sol y brindando sombra al hombre contra los

rigores de aquel. Por la tarde se detiene el expedicionario sobre la vertiente septentrional, y cobijado por algun gigantesco baobab, notará durante la noche un sordo murmullo, muy parecido á los suspiros que lanza el Océano poco antes de estallar una tormenta: aquel aumenta progresivamente, y por último remeda al profundo y monótono rugido de la resaca que se quebrará constantemente contra una roca de bronce.

Estos son los detalles de la marcha que siguieron Baines y sus acompañantes, y de consiguiendo, con guardarse de los sitios infestados por el tsetsé, cualquier viajero puede seguir confiado la misma ruta. Los que verificaron la expedición que describimos, partieron de Wal-fish Bay ó Baía de las ballenas, á principios de 1861, y el miércoles 23 de Julio de 1862 al amanecer se prepararon á recorrer la última jornada. Apenas asomaba el sol sobre el horizonte y despues de recorrer ochocientos metros, uno de ellos, Barry, distinguió ya vapores, y por entre una abertura que dejaban los árboles pudieron contemplar todos la extensa sábana del Zambezi; brillante como un espejo y situada al extremo de una anchurosa perspectiva de colinas y valles. Desde la parte inferior del abismo en que el rio se precipita, elevábanse nubes y neblinas en una longitud de más de mil seiscientos metros. Las más importantes entre aquellas columnas eran las cinco ó seis centrales, pero entre todas llegaban á diez y semejaban exactamente el humo de un cañon que tuviese la forma de columna. En aquel momento, una leve brisa del Este inclinaba las vaporosas cimas y por la parte opuesta eran iluminadas por el sol que aún se encontraba muy

bajo. Las colinas de tonos grises que se percibieran de la parte de allá, se fueron desvaneciendo en lontananza, y la profunda vega de diez kilómetros en amplitud que se extendía á los pies de los viajeros y les separaba del río, fueles mostrando toda clase de formas, oscuras y pedregosas y todos los tonos de las verdosas hojas y de las que el otoño torna amarillentas. Sus ojos fatigados muchos días por el aspecto de las secas y amarillas hojas de las mopaneas, por la aridez de las rocas, por las abrasadas yerbas y por la desolacion del desierto, sintiéronse complacidos ante aquel espectáculo consolador y ante aquel encantador panorama, que solo puede soñar el alma de un artista.

La profundidad y estrechez del valle por donde corre el Zambezi dió lugar á que no le reconocieran los viajeros; pues la descripción de Livingstone les habia hecho creer que el río continuaba por la extremidad oriental, siendo así que no comienza á dirigirse por aquel lado sino á las tres cuartas partes de la hendidura que recibe la catarata. Por otra parte, la porcion inferior aparece casi como un chorro de agua comparada con la extensa masa que la domina, y nada resulta más natural que el considerarla como uno de varios brazos. El cauce de este apareció por fin con formas más precisas; por ambos lados le ciñen escarpadas rocas, cuyos bruscos declives proyectan espesas sombras, que contrastan con las fértiles mesetas que las coronan. El pajizo aspecto de los terrenos hacen creer que están cubiertos de sembrados. Por la parte opuesta é inmediatamente se levanta una cintura de árboles verdes, frescos y umbrosos que circundan la concavidad en que se precipitan las cataratas.

Un poco más lejos, se elevan las blancas columnas de vapor, que mejor pudieran llamarse nubes, puesto que su figura no es tan exacta que se confunda realmente con la de una columna. Con su brumoso velo ocultaban en aquel entonces la parte meridional de la catarata que se sumía en la oscuridad, y por fin, en último término se perfilaba el río, brillante como la plata bajo la acción de los rayos solares y manchado por islas cubiertas de palmas. Con sus grises y calientes tonos mostraban entonces las márgenes los principales detalles y las montañas se confundían á lo lejos con el azul del cielo.

Bajo la acción del viento notábase la humedad de la atmósfera, gracias á las brumosas nieblas que aquel impelia; conforme avanzaban los viajeros, aparecían las yerbas más humedecidas, y muy luego encontraron llenas de agua las huellas de los elefantes, de los hipopótamos y de los búfalos, conforme iban aproximándose, hasta que se hallaron bruscamente frente á frente con las cataratas y situados en la parte meridional. Por el ángulo occidental que tenían más próximo y al comienzo de la caída, un golpe de agua, que según Baines mide sesenta metros y según el doctor Livingstone treinta y seis, precipitábase en voluminosos borbotones sobre rocas acantiladas. La pendiente disminuye en algunos piés la altura del salto y forma un canal que recibe mayor cantidad de agua, y se lanza tan violentamente que queda convertido en un torrente de irregulares borbotones y blanco como la nieve. Este torrente arroja al aire lijeros vapores, que imitando una multitud de diamantes alumbrados por los rayos del sol, brillan y fulguran

antes de que aquel se arroje desde el borde al fondo de los abismos.

En seguida interrumpe la cascada una roca lisa y perpendicular; en su base, forma un botalaral y en la cima está coronada por céspedes y por árboles cuya sombría verdura se mantiene eternamente, gracias á la humedad que los sostiene. Cuando el sol se coloca al Norte, el purpúreo frontis, casi negro cuando le cubre la sombra, aparece profundamente hendido y dá paso á tres corrientes menores que parecerian rios á no hallarse junto á otras masas mucho más considerables. A los cien metros comienza una porcion muy importante de la catarata, que de un solo golpe mide ochocientos metros y presenta una perspectiva magnífica desde el cantil de los tres arroyos ó isla Boaruka del doctor citado, hasta la ribera occidental de la isla del Jardin. Conservando su primitiva altura el peñasco no presenta desgaste alguno, y esto contribuye á que sea mayor la elevacion de la cascada, pero en cambio amengua la profundidad de la sábana que se precipita por allí. Además, como no existe ningun talud semejante al del canal, cuyas aguas se rompen, la corriente desliza en majestuosa calma y no se abre paso á viva fuerza. Verdad es que ciertos salientes y puntas de la roca originan rápidas y ligeras cascadas en miniatura; pero apenas alteran la uniformidad de la superficie, cuyo azul es profundo antes de llegar al borde, punto en que sufre un cambio enérgico. Doquiera que forma la roca un canal para dar paso al agua, esta salta hácia adelante en proporcion á su volúmen y á la rapidez de su curso, formando surtidores más ó ménos verdes y trasparentes durante los primeros metros, y

que muy luego se funden en masas cuyas más leves partículas se separan al caer y dejan rastros de un polvo vaporoso á la manera de los cometas y las locomotoras.

El conjunto, aun antes de llegar al abismo, se convierte en una espuma lanosa, blanca como la nieve, que no parece agua y que recuerda las descripciones de la cascada de Staubbach, puesto próximo á Lauterbrunnen en Suiza (1).

El Zambezi se hallaba entonces muy bajo, circunstancia que explica las soluciones de continuidad que se notaban en la sábana de agua: sin embargo, no quiere decir esto que ofrezca alguna vez la regularidad continuada de los grabados de Livingstone. En varios puntos asomaban sus cimas grandes masas roquizas, rompian la uniformidad y hasta el suelo estaba atravesado por puntas de rocas negras. A los lados de estos islotes caian chorros harto insignificantes para que describiesen curvas como las demás. Muchos de ellos, ya por dispersarse entre las rocas levantadas por el viento que arroja torbellinos desde el fondo del abismo, sea porque les absorban los vapores que se elevan hácia las nubes, parece que no descienden nunca al inmenso precipicio.

Si se dirige la vista hácia aquella vaporosa perspectiva, que se pierde en el Oriente, no hay palabras que expresen lo que inspira, ni lograria representarla el más hábil pincel, sobre todo si se sorprende la catarata en el momento en que la brisa confunde todas las columnas en una sola. Imposible es que la imaginacion del hombre conciba nada más ex-

(1) Las aguas caen divididas en más de veinte chorros desde una altura de 925 piés.



pléndido que aquellos irisados arcos, cuyo resplandor no pueden resistir los ojos, cuyos segmentos se levantan desde el abismo, y son tan profundos que pueden penetrar en ellos los rayos del sol, y con la inmensa curva coronan brumas, rocas y selvas hasta que les falta en las alturas la humedad á que deben su existencia.

Caminando hácia el Este á través del lodo, de los árboles, de los estanques cubiertos de yerba y de las parras cuyas hojas gotean constantemente, se cruzan sitios cuya grandeza y magnificencia aturde la imaginacion. Cuando ya se ha pasado más allá de la isla Central ó del Jardín, que interponiendo su masa cortada á pico, divide la cascada en dos grandes sábanas, aún no se puede medir la longitud, porque se pierde entre la neblina el otro extremo. En algunos puntos cruza el césped en la misma orilla, y pudiera creerse que los árboles han perdido las ramas delanteras, siendo cortados al nivel de la roca por el impetuoso viento que sube del derrumbadero. En diversos sitios aparecen intervalos espaciosos de rocas, con oscuros tonos de púrpura y sobre las cuales serpentean las lianas entrelazadas. Al acercarse al borde de aquel abismo, mira aterrorizado el hombre aquel terrible y turbio herbidero y se siente arrastrado por la influencia del agua que cae y cae sin acabarse jamás.

Los expedicionarios proseguian avanzando, y ya se mostraba el fin meridional de la catarata por un claro del bosque, cuando Chapman se detuvo bruscamente ante una manada de búfalos, que hubieran dado á los viajeros una terrible carga, pero que retrocediendo se colocaron al borde de la inmensa cortadura, é

hicieron creer que se precipitarían para evitar las balas, pero encarándose nuevamente hubieran puesto en peligro las vidas de sus perseguidores si los rápidos disparos de estos no les hubieran alejado.

La catarata se dirige de Occidente á Oriente sin ofrecer gran desviación; pudiendo establecerse que su latitud es de 17 grados y 55 minutos hácia el Sur.

Al amanecer el día 24 despertó á nuestro viajero el monótono y continuado ruido que aquella produce, y pudo observar que vaporosa y sombría nube se elevaba en columnas de formas irregulares y que se extendía hácia la parte oriental, semejando una humareda en cuanto que no pasaba de cierto límite. Sin cambiar nunca de sitio, manteníase suspendida por cima del lugar en que se originaba, no sin que su cima se inclinara y ondulara á la manera de las palmas al impulso de una leve brisa. Observando la salida del sol que aparecía por un costado de la vaporosa nube, notó Chapman con extrañeza que no se producían efectos de luz y que se conservaba la opacidad de la niebla.

Esta se elevaba á doscientos veinticinco ó á ciento treinta metros de la cima de los árboles, según el punto en que crecían estos. Agregando á estas cifras las de veintisiete metros que corresponden á las plantas citadas y los ciento de profundidad que mide el abismo á juicio del doctor Livingstone, resultará que á partir de su base la columna vaporosa cuenta trescientos cincuenta y siete metros de altura.

Colocándose en la parte superior y occidental, se ve que el curso de las aguas lento en un principio aumenta gradualmente con rapidez,

y por último se lanza con una violencia proporcional á la inclinacion del talud. Desde el borde del canal occidental y vista desde arriba esta masa de espuma que hierbe bajo los plés en confusion vertiginosa, es fácil percibir que más allá y en el fondo del estanque se abre el agua paso hácia el Este, y á través de los claros que ofrece el vapor de vez en cuando distinguense tambien otros arroyos que se precipitan por las roturas del acantilado y aun algunas brazas del salto que cae por aquella parte de la isla del Jardin. Este espectáculo no es sin embargo el más grandioso que allí se presenta: cien metros más allá y una vez doblada la extremidad occidental del abismo, mirase en frente la masa de espuma formada por el agua azotada y sus ascendentes partículas brillan como plateado tamo ante el naciente sol. Al otro lado de la isla del Jardin, extiéndese un depósito de apacibles aguas que tiene unos setenta metros de anchura por ciento veinte de longitud. Más adelante termina bruscamente el bosque y la pradera queda cortada por una profunda brecha, desde la cual se miden cerca de trescientos metros de cascada, siendo fácil observar que lejos de pertenecer las aguas que por allí corren á uno de los ríos cruzados anteriormente por los expedicionarios, arrancan precisamente del fondo del barranco y por lo mismo se dirigen hácia el Este y el Oeste las aguas de tan admirable catarata.

En este brazo se notaba ese verde oscuro que indica una profundidad considerable, y la lentitud de su movimiento en el estrecho recodo que forma á poco de aparecer el cáuce no parece sincerar las dificultades que presenta cuando se pretende remontar aquella corriente.

Sin embargo, Baines cree que podría lograrlo una barca de balleneros bien manejada y aún que se podría llegar hasta la base de la catarata y mantenerse allí breve espacio. Imposible es consignar todos los detalles observados. Así, por ejemplo, desde la roca que domina el precipicio junto al salto, llamado *agua batida* y por la parte occidental de aquella, que se puede considerar como la más saliente de la cortadura, nótase que hácia al Norte ó sea hácia la parte superior, el peñon proyecta una especie de bóveda y que la corriente se ve estrechada más y más por los materiales acumulados y que han ido pasando por una escotadura de la roquiza masa. De esta depresion parten dos ó tres brazos que á estar aislados se juzgarian verdaderos ríos, y despues de buscar salida entre las rocas y los árboles, caen tan perpendicularmente como es dable entre los salientes de aquel muro y cubren el abismo de tal neblina que no se le distingue desde lo alto.

A partir de la escarpa de los tres arroyos hasta la márgen occidental, el canal va acentuando su pendiente, el caudal es mayor, las aguas se precipitan rápidamente formando espumosas ondas, y más adelante, plateadas, brillantes y bullidoras caen al fondo, dejando en pos de sí vaporosas ráfagas que pudieran compararse á las nebulosas de los cometas. Esto explica que al caer de la tarde aparezca el arco iris y se eleve poco á poco hasta inundar de espléndidos colores, las aguas, los vapores y los peñascos, dando lugar á una magnífica y sorprendente combinacion, cuyo efecto es indescriptible. Allí aparecen en grandioso contraste las irisadas tintas, los tonos indecisos de la niebla y las sombras del bosque,

despertando la idea de la omnipotencia del Creador y la pequeñez de las humanas concepciones.

La escotadura de los tres arroyos presenta una bóveda singular. El muro sobre que se apoya va avanzando oblicuamente hácia adelante y su base cae en la vertical del saliente superior. Esta dá lugar á pensar en su primitivo desprendimiento, cuya masa en forma de cuña presentaba la cabeza en la parte superior. Por otra parte, una vez examinada la configuración inferior del acantilado y el aspecto del canal que dá salida á las aguas, todo induce á creer que su caída amontona materiales en la parte inferior y determina el avance del muro posterior en progresion interminable.

Examinando cierto dia los alrededores de aquellos sitios extraordinarios, pudo cerciorarse nuestro viajero que del abismo donde caen las aguas se separa un profundo y estrecho cáuce con direccion al Noroeste, hasta separarse unos quinientos pasos del límite occidental de la catarata y que continúa despues de una vuelta rápida en sentido contrario por una estrecha hendidura, donde dista ochenta metros del suelo la superficie de la verdosa y oscura corriente. A examinar este sitio se encaminó nuestro viajero el dia 1.º de Agosto, y sentado en el ángulo que forma el brazo inferior pudo ver el insondable remanso que se forma en el ángulo de aquel cáuce, desde cuyo vértice se dominan sus dos sorprendentes surcos, siguiendo una direccion casi paralela. En otra ocasion se trasladó al Oriente, gracias al auxilio de un natural y al recurso de una canoa, y despues de descender por el rio y examinar la isla llamada *Jardin de Livingstone*, vió

que la depresion Oriental era menor y que las aguas se deslizaban formando arroyuelos. En aquellos sitios las rocas no aparecian tan saturadas de humedad, la vegetacion variaba de aspecto, las aves saltaban de árbol en árbol y todo hacía creer que dominan ordinariamente los vientos de Levante y empujan hácia el Occidente los vapores de la catarata.

El dia 5 de Agosto, despues de terminar la chaqueta que le obligó á confeccionar el jefe Mochotlani, presentándose á su vista completamente desnudo, Baines emprendió nuevamente sus escursiones, y se encaminó hácia el espeso bosque situado al Sur de la parte oriental de la catarata. Al aproximarse á ésta notó que se mantenía seco el terreno hasta los doscientos ó trescientos metros de distancia, gracias á la direccion del viento; pero muy luego aparecia resbaladizo y solo ofrecia al observador espesas nubes de yerba y troncos ennegrecidos. Sin embargo, descubierta una bajada ordenó nuestro expedicionario á sus bushmanos que le siguiesen, y se adelantaron bajo el húmedo cobertizo que forma la roca á lo largo de una garganta que ofrece el escotado peñon y se halla obstruida por copudos árboles. A medida que se adelanta la lengua de tierra descende y se estrecha; desaparece el monte y las yerbas que ocultan las anfractuosidades del terreno, y por último se presenta una muralla oscura desprovista de vegetacion, unida y lisa por el lado de la cascada y cortada irregularmente y formando peñascos hácia la garganta del Sur, único lazo que une aquella porcion del alcantilado con la salida del rio inferior. En esta escursion pudo convencerse Baines de que los saltos de aquella parte no arras-

tran la enorme masa de agua que forma los lados opuestos y en muchos puntos se reducen á verdaderas neblinas.

El día 7 pretendió el viajero adquirir noticias acerca del Cafué y otros rios, y habló á Mochotlani del accidente que experimentó Green en el riachuelo próximo á Libebé, donde volcada la barca por un hipopótamo, los aligatores hicieron presa de los indígenas y de M. Bonfield. Ante semejante narracion, el indígena se contentó con calificar de dañinos á semejantes animales, y con anunciar que en noches anteriores uno de ellos le habia arrebatado á una de sus hijas y el hermoso collar de cuentas que con su permiso llevaba aquella.

Con admirable maestría les condujo á través de las cascadas el mismo guía que en 1855 llevó á los piés de las cataratas al Dr. Livingstone al cacique Sekeletu. Manteniéndose de pié sobre la proa, hacía deslizar suavemente la barquilla y la mantenía en equilibrio con los piés al verificar el peligroso paso: los hipopótamos sacudian con furia la bulliciosa corriente como reprochando al atrevido barquero su audacia y el atrevimiento con que osaba despertarles de su perezoso sueño: la situacion de los navegantes era demasiado crítica para pensar en darles caza.

Cuando se hallaban á unos 90 metros de la orilla, cambió rápidamente de rumbo y entró la barca en las aguas tranquilas que bañan la costa oriental de la isla del Jardín, así llamada, del que Livingstone plantó en ella en 1860, nombrado tambien por los indígenas Kaz-cruka.

El panorama que se ofrece al espectador por el lado de Oriente, es grandioso y apenas pue-

de tener igual en el mundo. Proyéctase la escarpada roca de la ribera acortando la distancia que la separa de la catarata y presentando de frente al espectador toda la bellísima série de cascadas que realzan la magnificencia del gigantesco salto, de manera que el fondo de la perspectiva está en el extremo de la catarata, y el espectador contempla como desde un balcon grandioso, aquella más grandiosa obra de Dios Omnipotente envuelta en un finísimo velo de gasa cristalina. El agua, alternativamente blanca y trasparente, salpica como lanzada por un brazo Todopoderoso las enormes rocas negras que se destacan á través de las nubes de polvo y de la niebla, como espectros vagos, y más cerca cubre la atmósfera una delicadísima nube trasparente, rasgada por brillantísimos colores que sin cesar serenuen y se cruzan; y este cuadro inconmensurable, trazado por el Divino Artista, tiene por marco el arco iris que en círculo inmenso termina en los dos extremos de la roca que sirve de balcon, y por sobremarco otro arco iris de colores más apagados y puestos en sentido inverso. Cuando el espectador, vuelto de su asombro, se atreve á dirigir una mirada al abismo que tiene á sus piés, vé trazada su sombra á cien metros de distancia sobre las turbias aguas, que agitándose con increíble violencia han llegado á formar en la sucesion de los siglos el gigantesco pozo en que descansan despues de la caída.

El sol bajaba con una ligereza que disgustaba á nuestros viajeros: el viejo piloto les intimaba la órden de marcha, y al retirarse de la encantadora escena, se detiene tan solo un momento delante del árbol en que los dos Li-

vingstone grabaron, «por única vez su nombre en el trascurso de sus viajes.» (1). El animoso barquero lucha de nuevo contra la corriente y lleva la navecilla á donde quiere, buscando los sitios más tranquilos, y empujándola con admirable maestría hácia los únicos pasos franqueables á través de las cascadas, salta al agua con increíble ligereza para hacerla subir á fuerza de brazo el plano inclinado y con la misma rapidez entra en el esqui-fe cuando logra ponerle horizontal. A 800 metros de la catarata disminuye la lucha y desaparecen los peligros de ser sepultados en el abismo; pronto reaparecen los hipopótamos que se burlan de las balas de nuestros viajeros, y poco despues entraban estos en su campamento.

Por encima de la catarata tiene el rio 1.860 metros de ancho, y la longitud de aquella con las cascadas que la preceden se calcula en dos mil metros: sin embargo, estas medidas son susceptibles de correcciones.

El 1.º de Setiembre partió Chapman en busca de su furgon, que estaba á unos 30 kilómetros del vivac, entre los rios Matietsi y Daka, en el lugar llamado Boana, y cuatro dias más tarde se trasladó Baines á la colina Lagier, situada á unos dos y medio kilómetros agua arriba de la isla de Molomoe-tolo, donde auxiliado por gran número de indígenas empezó á construir las partes que faltaban á su barco de cobre, á fin de ponerle en disposicion de servir para más largas travesías por el Zambezi. Pero cuando los trabajos tocaban á su térmi-

(1). Las inscripciones eran D. L. 1855 y C. L. 1860.

no, y los dos viajeros, otra vez unidos, discurrían sobre los medios de verificar el descenso por el gran río, un ataque de fiebres malignas vino á destruir sus planes, obligándoles á regresar á los terrenos más secos y más elevados del desierto y á retirarse por entonces del principal objetivo de su viaje.

Terminamos esta narracion, recordando á los lectores de los **DESCUBRIMIENTOS** los nombres de los viajeros que visitaron antes de Baines la famosa catarata del Zambezi, llamada en otro tiempo *Shonqué* ó lugar del arco iris; más tarde *Mosioa-Tunya* ó humo que hace el ruido del trueno y designada por los europeos con el nombre de Victoria.

En 1851 llegaron Livingstone y Oswell á un punto que dista dos jornadas de la catarata: Chapman se dirigia á ellas en 1853 por el mismo río, pero no alcanzó el término deseado, porque los conductores de la barca se negaron á seguir el viaje por temor á los matebeles. En 1855 el mismo Livingstone y Oswell, acompañados de Sekeletu y de una escolta de 200 hombres, hicieron una visita demasiado superficial á las cascadas, pero en 1860 los dos Livingstone, David y Carlos, la visitaron con más detenimiento y encontraron al cazador Baldwin que estaba prisionero en una isla. Pero la descripcion de Baines aventaja á la que nos han trasmitido estos viajeros y á la de Ricardo Glyn y de los hermanos Bart que visitaron la catarata un año más tarde: ella precisamente nos ha movido á incluir en los **DESCUBRIMIENTOS** la reseña que cerramos con estas líneas. La primera descripcion del gran viajero adolece de inexactitudes que no pudo evitar, atendidas las circunstancias en que visitó

aquella maravilla. La segunda, ó sea la de 1860, es más completa, pero los expedicionarios no descendieron al *Dyke*, colocado en frente de la *punta de los Büfalos*, ni visitaron los demás promontorios, ni recorrieron la márgen occidental del río, para formarse idea de sus zig-zas gigantescos: hé aquí, por qué los grabados del doctor son insuficientes para representar la catarata, y así lo hace constar él mismo con levantada nobleza. Para que nuestros lectores puedan hacer la comparacion por sí mismos hemos creído conveniente reproducir aquí la primera descripcion de Livingstone que es tambien la que más diferencias presenta con la bellísima del viajero que nos ocupa (1).

«Al cabo de veinte minutos de navegacion desde Kalai, llegamos, por primera vez, á la vista de las columnas de vapor, llamado propiamente «humo» que se levantan á una distancia de cinco ó seis millas, exactamente como cuando se queman en Africa grandes campos cubiertos de yerba. Se elevaban á la sazón cinco columnas, é inclinándose en la direccion del viento, parecian apoyarse contra una colina cubierta de árboles. Vistas de lejos las columnas parecian confundirse con las nubes. Eran blancas en la parte baja y en la alta de color oscuro, á modo de humo muy espeso. Toda la escena era en extremo hermosa; las orillas y las islas estaban adornadas de vegetacion silvestre muy variada en color y forma. En la época de nuestra visita habia muchos árboles floridos, cada uno con su fisonomía propia.

(1). Exploraciones en el Africa meridional, capítulo XXVI.

Dominándolos á todos se veía allí al gigantesco baobab, cuyas ramas enormes formarían otros tantos troncos de grandes árboles, además de los grupos de elegantes palmeras, que hermo-seaban la escena con sus hojas parecidas á plumas. Como geroglífico significan «lejos de la patria,» pues sea en una campiña, sea en un cuadro tienen siempre aire extranjero. El plattedo mohonono, que en los trópicos se asemeja al cedro del Líbano, contrasta agradablemente con el negro motsouri, en forma de ciprés y cargado de fruta de color de escarlata. Algunos árboles se parecen á la encina, otros toman el carácter de nuestros olmos y castaños. Lo único que falta al magnífico cuadro es la vista de las montañas en el fondo. Por sus tres lados limitan á las cascadas alturas de trescientos á cuatrocientos piés, cubiertas de bosque con el suelo colorado apareciendo entre las árboles. A cosa de media milla, dejé la canoa en que habia navegado hasta allí, y me embarqué en otra más ligera, con hombres que conocían las corrientes, y que me llevaron á una isla situada en medio del río, y en el borde del lomo por donde corre el agua. Era peligroso acercarse, por la facilidad de ser arras-trado en el curso de los torrentes que se precipitaban de varios puntos de la isla; pero el río estaba ahora bajo. Habíamos llegado ya á la isla; nos hallábamos á pocas varas del sitio, cuya vista resolvería el problema, y sin embargo, creo que nadie podría distinguir á dónde se dirige tan enorme cantidad de agua. Parecía perderse en la tierra, pues el borde opuesto de la grieta por donde desaparece no está más que á ochenta piés de distancia. A lo menos yo no comprendí la verdad hasta que, arras-

trándome con temor al borde, miré y ví una grande hendidura practicada de orilla á orilla del Zambezi, y que un rio de mil varas de ancho saltaba de unos cien piés de altura, y luego era de improviso encerrado en un espacio de quince á veinte varas. Las cascadas son simplemente una grieta hecha en una roca basáltica desde la orilla derecha á la izquierda del Zambezi, y que en seguida se prolonga al través de treinta ó cuarenta millas de montañas. Si se mira dentro de la hendidura á la derecha de la isla, no se ve más que una espesa nube blanca, que, cuando visitamos el sitio, tenia dos brillantes arco iris (el sol estaba en el meridiano y la declinacion era poco más ó ménos igual á la latitud del punto). De esta nube salia una columna de vapor, que se elevaba á doscientos ó trescientos piés: y condensándose allí, cambiaba su color en el de humo negro y descendia en constante lluvia, que nos llegó pronto á la piel. Esta lluvia cae principalmente al lado opuesto de la grieta, y á pocas varas del borde, donde crecen estrechos grupos de árboles siempre verdes, cuyas hojas no dejan nunca de estar húmedas. De sus raices bajan al abismo multitud de arroyuelos, que no tocan jamás al fondo; pues la columna de vapor, en su ascenso, los lame y deja limpia de ellos la roca.

A la izquierda de la isla, vimos el agua en el fondo, como una masa blanca rodando hasta la prolongacion de la grieta, que se divide en varias otras junto á la orilla izquierda del rio. Un pedazo de roca que cayó de una altura, al lado izquierdo de la isla, sobresale en medio del agua, y juzgando por él, calculé que aquella recorre unos cien piés en su descenso. Las

paredes de esta hendidura gigantesca son perpendiculares, y compuesta de una masa homogénea. El borde del lado por donde se precipita el agua está gastado como dos ó tres piés, y se han desprendido algunos pedazos, lo cual le da en cierto modo el aspecto de una sierra. Aquel que no sufre la presión del agua es estrecho, ménos en el extremo izquierdo, donde hay una abertura, y un pedazo parece próximo á caer. En su totalidad, se halla casi en el mismo estado que en el período de su formación. La roca es de color oscuro, excepto á diez piés del fondo, donde está más clara, á causa de la subida anual del agua á aquella ó á mayor altura. En el lado izquierdo de la isla disfrutamos la hermosa vista del volúmen de agua que forma una de las columnas de vapor al descender; pues salta clara de la roca y baja hasta su pié como un espeso vellón de blanca lana, que me recordó la nieve, espectáculo que hacía mucho tiempo no veían mis ojos.

He dicho que vimos cinco columnas de vapor subir de este extraño abismo. Evidentemente están formadas por la compresión del agua al caer con fuerza en un limitado espacio. De las cinco columnas, dos á la derecha y una á la izquierda de la isla, son las más anchas, y los ríos que las forman parecen exceder cada uno en tamaño á las cascadas del Clyde en Stonebyres, durante el período de inundación de este río. Las aguas del Liambay estaban entonces en su período de ascenso; pero á lo que pude conjeturar, había una creciente de quinientas á seiscientas varas de agua, que, al borde de la cascada, parecían tener á lo ménos tres piés de profundidad. Escribo con la esperanza de que otros más capaces que yo

para apreciar distancias visiten esta escena; en cuanto á mí, me limito á referir las impresiones que experimenté. Creia y aun creo que el rio más arriba de las cascadas tiene mil varas de ancho; pero soy un pobre juez de las distancias en el agua, pues habiendo mostrado á un amigo inteligente en la materia, lo que suponía ascender á cuatrocientas varas en la bahía de Loanda, él, con gran sorpresa mia, declaró que ascendía á novecientas.

Con respecto al dibujo, no debe echarse en olvido que fué sacado de un mal bosquejo, en el que solo aparecian las columnas de vapor. El artista ha dado una buena idea de la escena; pero por via de explanacion, ha mostrado más profundidad de la grieta que la visible, excepto si se va junto á la orilla. La columna de la izquierda y la otra más distante, son las más pequeñas, y todas debieran tener las puntas más cónicas.

Los macololos dicen que la grieta es mucho más profunda hácia el Este; y hay un sitio donde las paredes están inclinadas de modo que las personas acostumbradas á ello, pueden bajar deslizándose sentadas. Una vez los macololos, yendo en persecucion de algunos batocas fugitivos, los vieron, incapaces de parar el ímpetu de su fuga ya á la orilla, caer al fondo literalmente hechos pedazos.

Aunque el borde de la roca por donde el rio se precipita no presenta gastados más de tres piés, y aunque no parece que la pared opuesta lo está en las partes que se ven, es, sin embargo, probable que más arriba de las cascadas, los lados de la grieta hayan cedido á la presion, y que las partes que no se ven sean más anchas que la «cinta blanca» de la superficie. Tam-

bien puede que existan algunas ramificaciones de la grieta, que den paso á las aguas por debajo de las rocas; pero en el particular nada sé.»

A fines de 1868 se estaba equipando en Londres una expedición, que debía explorar los campos auríferos del Africa meridional, y los propietarios que costeaban sus gastos invistieron á Baines con el honroso cargo de jefe y le dieron por agregado el mineralogista Mr. Nelson (1). El 19 de Diciembre abandonaron aquel puerto en el vapor *Asia*, y en Febrero del año siguiente les vemos atravesando la colonia Natal, Transvaal y Orange: desde la orilla opuesta del Marico empezaba el verdadero campo de sus exploraciones. Atravesaron el valle de este río, y cruzando el Machutzia entraron en el país de los makalakas para luego acampar á orillas del Kumala, tributario del Zambezi. Aquí dejaron de reserva uno de sus carros-furgones y con el otro continuaron su ruta Baines y Nelson por el país de los matebeles, alcanzando el 3 de Setiembre el paralelo 17° 30 latitud meridional que atraviesa los pozos auríferos antiguamente explotados por los mashunas, cerca del Muzisaulia, tributario del Umfuli, que á su vez lo es del Zambezi. Toda la region de los makalakas, por espacio de 200 millas, está surcada por infinitos afluentes del Limpopo, que hacen *pendant* con los del Zambezi que corren en direccion opues-

(1) *Account of Mr. Baine's Explorations of the Goldbearing-Region between the Limpopo and Zambezi rivers*, en el *Journal of the R. G. Soc.*, 1871, vol. 41, pág. 100—132.



ta, según lo indicó ya Mauch (1). Este mismo viajero nos ha dado también noticias exactas en general de la orografía de dichas comarcas, completadas hoy notablemente por Baines, Mohr, Erskine y otros viajeros, cuyas exploraciones damos á conocer en los **DESCUBRIMIENTOS**: el mapa nos señala con más precisión que nosotros pudiéramos hacerlo, el delineado de las pendientes, algunas de las cuales se elevan por encima de los 7.000 piés sobre el nivel del mar.

Al recorrer el país de Matebele visitó Baines á Matchen, jefe de la tribu Bamangwato, en su residencia de *Shoshong*. Cruzando luego el río Machutzia se encontraron al día siguiente, 8 de Junio, á orillas del *Tati*, donde hallaron varias brigadas de mineros que habían ya construido pozos de 40 á 50 piés de profundidad, de los que sacaban *blocks* de cuarzo salpicados de chispas auríferas. Latitud de este punto 26° 26' Sur. El río Tati es tributario del Shashi que á su vez desemboca en el Limpopo, no lejos de Zutpansberg.

Cinco días tardaron en llegar de aquí al Mangwe, donde se avistaron con el inglés Lee, agente en este sitio de los matebeles, cuyo pueblo de Manyama encontraron en seguida. Siguiendo su ruta Baines acompañado de Lee, cruzó el Mangwe y el Shashani, que son los dos últimos afluentes del Limpopo, y distan entre sí 17 millas. Hacia el paralelo 19° 42' 49" traspusieron el desfiladero de unas colinas y estimaron su altitud en 5.050 piés sobre el mar, á pesar de lo cual la temperatura se mantenía

(1) Véase pág. 186.

entre los 31° y 32°, durante la noche, y subía en el día á 66° y á veces á 74 grados.

El 8 de Julio dieron vista al Kumala, primer tributario importante del Zambezi; descansaron algunos días á orillas del Mampanyeni, en el 19° 18' 10" lat. Sur, cerca de la residencia de Um-Numbata, y al examinar sus alrededores vieron otros afluentes del gran río. Mas al N. pisaron terrenos arenosos y roquizos, valles ceñidos por colinas graníticas y sembrados de rocas cuarzosas y de esquistos que aparecían en completa desnudez sobre el suelo, alternando con tan agrestes llanos y cerros, sitios floridos, á los cuales daban sombra baunias, probeas y mimosas, mientras que en las colinas predominaban las euphorbias y candelabra. En toda su marcha les acompañó una cadena principal que se destacaba de las otras, elevándose á 3.000 y 4.000 piés sobre el nivel de las aguas. Tambien llamaron su atención las hermosas riberas de algunos ríos, como las del Uzwezwe.

Cerca del Inzinghazi vió por primera vez el *Starus-Buck* ó antílope de las arenas, y dos días más tarde, el 1.° de Setiembre, le salió al encuentro un jefe mashuna llamado Amabunda, que le condujo por entre unas pendientes y campos sembrados de granos á su kraal, situado sobre una série de rocas muy agrestes. Saliendo de aquí en dirección á Oriente, observaron que el cuarzo se hacia á cada paso más abundante; encontraron luego depósitos auríferos, y sin permitirse más que un ligero descanso en un kraal mashuna, siguieron explorando la comarca y hallaron nuevas minas desde las márgenes del Kanyamatimha hasta el paralelo 17° 35' Sur.

Su mejor hallazgo fué el de unas minas de oro, situadas bajo el paralelo 18° 10' lat. Sur y 30° 50' long. E. de Greenwich á 3.525 piés sobre el nivel del mar. Habian sido explotadas por los cafres mashunas, que, segun todos los indicios las abandonaron cuando las hordas matebeles de Mosilicátsi les hicieron abandonar sus hogares. Algunos ancianos de la comarca hacen aún memoria de los tiempos en que sus compatriotas buscaban el oro en estos sitios, y hoy mismo aunque sometidos á extranjero yugo, son los mashunas industriales y trabajadores, fabrican el yerro, cultivan el algodón y hacen algunos tegidos toscos. Sin instrumentos de ninguna clase tan solo podian sacar algunas chispas de oro por procedimientos naturales y muy rudimentarios, semejantes á los que vemos empleados por otros pueblos no civilizados (1); por esta razon habian dejado á orillas de los pequeños pozos abiertos ó cubriendo estos todos los trozos de cuarzo que parecian más pobres en mineral. Pero M. Nelson opinó que aplicando solo una pequeña parte de los medios que suministra la industria moderna, podría sacarse no escaso partido de estos depósitos, y determinó pedir al régulo Um-Numbata la propiedad de los terrenos y la autorizacion para explotar las minas. De los trozos de cuarzo aurífero llevados á Inglaterra y escogidos entre los desechos abandonados, dió uno 0,825 y 1,950 onzas de oro por tonelada; otro 0,975, 3,125, 3,500 y 8,150 onzas por tonelada, y uno dió hasta

(1) Un ejemplo puede verse en nuestro libro *Iran ó del Indo al Tigris*, pág. 82.

60,77 onzas de oro. También halló galena argentífera diseminada por los pozos entre el cuarzo aurífero. El mineralogista inglés observó además que el oro nunca se encuentra en la línea principal central de granito, sino en el punto donde las rocas estratificadas se separan del eje granítico, precisamente como en California. Sin duda con tal motivo algunos de los afluentes del Zambezi y del Limpopo arrastran notable cantidad de arenas auríferas que los indígenas saben explotar por el lavado.

A fines de Marzo se dirigió Baines á Transvaal, examinando al paso las fuentes del Passoria, tributario del Limpopo y las del Shangani que se encuentran á muy corta distancia. Estos dos ríos trazaban la frontera de la ex-república transvaalense antes de su anexión á Inglaterra. Algo más al S. E. de la residencia de Um-Numbata sale el Doutak, principal brazo del Sabia y á 94 millas S. E. de las minas mas-hunas del Simbo y Umfuli está el kraal del jefe Inyorta : 40 millas en esta dirección encontró el de Zebombom sobre un brazo del mismo Sabia, y otras 40 millas más abajo empieza á ser navegable este río, de suerte que á 174 millas se encuentra una vía de transporte cómoda y segura que no se interrumpe hasta Inglaterra. Baines hizo en este viaje gran número de observaciones muy importantísimas, y determinó la posición topográfica de muchos puntos y localidades: sus resultados han encontrado una brillante confirmación en las pruebas á que han sido sometidos. Hé aquí sus principales determinaciones geográficas, algunas de las cuales han sido perfectamente comprobadas por Mohr en el viaje cuya ligera reseña damos en seguida.

LUGARES.	Latitud Sur.	Longitud Este de Greenw.
Inyati.....	19° 40' 48"	29° 13' 30"
Suruma Vlei.....	23 36 30	26 44 20
Paso de Palatzia.....	22 29 00	27 12 20
Manyama.....	20 37 10	28 19 00
Umhaegua.....	19 51 30	29 3 00
Umlomo.....	19 44 30	29 12 30
Mapanyeni.....	19 42 30	29 44 30
Cruce del Sarua.....	18 7 40	30 48 30
Idem del Inzinghazi.....	7 50 36	30 39 50
Embocadura del Ganyana.	17 44 56	30 41 20
Amakunda.....	17 33 00	30 17 20
Gibbeklaike.....	20 18 11	28 52 00
Umzinyati.....	20 11 00	28 54 30

En los años siguientes continuó Baines sus exploraciones por Transvaal y países limítrofes (1), cuyos resultados compiló en la obra *Shifts and expedients of Camp-life*, London, 1871, que dió á luz en compañía de Mr. W. B. Lord. No seguiremos sus pasos en esta serie no interrumpida de viajes y expediciones que se prolongaron hasta 1875: el 8 de Mayo de este año le alcanzó la muerte cuando se dirigia á las minas de Tatí. Pocas semanas antes, el 4 de Abril, murió en Stuttgart, á la edad de 38 años, su competidor Carlos Mauch, de resultas de una caída. Uno y otro lucharon con enormes privaciones y dificultades para realizar sus viajes: ambos llevaron á cabo grandes cosas con modestísimos recursos, y con igual

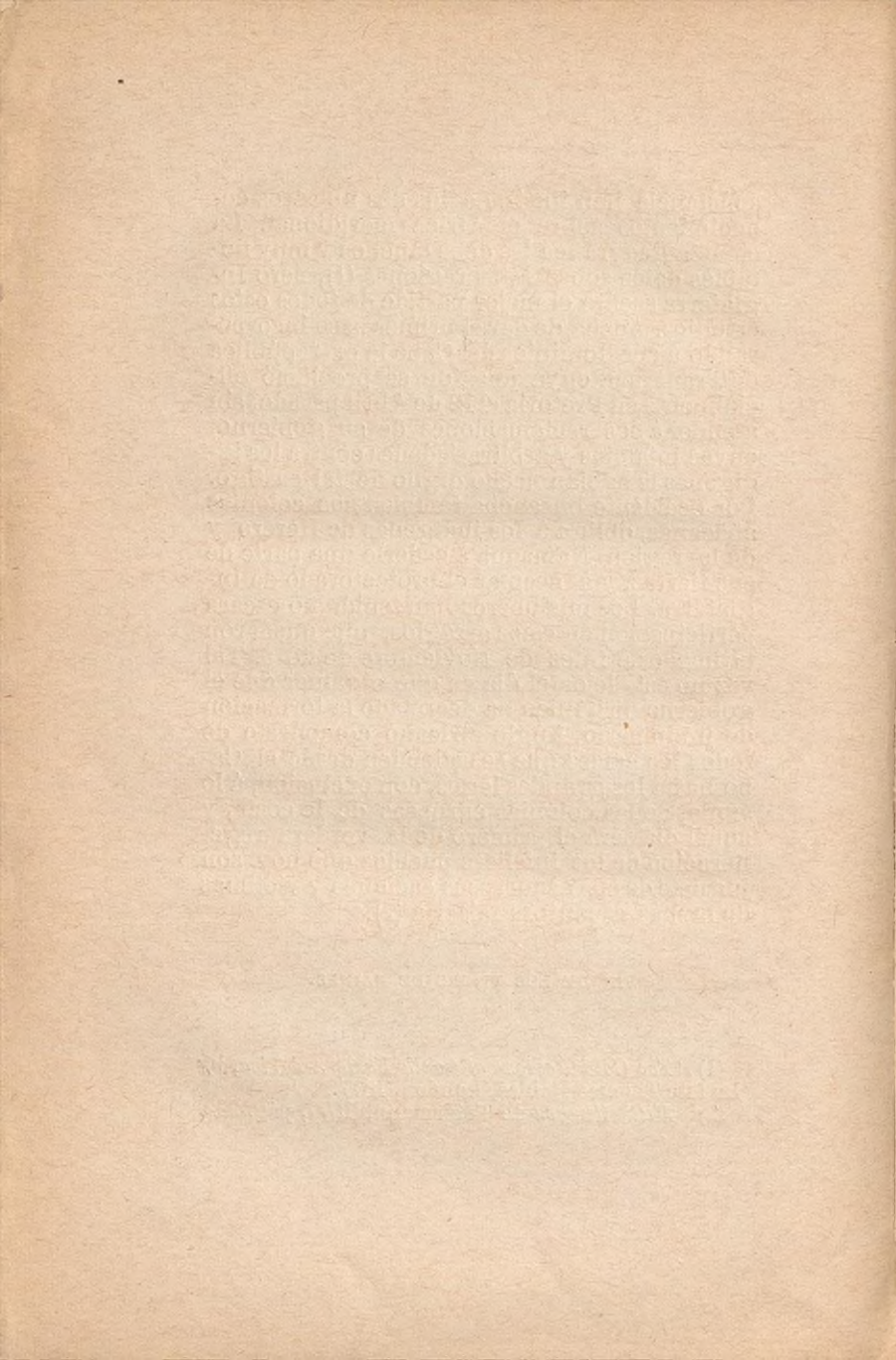
(1) *Mittheilungen* de Petermann, 1872, lám. 21.

constancia han ilustrado los dos nuestros conocimientos sobre el Africa meridional. La ciencia geográfica les debe muchos y muy notables datos sobre estas regiones (1), pero Inglaterra sacará el mejor partido de todos estos estudios. Acaba de dar el primer paso incorporando á sus dominios del Cabo la ex-república de Transvaal, cuya anexion se proclamó oficialmente en Pretoria el 12 de Abril pasado, sin atender á las reclamaciones de su gobierno, cuyas infamias y arbitrariedades contra los indigenas le habian hecho digno de tal castigo. Por occidente ensancha tambien sus colonias africanas, obliga á los indigenas de Herero y de la region Namaqua á cederle una parte de sus tierras, y á aceptar el protectorado de Inglaterra. Los misioneros han tenido no escasa participacion en estos arreglos, que quedaron ultimados á fines de Noviembre de 1876. Tal vez no está lejos el dia en que oigamos que el gobierno británico ha decretado la formacion de un imperio Anglo-africano compuesto de todos los países que se estienden desde el Cabo hasta los grandes lagos, con exclusion, á lo sumo, de las colonias europeas de la costa, y aquel dia será el primero de la verdadera regeneracion de los infelices pueblos que hoy son juguete de sus asquerosos caciques y víctimas de la más espantosa miseria (2).

FIN DE LOS VIAJES DE BAINES.

(1) *The Gold Regions of South Eastern-Africa*, by the late Thomas Baines, London, 1877.

(2) *Mittheilungen* de Petermann, 1877, pág. 232.



ESTUDIOS SOBRE EL ORIENTE,

POR D. F. GARCIA AYUSO.

Los estudios filológicos orientales son, hace medio siglo, uno de los elementos más principales de las investigaciones científicas en los grandes centros del mundo civilizado. Pero la pátria de tantos eruditos en lenguas orientales que ilustraron los estudios filológicos, áun en las primeras décadas del presente siglo, se ha mantenido indiferente á tan extraordinario movimiento.

Poner algun remedio á este mal es el objeto que con los *Estudios sobre el Oriente* nos proponemos. En el menor espacio posible, en forma clara, y al alcance de todo hombre estudioso, presentaremos los hechos y descubrimientos que la moderna ciencia y nuestras investigaciones propias nos ofrecen ya probados tocante á dichos pueblos, sus literaturas y países que habitaron.

Ponemos especialísimo empeño en dar á conocer los datos y descubrimientos con que la investigacion moderna ha enriquecido el arsenal de nuestras nociones sobre los pueblos de Oriente y nunca nos dejaremos arrastrar por la vanidad de tratar asuntos quiza más nuevos, pero cuyo estudio no tiene razon de ser cuando se desconocen los rudimentos de la ciencia. El autor de los ESTUDIOS SOBRE EL ORIENTE no tiene la pretension de haber dicho siempre la última palabra de la ciencia, pero renace su confianza al escuchar los inmerecidos elogios que jueces competentes han hecho de sus escritos y no abandonará la obra comenzada. Con tal propósito no ha economizado esfuerzo ni sacrificio para que el *Ensayo critico de Gramática comparada* sea mejor que los volúmenes anteriores de los *Estudios*, y para ello ha escogido por guia la obra magistral de Bopp, utilizando lo mucho bueno que hay en ella y desechando lo que investigaciones más recientes han puesto en la categoría de lo erróneo ó de lo dudoso. En tan delicada tarea no se ha dejado extraviar por el servilismo que le atribuyen ciertos eruditos *españoles* que, antes de poder apreciar su contenido, califican de *Traduccion* el *Ensayo*, sin advertir que así atribuyen á la obra un mérito á que su autor no aspiraba suponiendo que encierra en 600 páginas, no solamente los *tres* abultados volúmenes de aquella Gramática sino tambien gran copia de datos interesantísimos



que allí se echan de ménos, relativos especialmente al idioma Zendo. Bien es verdad que estas adiciones pueden muy bien pasar desapercibidas para los que han adquirido sus conocimientos de Gramática comparada *en el original y en las versiones inglesa y francesa* de la mencionada obra, algo atrasada precisamente en lo que concierne al dialecto del Avesta. Tales críticos asestan sus tiros sin parar mientes en que semejantes diatribas no deben dirigirlas á un jóven que dá los primeros pasos en su carrera hombres, que han *encanecido* sin hacer el más leve esfuerzo para impedir la completa decadencia de los estudios filológicos en España mientras que aquel lo sacrifica todo para difundir tan útiles conocimientos (1).

El inmediato volúmen de los ESTUDIOS versará sobre el BUDHISMO, para el cual ha recogido el autor abundantísimos datos en las Bibliotecas de Viena y de París durante su permanencia en aquellas ciudades en el otoño de 1876.

Los señores que quieran *ser suscritores* á los ESTUDIOS, se servirán manifestarlo al autor, Capellanes, 12, *Academia de lenguas, Madrid*, y recibirán los volúmenes publicados con 25 por 100 de rebaja.

Se publica anualmente un volúmen, ó un cuaderno de 300 páginas á lo ménos, cuyo precio nunca excederá de diez pesetas para los suscritores.

El estudio de la Filología en su relacion con el Sanskrit.— (1871.—A 6 pesetas.).— En esta obra, se exponen las principales cuestiones de la ciencia del lenguaje, entre ellas el origen del lenguaje, caracteres generales y clasificacion de las lenguas: caracteres especiales de las principales familias, del Chino, Turco, Asirio, Arabe, Zend y Sanskrit, etc. Historia de la filología y de la lingüística, con indicaciones críticas de más de trescientas obras, y cuadros generales de la declinacion y conjugacion comparadas de los idiomas indo-europeos.

En la *Gaceta Universal* de Augsburgo, 3o de Marzo de 1873, dice de esta obra un sábio orientalista, en un largo artículo que la dedica: «Su comparacion con otras análogas inglesas nos conduce á la sorprendente consecuencia de que, sin embargo de ser española se parece á las forjadas en el gabi-

(1) El autor de los *Estudios* contesta especialmente á cierta nota de D. P. de G. y de D. F. R. con un *Ensayo de Gramática comparada*; estos señores prestarían un servicio á la ciencia filológica, oponiendo á tan modesta publicacion una *Gramática* que ofrezca todas las ventajas y ninguno de los defectos de la obra de Bopp.

nete de los sábios alemanes, más aún que las conferencias de nuestro célebre compatriota de Oxford y más también que la obra del americano Whitney, *Language and the Study of Language*. En la *Revista crítica*, de Zarnecke se observa que esta obra es muy superior á los excelentes Tratados de Mr. Hovelacque, etc.

Gramática árabe, método teórico-práctico. (1871.—A 6 pesetas). Presenta la teoría en lecciones, con gran claridad, acompañándolas de un tema ó ejercicio práctico.

Los pueblos Iranios y Zoroastro. (En 4.^o mayor, 1874.—A 7 pesetas.) En este libro se exponen las doctrinas enseñadas por Zoroastro y sus discípulos en el Zendavesta, con la traducción de numerosos pasajes y de algunos capítulos del libro Parsi, exposición de las tradiciones, etc.

De esta obra dice un crítico alemán, *Gaceta Universal* de Augsburgo, 21 Febrero, 1874, que aventaja á la del orientalista Whitney, *The Avesta*, simultáneamente publicada, por la riqueza y abundancia de su contenido.

Vikramorvasi, drama del poeta indio Kalidasa, en cinco actos, vertido directamente del Sanskrit, con una introducción sobre el teatro indio y notas mitológicas.—(1873.—3 pesetas.)

Sakúntala, drama del mismo ingenio, en siete actos.—(1875.—3 pesetas).—Esta joya de las literaturas de Oriente se ha vertido á casi todos los idiomas europeos: esta nueva traducción, hecha directamente del original, va enriquecida con numerosas notas mitológicas y de geografía.

Los dos dramas de Kalidasa, 5 pesetas.

Irán, ó del Indo al Tigris, descripción geográfica de los países Iranios, Afghanistan, Beluschistan, Pérsia, Jiwa y Armenia, y de sus respectivas fronteras del Turkestan y Turquía.—Un tomo en folio de 420 páginas, á dos columnas, con un mapa de Irán.—(1876.—11 pesetas.)

Contiene numerosos datos históricos sobre las grandes ciudades Iranias, antiguas y modernas, descripción de las ruinas más famosas, de Ninivé, etc., las nuevas divisiones políticas de todos los países comprendidos entre el Yaxertes y el Golfo Pérsico por un lado, y el Indo, Eufrates y Cáucaso por otro incluida la *Armenia* rusa y turca, con indicación de sus pueblos más pequeños, ríos, montañas, etc. Obra de interés actual.

Ensayo crítico de Gramática comparada de los idiomas indoeuropeos, sanskrit, zend, armenio, eslavo, litáunico, godo, alemán, latín y griego. Acaba de publicarse el primer cuaderno de esta obra, que hace un volúmen de 300 páginas, al que acompañan los cuadros de la declinación y conjugación en caracteres originales sanskritos, zendos, eslavos y griegos, con los alfabetos de estos idiomas y del armenio y persa. El segundo cuaderno, tendrá iguales dimensiones. Para los suscritores, el precio del primer cuaderno es *diez pesetas* y cuatro el del segundo.

Viajes de Livingstone al Africa central, desde 1840 á 1873. Un folleto de 72 páginas, 3 rs.

Viajes de Schweinfurth al Africa central, redactados con sujeción á las Memorias y relaciones del mismo doctor.—Un tomo de 256 páginas, 1877, 6 rs.

Los Descubrimientos geográficos modernos en Africa y en el Polo Norte. Se publica por cuadernos en folio á dos columnas, de 96 páginas, que hacen más de 200 páginas del Boletín de la Sociedad geográfica.

El primero comprende la reseña de los viajes que precedieron á nuestro siglo; viajes al Polo Norte, á las fuentes del Nilo, al Sudan, á Guinea, y parte de los viajes de Livingstone.

El segundo cuaderno comprende la conclusion de los viajes de Livingstone, viajes de Schweinfurth, de Mauch, y comienzo de los de Baines.

El tercero la conclusion de los viajes de Baines, el viaje de Rohlfs de Trípoli á Lagos, y comienzo del viaje de Cameron á través del Africa.

Se suscribe en la Administracion, Capellanes, 12, dirigiéndose al autor y remitiendo el importe de los cuadernos publicados y dos reales *la primera vez* para certificado.

Se publicarán dos ó tres cuadernos anuales, que se reparten á domicilio, abonándose en el acto de su entrega 2 pesetas por cada cuaderno.

Los suscritores recibirán un mapa de Africa, gratis.

Viajes de Mauch y Baines al Africa del Sur, un tomo, 4 rs.

NOTA. Los pedidos que se hagan al autor, irán acompañados de su importe y se remitirán *franco* y certificados si aquel no baja de 10 pesetas, y por 2 rs. más en caso contrario.

ACADEMIA DE LENGUAS

dirigida por

D. FRANCISCO GARCÍA AYUSO.

12 — Capellanes — 12

El estudio de lenguas es hoy elemento indispensable en la educación de la juventud ilustrada, y se hace cada día más necesario á todos los que, dedicándose á las ciencias, letras, artes ó á la vida política ó comercial, hayan de vivir en inmediata relación con nacionalidades extranjeras.

Convencidos, pues, de la inmensa utilidad y ventajas sin número que produce el conocimiento de lenguas y de su literatura, ofrecemos á la juventud un centro de enseñanza donde con solidez y verdadero aprovechamiento se estudian los idiomas de más numerosas aplicaciones á la vida humana.

El gran número de alumnos que han hecho sus estudios de lenguas en nuestra Academia, desde su fundación en Enero de 1871, y el éxito alcanzado en los exámenes públicos aún por aquellos que solo han tenido una preparación cortísima,

son la mejor garantía de los excelentes resultados que produce nuestro método de enseñanza.

Esta comprende los siguientes grupos :

	HONORARIOS	
	Un mes.	Trimestre.
	<u>Ptas.</u>	<u>Ptas.</u>
PRIMER GRUPO		
Francés , clase principal, lección diaria.	15	35
Idem , clase nocturna.....	»	15
Idem , clase preparatoria de aduanas, telégrafos, etc.....	10	22
Italiano ó Portugués , lección alterna.	15	40
Inglés , cuatro lecciones semanales....	15	35
Aleman , cuatro lecciones semanales..	20	50
Dos idiomas de este grupo, cursados simultáneamente.....	25	60
Español , enseñado á extranjeros, lección diaria.....	75	180
SEGUNDO GRUPO.		
Griego ó Latin , lección diaria.....	25	60
Sanskrit, Zend ó Persa , lección alterna.....	25	60
Gramática comparada de los idiomas indo-europeos, lección alterna...	30	75
TERCER GRUPO.		
Arabe, Hebreo ó Siriaco , lección alterna.....	25	60
Etiope, ó inscripciones asirias , lección alterna.....	30	75
Arabe vulgar , dialecto de Marruecos, lección alterna.....	25	60

LECCIONES PARTICULARES.

	Pesetas.
Leccion diaria de cualquiera de los idiomas enunciados en el programa, un mes.....	80
Idem id., un trimestre.....	200
Idem, alterna de los mismos, un mes.....	50
Idem id., un trimestre.....	125
Leccion á domicilio, diaria.....	125
Idem id., alterna.....	80

OBSERVACIONES IMPORTANTES.

1.^a La clase *nocturna* de Francés tiene lugar á las *nueve* y sus honorarios deberán satisfacerse por trimestres adelantados, á razon de 15 pesetas el trimestre. La preparatoria de Aduanas, Telégrafos, etc., es á las *nueve y media ó diez* de la mañana (1).

2.^a Los alumnos pueden ingresar en cualquier dia del mes, y se les darán *gratis* algunas lecciones especiales para que no sufran interrupcion ni retraso las clases respectivas.

Alumnos que hayan cursado doce meses de leccion diaria un idioma del primer grupo, pueden asistir *gratis* á la clase hasta perfeccionarse en el mismo.

3.^a Los alumnos podrán usar, dentro del establecimiento, los diccionarios, gramáticas y libros de texto ó de lectura adquiridos con este objeto, así como las revistas extranjeras á que su director está suscrito.

4.^a Alumnos que posean un idioma extranjero del primer grupo, pueden estudiar, *valiéndose del mismo*, otro cual-

(1) Recomendamos á los aspirantes á periciales de Aduanas, la Academia preparatoria que dirigen los Sres. Oficiales del ramo don José de Murga y D. J. B. Sitges, calle de Pelayo, núm. 20 y la que dirige el ingeniero Sr. Dóriga.

quiera de los cuatros grupos : los honorarios para estas clases son convencionales.

5.^a El Director, que ha estudiado durante más de tres años en Universidades de Alemania y está en correspondencia con los centros más eruditos de este país, proporcionará á los alumnos cuantos datos é informes necesiten relativos á Lingüística y Filología ó ciencia del lenguaje, literatura, etc.

6.^a Además encargará á los alumnos que lo soliciten y se hallen aptos para ello trabajos de traduccion que se hacen bajo su inspeccion inmediata.

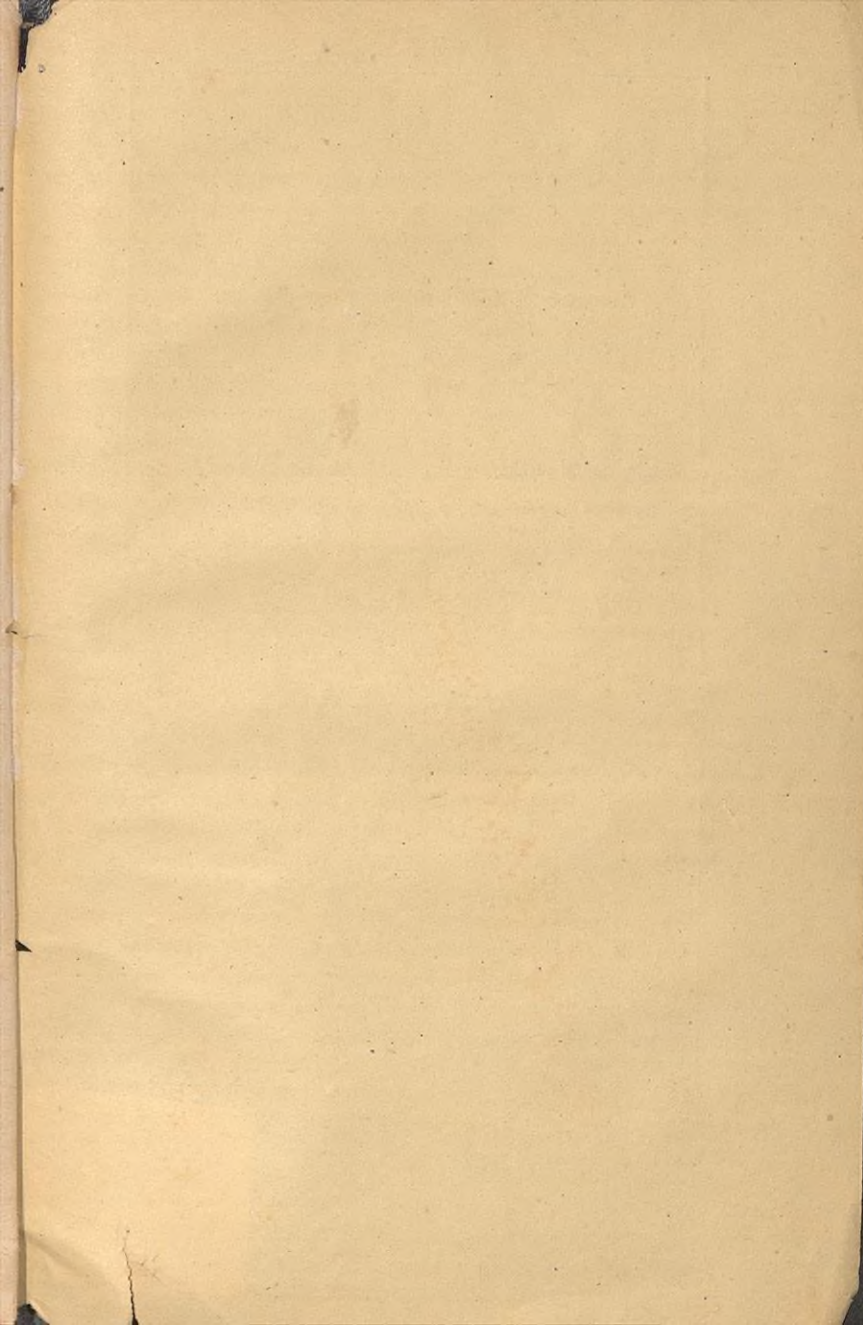
7.^a Se escriben cartas ó documentos en los idiomas del primer grupo, y se traducen al español toda clase de escritos de cualquiera de los incluidos en los tres grupos.

8.^a Se dan en la Academia cursos ó repasos de latin, historia, geografía, etc., en cualquiera de los idiomas del primer grupo, siendo este un medio excelente para adquirir completo conocimiento de los mismos.

9.^a En todas las clases se dará al alumno más aventajado un premio consistente en libros ú otro objeto relativo á la enseñanza.

10.^a Los honorarios se abonarán por meses ó trimestres adelantados.

11.^a Los señores padres ó encargados recibirán todos los meses, ó con más frecuencia si lo desean, nota de la aplicacion y aprovechamiento de sus hijos ó recomendados.



Precio : UNA PESETA en Madrid.

Viaje de Rohlfs, de Trípoli á Lagos, á través del desierto de Sahara, redactado con sujecion á sus memorias y relaciones, por D. Francisco García Ayuso, 1 vol.—Madrid, 1878 : 5 rs.

Madrid: 1877.—Imp. de M. M. de los Ríos, Mendizábal, 51.